Julio de 1949

LA RELIGION AL ALCANCE DEL PUEBLO

S. VILA

RÉPLICA a la obra de IBARRETA

«LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS»

SAMUEL VILA

La Religión al Alcance del Pueblo

Ya no es tiempo de muerte, sino de resurrección.....

¿Quien dijo que éramos ceniza? No somos ceniza sino llama viva, fuego de deseos, luz de razón. Cuanto mas crece la hoguera de nuestro entusiasmo, mayor es la claridad que nos alumbra. Somos como el que lleva una antorcha encendida cuyas chispas le queman los brazos y la cara. No importa. ¡Levantémosla en alto, agitándola a todos los vientos, para que crezca la llama y muestre bien el camino a los que vienen detrás!"

LUIS DE ZULUETA

EDITORIAL
JUAN DE VALDÉS
Beneficencia, 18
MADRID

VEASE EN EL APENDICE

TESTIMONIOS DE:

Comas y Solá. – Hebert. – J. Spencer. – Carlos Darwin. – Rusell Wallace. – Herschel. – Shopenhauer. – Draper. – Luis de Zulueta – J. Jaurés. – V. Hugo. – J. J. Rosseau. – L. Tolstoy. – Kant y Ghoete, acerca de la religión.

PRÓLOGO

El libro de Ibarreta "La Religión al alcance de todos" vino casualmente a nuestras manos por un amigo excéptico con el que el autor sostuvo varias conferencias de carácter religioso, o mejor dicho, de controversia.

A medida que adelantaba en su lectura sencilla, popular, adecuada a la mentalidad de nuestro pueblo en la última mitad del siglo pasado, iba comprendiendo el por qué esta obrita ha obtenido un éxito tan grande, contribuyendo más que cualquier otra a la profunda transformación religiosa que se ha operado en España.

Algunas páginas me entusiasmaban por el bello modo que tiene el autor de desenmascarar deplorables supersticiones, causa del atraso de más de dos siglos que ha venido sufriendo nuestro pueblo en relación con el resto de Europa, y las celebraba con una emoción de placer.

Otras me contrariaban y entristecían. Eran aquellas en que el autor excéptico, en su afán demoledor, no reparaba en negar la misma existencia de un Ser Supremo inteligente, y la posibilidad de una revelación.

Algunas veces no podía menos que detenerme en el transcurso de la lectura y turbar el silencio nocturno de mi cuarto de estudio con una exclamación incontenible de: "Pero esto no es verdad. ¡Qué lástima!" Y aunque el volumen no era propiedad mía,

no pude contener el impulso de coger el lápiz y escribir nota tras nota en letra pequeña, amontonada, aprovechando el poco espacio del pie y márgenes para dar salida al caudal de pensamientos que la lectura originaba en mi espíritu.

Una ampliación de estos pensamientos, intercalados con otros escritos míos publicados en diversos periódicos, son el contenido de la presente obrita que encomendamos a la benevolencia del lector amante de la verdad.

Permítasenos decir que hemos procurado dar expresión a nuestros pensamientos de un modo conciso, casi fragmentario, sacrificando la estructura retórica para dar expresión a un gran número de argumentos, dada la complejidad de asuntos a tratar, sin caer en el peligro de escribir una obra voluminosa, difícil de poner en manos de todos los que necesitan leerla.

* * *

Una vez empezada la redacción formal de la presente obrita, un amigo a quien comuniqué mi propósito, participóme lo que todavía era para mí un hecho ignorado ; lo que más tarde vi confirmado por documento oficial : *El suicidio de Ibarreta.*

El popular autor puso fin a sus días disparándose un tiro de revólver en el Casino de Montecarlo.

Esta noticia fué para mí un golpe y un estímulo. Un profundo sentimiento de lástima hacia el malogrado escritor iba casi a paralizar mi pluma... ; pero al releer aquellas páginas en que Ibarreta habla como hombre privilegiado, como el maestro de muitudes que ha encontrado el secreto de la Verdad y del Bien en la negación de toda religión positiva,

y el recuerdo de que su obra está todavía lanzando a millares de hombres, especialmente jóvenes, al vacío de la incredulidad, al suicidio del alma (no pocas veces acompañado de la ruina del cuerpo), dióme un renovado anhelo de poner cima a la iniciada empresa, que es sí, de ataque, pero también de colaboración con el desgraciado escritor.

Colaboramos con Ibarreta en derribar la superstición y el fanatismo ; pero no podemos consentir que sea burlado y negado sin motivo, lo mucho que existe con garantías de verdad evidente en el asunto de mayor importancia para el espíritu humano : la realidad del sentimiento religioso.

Por esto pedimos fervientemente al Autor Supremo e Inteligente de cuanto nos rodea, al Dios y Padre a quien honramos, porque creemos razonable su existencia, se digne utilizar estas sencillas páginas para acercar a Sí mismo, devolviéndoles el optimismo y la esperanza, a millares de compatriotas nuestros de ambos lados del Océano que desengañados de religiones autoritarias y supersticiosas, no aciertan otro camino que el de la negación o la duda ante los problemas eternos.

Justo, pero equivocado resultado de un monstruoso exceso de fe.

Tarrasa, Febrero de 1935.

COMENTARIO A UNA «ADVERTENCIA»

PRIMERA CONFESIÓN DE IBARRETA. — MENTIR, SABIENDO QUE NO ES VERDAD LO QUE SE DICE.

Pórtico hermoso para muy pobre casa es la advertencia que Ibarreta coloca al principio de su libro, pues comienza con una declaración a la que no hace honor en el resto de la obra, ni siquiera en este mismo capítulo.

Glosando y apropiándose las palabras de Cristo: "No he venido para destruir la ley, sino para que se cumpla". Mateo 5; 17. Y dice Ibarreta:

"*Nosotros venimos igualmente a que se cumplan los mandamientos de Cristo. Con ellos encabezamos y ponemos fin a esta obra. Lejos de quererlos destruir, nuestro único objeto es que todos los conozcan; grabarlos, si posible fuese, en el corazón de todos nuestros semejantes.*"

Nos cabe decir que si así fuera, nos habríamos ahorrado el trabajo de escribir la presente réplica, pues entusiastas de los mandamientos de Cristo, somos también.

Pero casi inmediatamente cae Ibarreta en el primer desliz mostrando su poca escrupulosidad en el estricto cumplimiento de los mandatos de Cristo, al decir:

"*Cuantas veces hemos mentido sosteniendo no ser cierto lo que demasiado sabíamos que lo era, los que hoy que estamos en familia consideramos un deber el atacar.*"

Nosotros sabemos que la doctrina del "Nuevo Testamento de Nuestro Señor Jesucristo" es de absoluta condenación de la mentira en cualquier lugar y circunstancia, por eso creemos que ni aun por patriotismo puede hacerse uso de esta arma innoble y condenada por el Evangelio. ¿Y qué confianza puede merecernos luego un autor que se ha declarado a sí mismo mentiroso, por mucho que nos asegure que esta vez va a decirnos la verdad?

Queremos ser tan generosos con nuestro adversario, que aceptamos sin reparo que era el buen deseo de "*ver a su querida patria libre para siempre del fanatismo, que es una de las principales causas de su atraso*", lo que le movió a escribir su libro, y nos congratulamos de ello.

Pero por muy leal que fuera este propósito, el estudio de su obra nos ha convencido de que Ibarreta no reparó en medios para llevarlo a cabo. Los mismos procedimientos que usó para ocultar "la barbarie de su patria" continúa empleando en su afán de acabar con ella. Mentir, sosteniendo lo que él sabía bien que no era cierto; exagerar hasta lo indecible los puntos dudosos; tergiversar el sentido claro y natural de los pasajes bíblicos; citar la historia a su gusto y conveniencia... etc. Nos figuramos que el mismo autor no dejaría de sonreirse al pensar en el efecto que harían sus disparatadas afirmaciones a los "habitantes de las aldeas" a los cuales dedica su libro...

Pero nosotros creemos que al escribir una obra de

controversia religiosa, es más necesario que en cualquier otra, teniendo en cuenta la gravedad de los asuntos que se ventilan, templar los bríos del partidismo en el manso río de la verdad ; poner corcel al fanatismo de la fe o de la incredulidad, para que hable serenamente la voz de la razón.

Jamás se favorece la causa de la verdad apelando a la mentira ; como no se robustece el prestigio de la fe con apelar a los trucos y falsos prodigios de la superstición.

INTRODUCCIÓN

RAZON DEL EXITO DEL CRISTIANISMO

CUANDO SE UNIÓ EL ESTADO A LA IGLESIA. — EL CRISTIANISMO SE PROPAGÓ, NO CON EL APOYO, SINO CON LA AVERSIÓN DE LOS PODERES PÚBLICOS. — MALOS RESULTADOS DE LA CITADA UNIÓN PARA AMBOS PODERES.

La maravilla de la rápida difusión de la fe cristiana por doce simples pescadores sin poder ni influencia en una sociedad hostil y enamorada de sus propios sacerdotes y filósofos, es un hecho que ha dado mucho que pensar a los que aman discurrir con seriedad sobre estos hondos problemas ; pero Ibarreta habla de la introducción del Cristianismo en España y su triunfo sobre el paganismo con la siguiente ligereza :

"La religión cristiana no ha sido siempre la de los españoles; durante miles de años tuvieron religiones diferentes. La que tenían antes del Cristianismo se había puesto muy vieja; es decir, que después de durar muchos siglos, todos fueron poco a poco comprendiendo que no podía ser la verdadera, a pesar de que también aquella religión había hecho y hacía milagros. Los Gobiernos de aquellos tiempos, que se habían valido de los sacerdotes de la religión vieja para mandar, se encontraron sin aquel apoyo, y después de examinar varias religiones adoptaron la cristiana, la cual de la manera que entonces se practicaba era muy superior a la religión antigua, pero a pesar de la superioridad evidente de la religión cristiana, no era posible convencer al pueblo de que fuese más verdadera que la vieja, y con objeto de conseguir este resultado se determinó entre los jefes del Gobierno por un lado y los obispos o sea los jefes de la Iglesia por otro, el arreglo siguiente:

Los jefes del Gobierno aparentaron, no sólo creer en la nueva religión, asegurando que sus sacerdotes eran los verdaderos representantes de Dios sobre la tierra, sino que, para darles más autoridad asistían con gran aparato a todas las ceremonias de la Iglesia, besaban devotamente la mano a los obispos, comulgaban ante todo el mundo, etc...

Los sacerdotes, en cambio, alababan en sus sermones la sabiduría de los que gobernaban y lo bien que administraban la nación, etc."

Nos alegramos de que Ibarreta reconozca que el Cristianismo se practicaba en sus orígenes de un modo muy superior a como lo practican hoy las iglesias

que se titulan herederas suyas, pues de ahí debía venir precisamente su crédito.

Es evidente que cuando los jefes del Estado se fijaron en ella para hacerla su aliada, debía ser ya grande y tener mucha influencia en el pueblo.

Esto sucedió, aunque no exactamente como lo cuenta Ibarreta, a principios del siglo IV. Luego la religión cristiana, de la que dice que "no era posible convencer al pueblo de que fuese más verdadera que la vieja", había crecido maravillosamente por más de trescientos años, sin el apoyo del Estado, padeciendo, por el contrario, las más crueles persecuciones, porque en aquellos tiempos bárbaros se hacía morir a las personas con muertes atroces por los más leves motivos.

Estos hombres que se dejaban matar por una idea que ningún beneficio material podía reportarles, debían ser todos locos de remate, o tendrían por otra parte alguna evidencia clara de la realidad de su fe.

Se dirá que el fanatismo religioso es capaz de producir estos fenómenos, y los ha producido en otros tiempos. Pero el caso no es igual. Es fácil de comprender el por qué de los más exaltados actos del fanatismo en la Edad Media, cuando todas las personas profesaban una misma religión, y la fe y la superstición se impregnaban en el espíritu humano desde la misma infancia del individuo, sin contradicción ni disputa de ninguna especie; pero, no es tan sencillo explicar el heroísmo de los primeros mártires en tiempos cuando la religión cristiana surgía en oposición con todas las ideas y costumbres tradicionales de su tiempo.

Dejaremos ahora este argumento para explanarlo en algún otro capítulo. De momento sólo nos interesa dejar bien sentado que el Cristianismo creció prodigiosamente en sus mismos principios teniendo no el apoyo, sino la enemiga del Poder Civil, y que este estado de cosas se prolongó cuando menos hasta el año 311, en que el emperador Valerio, moribundo, se arrepintió de sus feroces persecuciones contra los cristianos y firmó un documento en el que después de reprochar a éstos el haberse apartado de la religión de sus mayores, tratando de justificar con ello sus medidas persecutorias, les concede una cierta tolerancia. Este edicto, que hizo volver a millares de condenados de las minas y el destierro, fué poco después anulado por su sucesor Máximo Daza.

Fué Constantino el primer protector del Cristianismo, después de la victoria contra su rival Majencio. Que este cambio era asunto personal del emperador y no cuestión de Estado, lo muestra el intento fracasado de Juliano para restablecer el Paganismo. Lo que no hubiera intentado de tratarse, como pretende Ibarreta, de una estratagema para tener engañado y sometido al pueblo, pues nadie es tan tonto que se ponga en contra de sus propios intereses.

Luego viene Ibarreta con la explicación de que España era muy pobre para pagar un ejército permanente, y por esto el Estado recurrió a los eclesiásticos para que le ayudasen a sujetar al pueblo por el temor. Cuando todo el mundo sabe que al hacerse la unión de la Iglesia con el Poder Civil, España no era una nación independiente, sino sujeta al Imperio Romano, y que existía un ejército

permanente por cierto muy poderoso llamado: "Las legiones hispánicas", el cual tuvo bien sujeto el país hasta el siglo V, cuando fué vencido por los visigodos.

Estos pueblos bárbaros, que profesaban religiones extrañas, fueron fácilmente convertidos al ponerse en contacto con el Cristianismo, por la misma razón que aduce Ibarreta de su superior virtud, y por los bien razonados argumentos que sus más preclaros varones aportaban a la apologética cristiana.

Lo lamentable es que los nuevos dueños de España continuaron la funesta tradición iniciada por el Imperio Romano, de unir las cosas superiores del espíritu con la política; no porque lo necesitasen aquellos poderosos guerreros del norte, sino por el gran respeto que les merecía la religión.

El resultado de este error ha sido, la corrupción de ambos poderes. Del Estado, porque dominado por la clase sacerdotal, no podía hacer justicia al pueblo, como en las antiguas repúblicas de Grecia y Roma, viéndose obligado a contentar sobre todas las cosas a los nobles y al clero. Y de la Iglesia, porque ocupada en sus grandes negocios terrenales y favorecida por tan señalados privilegios, no necesitaba investigar más la verdad histórica y científica para ilustrar al pueblo y vencer a sus opositores por acertados razonamientos, como en el principio de su existencia. ¡Qué pérdida fué para la conciencia colectiva, cuando las atrevidas preguntas del inquieto espíritu humano, en lugar de ser contestadas con las hipótesis más o menos acertadas de los celebrados siglos de la filosofía, fue-

ron ahogadas autoritariamente por las hogueras del fanatismo!

Terminamos el estudio de este capítulo diciendo que estamos perfectamente de acuerdo con lo que dice el autor de "La Religión al alcance de todos" acerca de la funesta influencia política de la Iglesia, y el vergonzoso espectáculo de los curas de cruz y trabuco en las guerras carlistas del siglo pasado. Pero no hay que hacer al Cristianismo responsable de estos abusos, en ninguna manera sancionados por el que mandó a Pedro poner su espada en la vaina y murió rogando por sus verdugos.

CAPITULO I

LA TIERRA

FORMACIÓN DE LA TIERRA. — EL FUEGO Y EL AGUA EN LA PRIMERA ÉPOCA GEOLÓGICA. — EL ESPÍRITU DE DIOS ENTRE, O SOBRE LAS AGUAS. — LUZ ANTES DEL SOL. — ¿AFIRMA LA BIBLIA QUE EL FIRMAMENTO SEA SÓLIDO?—¿QUÉ SIGNIFICA TARDE Y MAÑANA EN LOS DÍAS DE LA CREACIÓN?—LA EDAD DEL SOL Y DE LAS ESTRELLAS. — PERÍODOS GEOLÓGICOS. — EXACTITUD CIENTÍFICA DE LA BIBLIA. — 18 VERDADES CIENTÍFICAS DECLARADAS POR LA BIBLIA ANTES DE SER DESCUBIERTAS POR LA CIENCIA.

Prescindimos de copiar el capítulo de la obra de Ibarreta que trata de este asunto porque no es sino una exposición de las teorías científicas acerca del Universo sobre las cuales estamos perfectamente de acuerdo. Nos interesa aprovechar el espacio

sólo para aquellos párrafos o afirmaciones en que no hay acuerdo. Y esto es:

1.° La confusión que hace el autor entre hechos comprobados por la Ciencia y ciertas teorías de carácter científico que después de cincuenta años continúan siendo objeto de discusión entre los hombres más eminentes del campo científico.

2.° La frescura con que achaca a la Biblia ideas y afirmaciones absurdas que no se encuentran realmente allí, sino que las formularon autoridades de los siglos del oscurantismo, en su afán de definir lo que la Biblia no explica.

Aunque el lenguaje de la Biblia no es un lenguaje científico, pues no es el propósito del sagrado volumen enseñar ciencia a los hombres, sino informarles de principios y propósitos morales de Dios para con la humanidad, el relato bíblico de la Creación en sus líneas esenciales, se halla en perfecto acuerdo con la Ciencia.

Debemos tener en cuenta que Moisés no escribía su cosmografía para escritores cultos del siglo XX. Por muy inspirado que estuviese Moisés jamás podía expresarse en una forma que hubiera resultado ininteligible para sus contemporáneos, y por muchos siglos. Por esto entendemos que hay que juzgarle por las ideas y no por el lenguaje en que las expresa.

Puede chocarnos a nosotros, por ejemplo, la constante repetición de expresiones como: "Y vió Dios que era bueno". "Y dijo Dios sea—tal cosa—y fué", porque el concepto a que hemos llegado de la Divinidad y de sus atributos, hace innecesarias semejantes formas de expresión. Pero la cuestión

que hay que buscar aquí, no es nuestro juicio crítico, sino la impresión de la absoluta soberanía de Dios que este lenguaje estaba destinado a producir en un centenar de generaciones anteriores a nosotros, y cuando pensamos de esta forma, nos parece que Moisés no debía ni podía decirlo de otra manera.

Pero ninguno de los grandes absurdos que Ibarreta hace decir a Moisés se encuentra en el relato bíblico.

Formación de la tierra

Invitamos al lector a comprarse una Biblia y leer por sí mismo el relato de la Creación, que empieza con estas palabras:

"*En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía; y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas. Y dijo Dios sea la luz: Y fué la luz.*"

Aquí vemos que el escritor bíblico nos informa:

1.° De la Creación primitiva y esencial del Universo; de los cielos, y también de la tierra.

2.° La situación en que se hallaba la tierra en el período más primitivo: Sin ningún ser vivo, a oscuras y cubierta totalmente de aguas.

¿Y qué hay de particular en ello?

Que es precisamente lo que la Ciencia nos enseña. Hace muchos años que todos los científicos, sean o no religiosos, vienen reconociendo que alguna vez el mar ha debido cubrir por mucho tiempo la superficie de la tierra y que todas las antiguas rocas que forman la corteza de nuestro globo han

sido formadas por etapas en el fondo de un vasto y profundo Océano. También nos vienen hablando con la mayor naturalidad de que las grandes montañas de la tierra salieron brotando del mar violentamente impelidas por los efectos del fuego interior.

En ninguna parte de la Biblia se afirma que el espacio infinito esté lleno de agua, ni hay necesidad de pensar que Dios, a quien la misma Biblia nos presenta como "un Espíritu infinito que cobijaba nuestro globo", necesitase tener la forma de pez, como impía y burlonamente sugiere Ibarreta. Esta ocurrencia graciosa, que se halla en contradicción con la primera declaración de la Biblia, no dice nada en favor de los argumentos que Ibarreta emplea en su controversia.

Aparición de la primera luz

El hecho de que apareciese la luz en este primer día de la Creación, no prueba en ninguna manera que Dios hubiese estado por toda la eternidad a oscuras, como pretende irónicamente Ibarreta, pues no hay que olvidar que el escritor sagrado, continúa hablando de la tierra, no de los cielos que fueron creados, mucho tiempo atrás. "En el principio". Por lo tanto, es de suponer que en estos cielos debía existir la luz, lo que se halla de acuerdo con otro texto de la misma Biblia que declara que: "*Dios mismo es luz y habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los mortales ha visto ni puede ver*". 1.ª, Timoteo 6; 16.

Por otra parte, la aparición de una luz física, independiente del sol, en el primer período de la Creación, no constituye ninguna imposibilidad.

¿No hemos nosotros inventado mil medios para obtener luz artificial cuando el sol ha traspuesto el horizonte? ¿Y no pudo Dios haber creado una luz cósmica especial en aquella remotísima época cuando, en opinión de eminentes científicos, el sol no era todavía un astro brillante y la densa capa de vapores salida del total Océano terrestre en estado de ebullición no le permitía ni siquiera recibir los débiles rayos de otros grupos planetarios más adelantados en su proceso de formación?

Acerca de la positiva existencia de esta luz anterior al sol dice el doctor Gaussen: "Si me preguntáis qué era esta luz que antes del cuarto período alumbraba a nuestra planeta, os responderé que no lo sé; es más, todos los sabios modernos, creyentes o incrédulos, reconocen, que ciertamente la tierra antes de la aparición del hombre estuvo alumbrada de otra luz que la que nos viene del sol.

¿Y cómo lo saben? Han hecho profundas excavaciones y han hallado no sólo en la fría Escocia y muy cerca de Edimburgo, sino en el Canadá, más frío todavía, en las orillas de la bahía de Baffin, y lo que es más sorprendente, en la misma isla de Melville, que es la región más septentrional a que ha llegado el hombre, selvas magníficas sepultadas, árboles gigantescos que hoy no se dan más que en las regiones más cálidas de nuestro globo; palmeras, árboles de pan y hasta inmensos helechos tales que ni aun en la zona tórrida hay bastante calor para vegetales como ellos."

Ved por ejemplo, lo que dice el sabio Candelle, de Ginebra, en su Biblioteca Universal: "Es necesario que en otra época haya habido una luz más

igual en las regiones polares, una luz que hoy nos es completamente desconocida ; y lo que me parece un hecho es que los vegetales fósiles de la bahía de Baffin, estaban alumbrados de otra manera que los que viven hoy en aquellas regiones".

¿Cuánto duró el primer día de la Creación?

¿Fué un día de veinticuatro horas?

No ; sin duda, puesto que según el mismo escritor bíblico, los fulgores del astro rey, no alumbraron la tierra hasta el día o período cuarto y por consiguiente, no habiendo luz solar, no puede referirse el autor sagrado a lo que nosotros llamamos un día natural. Lo más probable es que este día durara muchos siglos, aunque su remota edad no nos permite investigar ni hacer conjeturas acerca de su duración, diferenciándose en esto de las edades que siguieron, las cuales nos han dejado impresas sus huellas en las rocas o en las plantas.

Ibarreta, para seguir bromeando a costa de la candidez de sus lectores, hace a Dios apagar la luz del primer día para dar motivo a la tarde o la noche que separó esta época de la segunda. Pero como la Biblia no dice tal cosa, se encuentra con una dificultad al día segundo. Oigamos su exposición, que aunque absurda, es divertida :

"No habiendo hombres, ni animales, ni plantas, ni nada que necesitase dormir, es claro que Dios hizo aquella primera noche para descansar él. Resumen : El trabajo del primer día consistió en crear la luz, separarla de las tinieblas, ver que era buena y destruirla, quedándose aquel dios lo mismo que si no hubiera hecho nada."

"Después de dormir tiempo suficiente, creó por segunda vez la luz. Esto no lo dice la Escritura, pero tampoco se necesita, puesto que si no la hubiera creado de nuevo no hubiera aclarado, y por lo tanto no habría empezado el segundo día, durante el cual hizo el firmamento."

¡Pero, señor mío! ¿Es que cada vez que oscurece, se extingue la luz? ¿No podemos imaginarnos esta tarde del primer día sin tal montón de absurdos?

No solamente podemos, sino que los hechos científicos nos permiten imaginárnosla de un modo muy diferente. Llevando en mente la condición cósmica de nuestro globo en aquella época, es casi inevitable suponer lo que ocurrió.

Recordemos que entonces era cuando se estaban formando las capas primarias de granito en su lucha entre el fuego y el agua, y fácil nos será entender, que esta lucha inmensa y terrible de los mares en efervescencia y de los metales inflamados brotando al través de la corteza terrestre, reprodujese la noche sobre el globo y lo envolviese completamente, hasta que después de un prolongado combate y de nuevas combinaciones de metales y de gases, la luz reapareció.

Por qué condenaron a Galileo

Para que los lectores que no han leído a Ibarreta se hagan cargo de cómo hace él hablar a su antojo a Moisés, copiamos otro párrafo del popular autor :

"Moisés estaba persuadido de que el color azul que refleja la atmósfera era una media naranja só-

lida, como la bóveda de una iglesia, que el sol era algo mayor que una plaza de toros ; que la tierra no sólo estaba inmóvil, sino fija en una cosa sólida que no acababa nunca, porque entonces no se sabía nada de la fuerza de atracción, y por consiguiente para Moisés el espacio sin fin tenía arriba y abajo, y creía que si no apoyaba la tierra en alguna parte se caería. Como veían que el sol salía por el lado opuesto al que se ponía, imaginaban que había algún agujero por bajo de la tierra, como un túnel, por el que el sol rodaba por la noche. Otros eran de opinión de que todas las tardes al ponerse se apagaba en el mar y por la noche desandaba el camino sin que nadie lo viese, entrando en un mar de fuego o en un volcán en donde volvía a encenderse, saliendo nuevamente por la mañana."

Todo esto es indudablemente muy divertido : pero, ¿ es cierto que la Biblia sostiene tan absurdas opiniones ? No negamos que en la Sagrada Escritura se encuentran expresiones tales como el sol sale o el sol se pone, acomodándose al lenguaje común, tal como leemos aún hoy día en nuestros calendarios, cuyos autores no pretenden significar con ello sino lo que en apariencia sucede. Pero, ¿ quién le ha comunicado a Ibarreta lo que Moisés pensaba acerca del tamaño del sol ? ¿ Cuándo ha venido Moisés resucitado para decírselo ?

Lo que sí afirma la Biblia, adelantándose a todos los sabios modernos y dando así pruebas evidentísimas de su superior origen es que : LA TIERRA ES UN GLOBO. Véase Isaías, 40 ; 32. Y aun más : que este grandioso globo se sostiene sin apoyo alguno sobre el espacio vacío. Véase en el

libro de Job, capítulo 26 ; 5. "El extiende el aquilón sobre el vacío ; CUELGA LA TIERRA SOBRE NADA".

¿ Qué mejor expresión figurada podía usarse para designar la ley de gravedad ?

Apelamos al sentido común del lector, cualquiera que sea su criterio, para que sin pasión de ninguna clase decida y juzgue quien combate con armas más leales : Ibarreta, suponiendo lo que Moisés pensaba, sin probarlo, y achacando a la Biblia los absurdos resultantes de tales suposiciones, nosotros citando textos de la Biblia que deshacen enteramente tales errores, y conste que podemos mostrar ejemplares de las Sagradas Escrituras anteriores a la Edad Media donde figuran los citados textos.

El lector preguntará : ¿ Por qué, pues, los doctores de la Iglesia condenaron a Galileo por afirmar estas cosas ?

A esto respondemos, que fué porque estaban tan imbuídos de sus propias teorías, que no sabían entender debidamente estas hermosas descripciones científicas de la Biblia. Pero ni los creyentes de hoy día, ni la misma Biblia, tenemos ninguna culpa de la ignorancia y orgullo de aquellos "sabios" según su tiempo.

La astronomía de la Biblia

Otra broma de igual mal gusto ocurre al explicar el bonito cuento de "los siete cielos de cristal", correspondientes a los diversos planetas que se mueven alrededor del sol, añadiendo :

"*El Espíritu Santo, que como ya hemos tenido*

ocasión de ver no es muy fuerte en astronomía, afirma de la manera más terminante que esto es así, según puede verse en las Sagradas Escrituras del Apocalipsis, cap. 3; *ver.* 14, *asegurándonos que el cielo puede enrrollarse como quien arrolla un pergamino.*"

A esto respondemos que el Espíritu Santo debía imaginarse el firmamento de una sola manera, al decir de Ibarreta; o de cristal o de tela, de ambos modos no puede ser.

Pero la Biblia no afirma ni una cosa ni otra.

Es evidente que San Juan no creía que el firmamento fuese de tela con estrellas pintadas, cuando habla de la caída de estrellas y de "una estrella ardiente como una antorcha". Apocalipsis, 8; 10.

Ahora nosotros sabemos que la caída de estrellas, o mejor dicho, de fragmentos de estrella cayendo sobre la tierra es un hecho positivo que ha tenido lugar muchas veces.

Un cielo poblado de cuerpos celestes cuyo verdadero tamaño el evangelista humanamente desconocía, pero que en su visión los vió capaces de producir un daño tremendo a la tercera parte de la tierra, no puede ser envuelto como un rollo. Lo que él quería describir con esta frase gráfica, era la solemne apertura de los cielos, o sea de la apariencia azul del cielo, para dar paso a las realidades espirituales del día del juicio.

Por otra parte, si tenemos en cuenta que se trata de una visión del apóstol y no de una realidad física, queda explicado todo el misterio; cosas más extrañas han sido vistas en sueños.

Pero todavía es más descaro afirmar que Moisés

estaba persuadido de que el cielo era una bóveda sólida de cristal azul, y que: "*Dios estaba del otro lado de la bóveda metido en otra bóveda para no mojarse, y que abriendo unas compuertas soltaba el agua sobre la tierra.*" ¿Dónde habla la Biblia de esta otra bóveda donde Dios se guarecía? ¿Cómo podía pensar Moisés de esta manera si acaba de decir en el versículo 2 que "El espíritu de Dios se movía "sobre" o "*entre*" las aguas?" (según una traducción más literal del texto hebreo). Si estaba "entre" las aguas desde el primer día de la Creación, es que no necesitaba ninguna bóveda para guarecerse. Por nuestra parte, tenemos en las profundidades del Océano evidentes pruebas de sabiduría de este Espíritu Divino cuya acción se despliega por doquier.

Hemos leído autores satíricos que se contradicen, pero en contradicciones, a Ibarreta no hay quien le supere.

Formación de la atmósfera

Dejemos las inocentadas del desgraciado Ibarreta y volvamos al lenguaje sobrio de la Biblia:

"*Y dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y sepárense las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión y apartó las aguas que estaban debajo de la expansión de las aguas que estaban sobre la expansión, y fué así*" Génesis 1; 6 y 7.

¡Qué admirablemente elegida está esta palabra "expansión"! Imposible hubiera sido dar con otra que expresara mejor la idea de lo que hoy llamamos atmósfera en aquellos tiempos, y entre aquellas gentes donde nadie sabía lo que era un gas cuya

composición sólo debía ser descubierta treinta siglos más tarde.

Y lo maravilloso es que este gas no es una materia simple, sino un compuesto de dos gases, nitrógeno y oxígeno a la proporción de cinco por uno. ¿De dónde salieron estos dos gases que componen la atmósfera, y por qué casualidad afortunada se hallan combinados en esta proporción tan conveniente para nuestros pulmones y para la vida de todos los seres, animales y vegetales?

Imaginémonos lo que sería el mundo sin atmósfera. Sin aire no sería posible la combustión, de suerte que sería inútil tratar de encender fuego. Tampoco podríamos oír los sonidos, ni las voces de nuestros allegados, pues sabido es que el sonido se propaga por el aire. La maravilla de la visión sería también muy diferente, pues sin la reflexión de la luz por la atmósfera, estaría completamente a oscuras todo lugar o habitación donde no diera el sol. La beneficiosa lluvia nos sería otra cosa desconocida, porque sin el aire no se levantarían los vapores de sobre la tierra, ni volarían los pájaros, ni respirarían los seres vivos. ¡Cuántos objetos cumplen este maravilloso elemento que Dios formó en el segundo día de la Creación!

¿Y no es maravilloso que Moisés nos hable de la creación del aire antes que de la de las plantas y de los animales? El no sabía, humanamente, que la vida fuese imposible sin el aire, y bien hubiese podido, a no ser guiado por Dios mismo, cambiar el orden de la creación, haciendo aparecer antes que el aire, las plantas u otros seres vivos.

Las aguas de arriba y las de abajo

¿Y cómo la creación del aire influyó en la separación de las aguas, de la que inmediatamente nos habla el relato bíblico?

Pues muy sencillamente. Sabemos que la tierra estaba en aquellos remotos tiempos envuelta totalmente por una densa capa de vapor de agua. Al tener lugar la formación de la atmósfera, esta inmensa cantidad de vapor, más ligera que el nuevo gas que entraba en acción, tuvo que levantarse de sobre el mar universal, formando un nuevo Océano flotante alrededor de la tierra.

Por motivo del estado de ebullición en que se hallaban los mares en aquella remotísima época, podemos figurarnos cuál sería la cantidad de vapor que rodeaba el globo de la tierra, envolviéndolo enteramente. Sin embargo, esta colosal cantidad de agua fué levantada sencillamente de sobre la faz del Océano Universal, por la presencia de este nuevo y maravilloso elemento que llamamos aire.

Los antiguos, durante treinta siglos, ignoraron por qué las nubes, los vapores y el humo subían a las alturas del aire. Creían que era a merced de una virtud misteriosa que les pertenecía, mientras que en los tiempos modernos se ha reconocido que estas substancias ascienden sencillamente porque son más ligeras que el aire, y por la misma ley que un madero en el agua flota sobre la superficie de la misma.

Moisés no sabía que en algún tiempo la tierra había tenido que estar rodeada de vapor de agua, y que este vapor tenía forzosamente que elevarse ante la presencia del aire. Pero nosotros sabemos que es

absolutamente necesario que así ocurriese. ¿Cómo pudo adivinar por sí mismo todas estas cosas, si Dios no le inspiró?

¿Qué significa «tarde y mañana» en los días de la Creación?

Ya hemos dicho que los días creativos no podían ser de veinticuatro horas por cuanto el sol, si bien es de creer que existía, no entró en acción hasta el día o época cuarta de la que comúnmente se llama Creación, pero que más conforme con el relato bíblico debería llamarse "organización" de los elementos caóticos de la tierra.

Que esto no es una interpretación arbitraria para ajustar el relato bíblico a los hechos comprobados por la ciencia, lo demuestra, además de la citada imposibilidad de calcular el tiempo por días de 24 horas cuando el sol no existía, el hecho no menos significativo de que en la Sagrada Escritura encontramos esta misma palabra aquí traducida por "día", empleada para designar largos períodos de tiempo, tales como: "El día del Señor", 1.ª Pedro 3; 10. "El día de la gracia" (que hace 1935 años que dura), 2.° Corintios 6; 2. "El día de la Eternidad", 1.° Pedro 3; 18., etc.

El lector dirá: Si se trataba pues de larguísimos períodos de tiempo, tales como los que la ciencia ha señalado con los nombres de Edad Primaria, Secundaria, Terciaria, Cuaternaria, etc. ¿Por qué se habla de tarde y mañana en cada uno de ellos?

La sencillez de la narración mosaica nos hace pensar que el autor de esta gloriosa página vió la evolución seguida por nuestro globo en períodos

larguísimos de tiempo, por medio de alguna visión, sueño o revelación profética, y en forma naturalmente condensada. El no podía apreciar sino una cosa y es que cada uno de aquellos períodos creativos empezaba con un tumulto caótico que llenaba de oscuridad la tierra y terminaba con la aparición de una nueva maravilla del proceso creador.

Ahora bien, nosotros sabemos por las enseñanzas de la ciencia, que realmente, cada proceso evolutivo debía ir precedido por un movimiento cósmico que, de primer momento, debía venir a perturbar el reposo del día anterior. Conmociones sísmicas, erupciones volcánicas que parecían hacer volver nuestro globo al caos primitivo, no eran en efecto sino el preludio de una época mejor y más adelantada para nuestro planeta.

En este aspecto el mundo físico ha sido comparado muchas veces con el proceso social y humano que señala la historia de los pueblos.

El gran Artista tenía que obrar como nuestros propios artistas, que al meterse en nuestros hogares, lo trastornan y arruinan todo para dejárnoslo embellecido y transformado.

Formación de los mares

Viniendo al día tercero, tenemos evidencias de que esta época principió con un cataclismo horrísono y aterrador, mucho más importante, seguramente, que el que tuvo lugar para dar salida a los gases que formaron nuestra atmósfera en el día segundo. Fué, efectivamente, una noche para este tranquilo planeta, enteramente cubierto de agua desde no sabemos cuántos millares de años.

La corteza que se había formado por largo tiempo en el fondo de los mares, sufriendo el esfuerzo violento de los fuegos interiores y de los gases inflamados, debía salir a la superficie, y esto no podía hacerse sino por medio de temblores de tierra y conmociones espantosas; ríos de lava y ceniza ardiente con espesos vapores procedentes de inmensos cráteres que se abrían en todas partes del globo...

Cualquier lector que haya leído la descripción de erupciones volcánicas de las que la humanidad ha sido testigo, podrá darse cuenta de lo que debía ser nuestro planeta cuando toda su agitada corteza subía a la superficie bajo el poder del fuego, y no le extrañará que esta lucha de los elementos enfurecidos trajera de nuevo, y por algún tiempo, espesas tinieblas sobre la faz del mundo.

Al llegar aquí Ibarreta dice que Moisés olvida señalar que lo primero que apareció fueron las montañas, pero la palabra que emplea: "la seca", lo incluye todo; montañas y llanuras. Nos figuramos que si Moisés hubiese mencionado las montañas, Ibarreta habría echado de menos las llanuras.

Si se quiere una descripción más completa de este acontecimiento remitimos al lector al salmo 104 escrito por otro autor hebreo tan desconocedor de la geología como Moisés mismo; sin embargo, explica el hecho tan gráfica y acertadamente como si hubiera sido un testigo ocular. "Sobre los montes estaban las aguas, a tu reprensión huyeron, al sonido de tu trueno se apresuraron. Subieron los montes, descendieron los valles al lugar que tú les

fundaste. Pusísteles término el cual no traspasarán". Salmo 104; 6-9.

El doctor Dawson, eminente profesor y catedrático en varias Universidades de Norteamérica y condecorado con medalla de oro por la de París, dice respecto a este pasaje bíblico: que la mención del trueno, no es solamente una bella figura retórica, sino que puede suponerse científicamente por las tempestades a que darían lugar las diversas temperaturas que se establecieron entre las partes elevadas de la tierra y aquellas otras ocupadas por las aguas.

La edad del sol y de las estrellas

A los que leen la Biblia al estilo de Ibarreta les parece evidente que según el relato bíblico, el sol, la luna y las estrellas fueron creadas el día cuarto y metidas debajo de la bóveda celeste, con el exclusivo objeto de que alumbrasen la tierra. (Como hemos visto, Ibarreta pretende hasta saber el tamaño que Moisés atribuía al sol; más o menos como una plaza de toros). Pero la Biblia no dice de qué tamaño hizo Dios el sol, ni afirma que fuese creado el día cuarto. Al contrario, el versículo primero del Génesis declara enfáticamente que todos los astros que brillan en la expansión de los cielos habían sido formados mucho tiempo atrás: "En el principio". A la par que el mismo planeta que habitamos, o antes que él.

Siempre que el Antiguo Testamento habla de los cielos se refiere a los astros que giran sobre nuestras cabezas. Por ejemplo, en el salmo 8; 3. "Cuando veo los cielos obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el

hombre para que tengas de él memoria y el hijo del hombre para que lo visites?" Si los cielos son los astros y planetas que giran sobre nuestras cabezas, el primer capítulo del Génesis declara evidentemente que fueron formados "en el principio" de todas las cosas.

Es muy digno de ser tenido en cuenta, porque soluciona enteramente la disputa, que la palabra hebrea que emplea Moisés para designar la aparición del sol en el día cuarto, no es la palabra "*bara*" crear, que usa al principio, sino otra muy diferente, que significa hacer patente lo que ya existía.

Esto tuvo lugar por la disolución de los gases que rodeaban nuestro planeta y por haber llegado el sol a una nueva etapa en su proceso de formación.

El doctor M. Wilhelm Meyer, que por cierto no tiene nada de creyente, hace honor al relato bíblico explicándolo de la siguiente manera:

"En las épocas primitivas de la historia de nuestra tierra, en las que se formaban sus continentes, sus montes y los mares, una atmósfera espesa y pesada, que la luz sideral no podía atravesar, la circundaba, y sólo las erupciones volcánicas, los ríos de lava ardiente, iluminaban de un modo lúgubre el paisaje desierto compuesto de tierra y agua humeantes. El aire estaba saturado de los gases tóxicos que emanaban de los volcanes, seguramente muy ricos en ácido carbónico.

Entonces tal vez no se había definido el sol, o bien brillaba muy débilmente en su estado nebuloso. En todo caso sus rayos no podían atravesar la densa atmósfera para llegar a la superficie terrestre. Hemos de tener en cuenta que contando por lo

bajo han transcurrido quinientos millones de años desde que nuestro planeta pasó por esta época e ignoramos en qué estado se hallarían entonces el sol y las demás partes de su sistema. Basándonos en las explicaciones anteriores, es probable que el sol fuera de mayores dimensiones que en la actualidad, pero no brillaba con la misma fuerza, e irradiaba menos calor. Este astro central, al que debemos hoy todo lo que la Naturaleza puede ofrecernos, no tenía entonces gran importancia para la tierra."

(*Cómo se formó el mundo. Ed. Orbis, p.* 62.)

La Ciencia y la Biblia colocan, pues, la manifestación del sol en la misma época, después de la formación de la atmósfera y del levantamiento de la corteza terrestre. ¿Se trata de otra casualidad fortuita? ¡Sería una casualidad muy feliz para los que creemos en la inspiración del Libro de los libros

Es evidente que el sol no fué creado para que iluminase únicamente a la tierra, sino también a Marte, a Venus, a Júpiter, etc., que gozan como nosotros de su benéfico fulgor. Pero hay que tener en cuenta que el escritor no está describiendo la organización del Universo, sino de la tierra, y para la tierra el sol es su lumbrera. Ninguna palabra más exacta que esta para designarle desde este mundo.

Grandeza del Universo

Por otra parte, no cabe duda alguna que si no para los sencillos escritores hebreos, cuando menos para el Espíritu Divino que los inspiraba, el Universo debe ser algo más que una bóveda pintada

o tachonada de lucecitas. Esto se demuestra claramente en el mismo libro de Génesis, capítulo 15; versículo 5, donde se habla de las estrellas como algo innumerable, que ningún mortal puede contar, como no se cuentan los granos de arena que se hallan a la orilla del mar. Y esto es cabalmente lo que nos enseña hoy la moderna astronomía.

Tampoco podría entenderse esta expresión: "Cuando veo los cielos... la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?; o esta otra: "Los cielos cuentan la gloria de Dios", etc., si los escritores bíblicos hubieran tenido una idea tan mezquina de la bóveda estrellada como pretende Ibarreta. Tales declaraciones nos dan a comprender que los escritores bíblicos, a pesar de su ignorancia, entendían por revelación divina el secreto de la inconmensurable grandeza del Universo, que nos deja anonadados al considerarla a la luz de la Ciencia moderna.

Períodos geológicos. — Exactitud científica de la Biblia

Queremos extendernos un poco más que hasta donde llega Ibarreta en este asunto de la Creación, porque creemos que el primer capítulo del Génesis es un gran baluarte de nuestra fe, y hay que traer a plena luz esta brillante página inspirada para que con sus fulgores disipe las tinieblas de la duda en más de un corazón.

Sin vocablos técnicos que los sabios han necesitado y creado muchos siglos después, continúa Moisés mostrándonos el proceso de la vida exactamente en el mismo orden que lo ha encontrado la Ciencia. Este es, según el relato bíblico:

1.° Las plantas.
2.° Los peces y aves.
3.° Los animales terrestres.
4.° El hombre.

Supongamos que Moisés hubiese invertido el orden de estas cuatro cosas. ¡Cómo se afanarían los incrédulos tratando de demostrar el error, y por ende, la no inspiración de esta sublime página sagrada!

Pero Ibarreta menciona sólo aquellos textos donde le parece ver materia de error (que puede demostrarse no existe) y calla prudentemente respecto a aquellas otras partes del relato que adelantan a la Ciencia en nada menos que tres mil años. Pues bien considerado el relato bíblico es un anticipo a la Ciencia desde su primer versículo.

Es digno de ser considerado que las actuales teorías evolucionistas encuentran entre cada uno de estos cuatro períodos un abismo que todas las conjeturas, por muy hábiles que sean, son incapaces de llenar o de explicar de un modo satisfactorio. En efecto, dice el sabio Dawson: ¿Cómo explicaríamos el origen de la vida vegetal sobre una tierra procedente de metales en fusión? Podemos hablar de transformaciones evolutivas en el reino vegetal, que a nuestro entender no dejan de tener un límite bien marcado, pero queda siempre en pie el misterio de la vida."

De la planta al animal hay otro abismo ante el que la Ciencia se encuentra impotente. Por muy rudimentaria que sea la vida del zoofito, es otra

vida diferente de la vegetal, regida por otras leyes. El paso de una a otra implica un gran misterio.

A pesar de que se nota un proceso de continuidad entre los diversos órdenes de la vida, que la Biblia es la primera en reconocer, quedan nuevos abismos entre el animal de agua y el del aire, el ovíparo y el mamífero, que difícilmente pueden explicarse sin la intervención de un Poder Superior al pie de cada especie. Y en el mismo proceso de continuidad se destaca el último salto; la diferencia bien marcada e inexplicable entre los irracionales y el hombre.

Ahora supongamos que en este proceso escalonado Moisés hubiese invertido los términos y nos dijese que Dios había creado lo peces antes que las plantas, o los animales de la tierra antes que los peces o las aves, o bien hubiese colocado al hombre como el primer ser vivo que apareció en el planeta después de los vegetales, todos los sabios modernos se apresurarían a desmentir a Moisés por medio de esta novísima e irrefutable ciencia que desentierra los secretos de las entrañas de la tierra, que conocemos con el nombre de Geología.

La Geología ha dividido la edad de la tierra en cuatro períodos, que ha llamado edad primaria, secundaria, terciaria y cuaternaria, y el orden de cosas que atribuye a cada uno de estos períodos es lo más parecido posible al sencillo relato de la Creación bíblica. Puede afirmarse que la Ciencia moderna ha sido precedida en esto, como en otras muchas cosas, por estos extraños escritos hebreos

a los cuales millones de personas consideran aún hoy día como revelación expresa de Dios.

18 verdades científicas declaradas por la Biblia antes de ser descubiertas

Para que el lector pueda formarse una ligera idea de las grandes pruebas que tenemos al hacer semejante afirmación, vamos a detallar a continuación diez y ocho verdades científicas que la Biblia ha venido declarando desde hace muchos siglos y que la Ciencia moderna, en sus recientes investigaciones, ha podido comprobar:

1.ª La Ciencia ha tenido que reconocer, de acuerdo con las Escrituras Bíblicas, que la tierra es esférica, cosa que todos los sabios antiguos venían negando. Isaías 40; 22.

2.ª Que está suspendida sobre el vacío. Job, 26; 7.

3.ª Que la tierra fué creada en la más remota antigüedad, juntamente con los Cielos. Génesis, 1; 1.

4.ª Que la luz existía y daba vida a la vegetación del período primario, mucho antes de que el sol fuese iluminado. Génesis, 1; 5.

5.ª Que la corteza de la tierra reposa sobre un fuego interior. Job, 28; 5.

6.ª Que esta corteza estuvo mucho tiempo cubierta de aguas y salió de ellas. Génesis, 1; 9.

7.ª Que las más grandes montañas de nuestro globo han brotado del interior de la tierra empujadas por el poder del fuego. Salmo, 104; 6-9.

8.ª Que la tierra está envuelta en un atmósfera que la rodea por todas partes. Génesis, 1; 7.

9.ª Que el aire, un elemento impalpable, es, sin embargo, pesado. Job, 28; 25.

10. Que el agua de los ríos procede exclusivamente del mar, a donde vuelve. (No de un depósito superior, como pretende Ibarreta.) Eclesiastés, 1; 7.

11. Que los vientos marchan en circuitos y vuelven a su punto de partida. Eclasiastés, 1; 6.

12. Que las estrellas del cielo son en número inmenso, incontable, como las arenas del mar, aunque los antiguos no contaban más que algunos millares. Génesis 22; 17.

13. Que no son divinidades, como creían los antiguos filósofos, sino cuerpos materiales, que no tienen ninguna influencia sobre los destinos de los hombres o de las naciones. Salmo 8; 3.

14. Que los cielos no son en manera alguna una bóveda sólida, ni un *firmamento*, como equivocadamente lo llamaron los antiguos, sino tal como lo había declarado la Biblia, que se contentó con designarles con el término tan bello y tan bien escogido de: *La expansión*. Génesis 1; 7.

15. Que las plantas fueron creadas mucho tiempo antes que el hombre sobre la tierra. Génesis 1; 11.

16. Que los animales del mar y del aire fueron formados mucho antes que los de la tierra. Génesis 1; 21-22.

17. Que las aves son contemporáneas de los peces y de los animales marinos, y anteriores a los cuadrúpedos mamíferos. Génesis 1; 20.

18. Que el hombre no lleva sobre la tierra sino un tiempo comparativamente corto, habiendo sido

creado mucho tiempo después que las plantas, las aves, los animales marinos, los insectos, los reptiles y los animales terrestres. Génesis 1; 26.

Comparando estas grandes afirmaciones bíblicas con las cosmogonías más nombradas de la humanidad (como son las de origen hindú y budista), la verdad más sorprendente y notable es la declaración bíblica de que existió en la tierra un largo período azoico, o sin vida, y que cuando habla de la aparición de la vida humana, ésta no ocupa el comienzo ni el centro, sino que aparece como cúspide y coronamiento. En esta doble declaración, la Biblia, se adelantó a todas las hipótesis y teorías científicas de todos los tiempos.

Hemos puesto las citas bíblicas al pié de cada asunto para que el lector pueda consultar en la misma Biblia la realidad de estas afirmaciones. Son éstas tan interesantes, que la primera vez que el autor de estas líneas paró su atención en ellas le parecía que no podía ser, que debía tratarse de interpolaciones puestas en las biblias modernas para hacerles estar de acuerdo con la ciencia. De un modo especial le sorprendieron la 1.ª, 2.ª, 5.ª, 7.ª, 8.ª, 10.ª y 11.ª Parecíame maravilloso que la Biblia pudiese haber venido diciendo tales cosas y los hombres no se hubiesen dado cuenta antes de semejantes afirmaciones, pero al fin tuve que reconocer su realidad, para vergüenza de los teólogos y honor del viejo libro, base de nuestra fe.

CAPITULO II

LOS MILAGROS

TEORÍA RACIONAL DEL MILAGRO. — NO SE TRATA DE INTERRUMPIR UNA LEY NATURAL, SINO DE DETENER SU RESULTADO APORTANDO UN NUEVO PODER. — LOS INVENTOS SON MILAGROS PARA QUIEN DESCONOCE SU SECRETO. — LA PRUEBA HISTÓRICA SE IMPONE. — CRÍTICA HISTÓRICA DE LOS DOCUMENTOS EVANGÉLICOS. — LOS MILAGROS DE CRISTO Y LOS DE OTROS TAUMATURGOS. — EL TESTIMONIO DE LOS ENEMIGOS. — POR QUÉ NO CREYERON LOS CONTEMPORÁNEOS DE CRISTO. — VENTAJAS QUE LES LLEVAMOS PARA OBTENER UNA FE RAZONABLE.

Omitimos ocuparnos del capítulo que Ibarreta titula: "La Biblia y la Iglesia" porque, como decimos al principio, no es nuestro objeto defender los dogmas o costumbres de una Iglesia determinada. Cargue cada una con sus propios defectos o extravíos, y trate de defenderse o enmendarse. Nuestro objeto es únicamente afirmar los principios generales de la fe, tratando de poner en evidencia los motivos razonables que tenemos para poder elevarnos por encima del terreno de la duda o la incredulidad.

En este concepto que nosotros tenemos de la religión entra la creencia en la posibilidad del milagro.

Debemos decir aquí que estamos conformes con la definición que hace Ibarreta del milagro y su objeto.

Hay muchas cosas a las que el vulgo llama milagros, pero no son tales. Sucesos providenciales, casos afortunados y verdaderos milagros son confundidos con el apodo común de milagros.

Una caída afortunada, una liberación de un peligro inminente, no es un milagro en el sentido estricto de la palabra, porque no se ha interrumpido para nada el orden común de la naturaleza. Podrá ser en todo caso un suceso providencial por la reunión de circunstancias favorables que nos vemos obligados a atribuir a la Providencia; pero no un milagro propiamente dicho.

Un milagro, literalmente hablando, es una maravilla y una señal a la que Dios apela como manifestación de su poder. Se ha dicho que la Naturaleza es un milagro constante. En efecto, cuando consideramos a la Natura como un conjunto de materiales y fuerzas mecánicas ciegas, nos parecen tan afortunados y admirables los resultados de sus diversas combinaciones y movimientos, que nos es imposible atribuirlos a la casualidad; pero no son estos fenómenos una señal a la que Dios apela en un sentido determinado. La Naturaleza nos invita a creer en Dios, pero no nos dice nada más acerca de El.

Justo es que esperemos alguna expresión más concreta de este Ser que se nos manifiesta por sus

obras, y es natural que esta expresión vaya acompañada de una garantía que acredite su origen.

Maquinaria e inteligencia

Hablando de este asunto de los milagros, dice el doctor Pearson: "Supongamos que a un salvaje ignorante y supersticioso se le transporta repentinamente a un país civilizado. Imaginémonos que se encuentra al lado de la vía del ferrocarril y vé venir el convoy arrastrado por poderosa locomotora. El mira asombrado el paso de este majestuoso signo de omnipotencia mecánica y cae de rodillas para adorarlo. Vosotros le detenéis, le decís que aquello no es un Dios, sino sencillamente una máquina que se mueve según una ley fija dentro de los límites determinados por los carriles. El no puede creerlo. ¿Cómo le convenceréis? No hay más que un camino. Demostrarle que hay un poder superior a la maquinaria que puede obrar sobre ella. Le hacéis ver cómo por la mano del maquinista cesa su movimiento. Cómo merced a la aguja se le hace cambiar de vía, etc. Por poca inteligencia que el salvaje tenga para apreciar vuestro método de prueba, se convencerá de que la locomotora es una máquina, y nada más que una máquina.

Este es el caso en cuanto a esta organización que llamamos Universo. Si Dios ha de darnos prueba de su presencia en esta maquinaria, ha de ser poniendo en juego algún resorte de su poder que parezca trastornar alguna de las leyes ordinarias por las que se mueve el Universo.

Decimos "que parezca trastornar" porque no es necesario que una ley sea violada o suspendida;

basta que entre en juego un nuevo poder desconocido para nosotros.

Puede que después de todo no exista en el milagro una invasión real del orden del Universo. Cuando la máquina retrocede, gira, cambia de vía, etc., obedece verdaderamente a la ley como cuando avanzaba en línea recta. Hay, sin embargo, una inteligencia que guía a la máquina y que aporta un nuevo recurso que aplica a su movimiento.

No hay interrupción de ley natural

¿Cómo sabemos que un milagro invade o interrumpe el orden natural establecido? ¿Qué diríamos si fuera nada más que el Supremo Maquinista aportando un nuevo recurso de leyes o fuerzas para nosotros desconocidas?

Cuando se revelen las cosas secretas, encontraremos sin duda que hay en este mundo de materia y espíritu, dos planos para la realización de las cosas. Uno es el plano ordinario, el nivel más bajo, donde todas las cosas se mueven en una línea y método uniformes; otro el plano extraordinario, el nivel más alto, donde la intervención especial del Ingeniero introduce por razones sabias una nueva fuerza que generalmente no entra en juego.

Aun podemos decir más: Todo acto por el cual la inteligencia voluntariamente interrumpe el trabajo de la ley mecánica tiene en sí la esencia de lo milagroso en pequeña escala. Por ejemplo: arrojamos una pelota al aire; yo extiendo la mano y la cojo. En razón de la fuerza mecánica ella hubiera seguido rodando por el aire hasta que otra ley mecánica que llamamos ley de gravedad, atrayéndola

a la tierra hubiera detenido su movimiento, pero un agente distinto ha sido puesto en juego; una fuerza voluntaria, de repente despliega su energía y domina la acción de la fuerza mecánica. Ningún desorden se ha introducido en la creación; pero hay en acción un nuevo poder que demuestra un agente inteligente.

¿Que hace Dios en un milagro? Pensemos en la resurrección de Lázaro. Este discípulo de Jesús fué muerto y enterrado. La función de las leyes mecánicas hubiera determinado su descomposición; pero una fuerza nueva, inteligente y voluntaria domina a la mecánica y ya no hay descomposición; al conjuro de la palabra del Hijo de Dios vuelve a la vida. El hombre no puede devolver la vida a los muertos; sin embargo, puede hacer revivir un cuerpo del cual ha huído el hálito, en el que no hay pulso, y en el cual apenas queda un resto de calor animal, como en el restablecimiento de un ahogado. El que tiene vida se pone en contacto con el que no la tiene. Una fuerza exterior voluntaria interviene para volver a poner en movimiento los pulmones; el corazón vuelve a latir con regularidad. Abandonad este cuerpo a la acción de la ley natural y no habrá ni aliento ni pulso. Pero poned en juego a tiempo esta fuerza exterior y el decreto de muerte ordenado por la ley natural, será derrogado.

No queremos empequeñecer el milagro de la resurrección de Lázaro comparándolo con la de quien después de una muerte aparente como ahogado es devuelto a la vida. Nuestro objeto es demostrar que en los casos ordinarios de la vida la voluntad de un ser inteligente detiene y cambia la

acción de la ley mecánica, haciendo ver la presencia de una influencia superior, sin violación del orden real de la Naturaleza.

¿Y no puede un milagro ser simplemente, en una escala proporcional a la grandeza de la actividad divina, la voluntad del Ser Supremo aportando recursos y fuerzas para nosotros desconocidas, con objeto de demostrarnos su presencia?

Tenemos en las Sagradas Escrituras ejemplo de milagros para la realización de los cuales ha sido usada, no una fuerza misteriosa y desconocida, sino una fuerza de las mismas que entran en juego en el orden común de la Naturaleza. Tal es el caso en el paso del Mar Rojo por los israelitas. La Biblia declara sencillamente que Jehová envió un fuerte viento oriental, el cual apartó y detuvo las aguas hasta que el pueblo fugitivo hubo pasado a la otra orilla. Este fenómeno tuvo efecto en un cierto lugar donde las aguas del Mar Rojo tienen poca profundidad, de suerte que el fenómeno ha podido producirse alguna otra vez. La circunstancia que ocurriera tan admirable fenómeno en el preciso instante cuando el pueblo de Israel lo necesitaba angustiosamente, es una prueba evidente de la intervención divina, aun cuando el hecho ocurriera sin salirse del dominio de las leyes conocidas de la Naturaleza.

Valor del testimonio

"—Todo esto es muy razonable — me decía un joven doctor a quien estaba exponiendo la posibilidad de considerar los milagros como manifestación de poderes o leyes para nosotros desconoci-

dos—, ¿pero usted cree que podemos confiar en los relatos de milagros ocurridos hace dos o tres mil años, transmitidos además por gente ignorante y supersticiosa, cuando nuestra experiencia general hoy día está en contra de toda violación de las leyes de la Naturaleza?"

El hecho de que los milagros sean contrarios a nuestra experiencia no significa ninguna dificultad insuperable. Precisamente es ésta su virtud característica. Como al principio dijimos, hay fenómenos del dominio de la Naturaleza mucho más inexplicables y maravillosos que cualquier milagro de los relatados en la Biblia, pero el hecho de que sean cosas repetidas cada día, impide a los hombres apreciar su valor como una señal de la presencia del Divino Ingeniero. Cualquier hecho, por maravilloso que fuere, al cual estuviéramos acostumbrados, o siquiera que lo hubiésemos presenciado un cierto número de veces, no nos parecería ya un milagro.

El que no tengamos una experiencia personal del milagro no es razón suficiente para negar la experiencia de otros. Hay muchísimas cosas que no son comunes a nuestra experiencia, las cuales creemos por el testimonio de otros, o bien por la prueba documental. ¿Qué impide que creamos por la misma clase de prueba las narraciones evangélicas?

La prueba histórica se impone

El rechazar o dar como falso todo relato en el que entre el elemento sobrenatural podrá ser muy prudente para ciertas narraciones cuya garantía histórica se pierde en la oscuridad de los tiempos; pero rechazar toda narración que contenga hechos

maravillosos, por el solo hecho de que no nos ha tocado la suerte de obtener una experiencia semejante, es contrario a toda buena lógica.

La crítica histórica no puede ni debe hacer esta distinción al examinar las obras que caen bajo su escalpelo: "Todo lo milagroso es falso; de lo no milagroso algo puede ser histórico". No; no estamos autorizados para obrar de un modo tan parcial. Si los escritores del Nuevo Testamento han de ser creídos, debemos aceptar todo lo que nos dicen sin querer prejuzgar su experiencia por la nuestra. No es nada irracional suponer que unos hombres que vivieron en momentos álgidos de la historia del mundo tuvieran experiencias diferentes a la nuestra.

Creemos que hay que examinar críticamente estos documentos sin prejuzgarles a causa de su elemento sobrenatural. Si sus narraciones resultaran históricamente falsas, todos los milagros que nos refieren deberían ser considerados igualmente fabulosos; pero si no es así, no existe motivo para que los rechacemos por razón de los milagros.

Esta es la posición imparcial, pero no es la que adoptan generalmente los críticos de la Biblia. En cuanto aparece un hecho maravilloso, una mueca de desprecio se pinta en sus rostros o en sus plumas. Cuando un hombre adopta voluntariamente una posición como esta, no hay más esperanza de convencerle de la verdad que de ensanchar la pupila de los ojos concentrando más luz en ella. El fanatismo ciego, en creyentes o incrédulos, odia la luz y se hace más cerrado y se encoge más, cuanto más la luz aumenta en intensidad. Para los tales, no

hemos escrito la presente obra; sino para los espíritus sinceros e imparciales dispuestos a recibir la luz de donde viniere.

¿Es el testimonio motivo suficiente para creer en los milagros? Por supuesto. Todas las cuestiones de hechos históricos deben admitirse sólo por el testimonio; muchas afirmaciones de hechos científicos se admiten por el testimonio, por miles de personas que no tienen tiempo ni conocimientos para hacer la investigación por sí mismos; y, sin embargo, estamos ciertos de los hechos históricos y de los hechos científicos.

Si los milagros obrados por Cristo y por los profetas y apóstoles han de ser creibles para nosotros, no ha de ser por otro medio de prueba que el del testimonio. ¿Sobre qué base descansa la credibilidad de los milagros? ¿No están apoyados por el testimonio? ¿No son los testigos competentes y dignos de crédito? Estos son los puntos en que debe basarse la discusión, y sobre éstos aceptamos lealmente la batalla, los que militamos por una fé razonable.

La crítica histórica de los documentos evangélicos

Uno de los argumentos de la ignorancia callejera es el de que "en los libros se pone lo que se quiere". O, en otras palabras: "que las historias del Evangelio pueden no ser relatos auténticos de los hechos que refieren". Para el hombre medianamente instruido esta dificultad queda mucho más reducida que para el ignorante.

La existencia de documentos que una crítica razonable nos obliga a darles una fecha muy cercana a los mismos hechos, y la posesión de copias que datan de aquellos siglos, nos libran de tener que defender tales relatos de los evidentes peligros de la tradición oral, por lo menos durante diez y siete siglos.

Poseemos tres ejemplares antiquísimos del Nuevo Testamento que datan, según los críticos, del siglo IV de la era cristiana. Uno de estos ejemplares, el llamado códice Sinaiticus, acaba de ser comprado al Gobierno de los Soviets que lo conservaba en el museo de Moscow, para el British Museum, habiéndose pagado por el mismo la bonita suma de 100.000 libras esterlinas, o sea unos cuatro millones de pesetas al cambio actual. Otro de estos valiosos ejemplares está en el Museo del Vaticano y el otro pertenecía ya al Museo Británico.

Además de estos tres ejemplares, que los sabios han declarado pertenecen a los siglos III y IV, tenemos otras centenares de copias de los siglos inmediatos, las cuales coinciden todas en la misma relación, excepto pequeñas variantes de alguna palabra olvidada por los copistas que en nada altera el relato general.

Ahora bien: ¿Podemos tener confianza en lo que nos relataron en estos documentos unos hombres tan alejados de nosotros? ¿Qué prueba tenemos de que no es un cuento lo que forjaron y escribieron en estas páginas?

Sinceridad de los testigos

El argumento que se acostumbra usar en este caso es la fidelidad y constancia con que mantuvie-

ron los apóstoles y primeros cristianos sus atrevidas afirmaciones sobre cosas que ellos unánimemente decían haber visto y oído.

El gran apologista Paley, lo formuló hace un siglo en la siguiente forma, y nadie ha podido todavía responder a su reto:

"1.° Hay pruebas satisfactorias de que muchos que decían ser testigos originales de los milagros en que se funda el Cristianismo pasaron sus vidas en afanes, peligros y penalidades; que sufrieron voluntariamente en testimonio de lo que referían, y sólo por la persuasión íntima en que estaban de ser la verdad; y que por los mismos motivos se sujetaron a nuevas reglas de vida.

2.° No hay prueba satisfactoria de que, personas que hayan afirmado ser testigos originales de otros milagros tan positivos y claros por su naturaleza como los mencionados, hayan jamás procedido de igual forma en testimonio de lo que referían."

Esta pertinacia heroica de los primitivos cristianos está acreditada, no sólo por sus apologistas y biógrafos, sino por sus mismos enemigos.

Tenemos el testimonio de Plinio el Menor, procónsul de Acaya, quien en una carta al emperador Trajano entre los años 95 y 100 del nacimiento de Cristo, dice: "A los que persistieron en llamarse cristianos los mandé conducir al suplicio, porque cualquiera que fuese su creencia no podía dudar que su *contumacia y obstinación inflexible debían ser castigados*".

Treinta años antes de esto, o sea solamente unos cuarenta años después de la muerte de Cristo, los escritores romanos Tácito y Suetonio describen los

horribles padecimientos que Nerón hizo sufrir a los cristianos reconociendo la injusticia que con ellos se hacía. (Tácito, Anales L, XV, c. 44).

Estas y otras citas de autores paganos y cristianos, derriban enteramente los artificiosos argumentos de J. Bossi, en la conocida obra: "Jesucristo nunca ha existido"; al pretender que el Cristianismo se fué formando poco a poco como un producto de las antiguas religiones, y que por lo tanto la historia de Cristo y sus hechos maravillosos sean un mito, sin realidad alguna histórica.

Si los cristianos no hubiesen sido perseguidos hasta dos o tres siglos después de ser conocidos como secta religiosa, podría creerse en la formación del mito, y aunque no sería del todo explicable su tenacidad ante la muerte, habría motivos para creer que habían sido engañados durante dos o tres generaciones, y por consiguiente, morían por lo que realmente no sabían ni conocían. Pero ningún mito se puede formar en cuarenta años, cuando todavía sobreviven los presuntos testigos de los hechos que se declara haber tenido lugar. Y nadie es tan loco para entregarse voluntariamente a los tormentos y a la muerte por sostener lo que él sabe no es verdad.

El embaucador taimado

Recordamos haber leído el caso de un charlatán vendedor de ciertos comprimidos infalibles, según él, para un gran número de enfermedades, quien acusado delante de los tribunales de vender un producto nocivo para la salud pública, en tiempos cuando todavía no era posible el análisis químico; ante el temor de una condena declaró llanamente la verdad:

sus célebres pastillas no eran sino un compuesto de harina. El taimado embaucador prefirió el descrédito de su producto a unos años de galeras.

Puede comprenderse que un hombre muera por lo que él cree ser verdad, aunque no lo sea, pero es el colmo del absurdo pensar que millares de hombres y mujeres, hallándose en condiciones de investigar la veracidad de los hechos que ellos afirmaban ser ciertos, se dejasen matar juntamente con los mismos que decían ser testigos de los sucesos, por el tonto prurito de sostener una impostura.

Este argumento es de gran valor para apreciar la autenticidad del Cristianismo, porque ninguna otra religión conocida presenta tales características. Budismo, Confucionismo y Mahometismo, se han extendido en el mundo en momentos favorables, pero sin pasar por la severa prueba de persecuciones desde su mismo origen, como ha pasado el Cristianismo.

Los milagros de Mahoma y los de Cristo

Mahoma podía referir las visitas nocturnas de Gabriel y su propio viaje al Paraíso, ¿quién estaba allí para probar o rechazar su testimonio? Pero Cristo anduvo públicamente entre los hombres durante tres años por lo menos, y cada paso fué señalado por una maravilla como nunca anteriormente o desde entonces ha desafiado la fe del hombre. Los milagros no podían atribuirse a causas naturales; eran de los que admiten la prueba de los sentidos; tan públicos, que atraían la atención universal; de carácter tan vario que excluían la idea de engaño o ilusión. Su número, el carácter instantáneo y completo de las curas que realizó y la falta de fracaso en cada caso, determina una distancia inmensa entre estos milagros y las pretendidas maravillas producto de la superstición, cuando los que pretendían haber sido curados a la vista o contacto de reliquias, santos o aguas bendecidas, etc., constituyen las pocas excepciones en cientos de suplicantes desahuciados de la virtud curativa.

El desafío del Cristianismo

Ninguna otra religión se ha atrevido como el Cristianismo, a hacer una apelación a los milagros como base de su creencia. Una cosa es desafiar a un mundo incrédulo a que ponga fe en una religión por el testimonio de los milagros y otra muy distinta pedir a un creyente que los acepte como parte de un sistema en el cual ya cree. El Cristianismo empezó invitando a los hombres a que aplicaran esta prueba severa a su credibilidad. "Si no hubiese hecho entre ellos obras como ningún otro ha hecho...", decía Cristo. Y San Pablo confiesa que si se puede negar un solo milagro, el de la resurrección de Jesús, por ejemplo, su predicación sería vana, vano también el poner fe. Los creyentes que habían confiado en El para la salvación, aún estarían en sus pecados; y en seguida hace la afirmación: "Pero Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho". 1.° Corintios 15; 20.

La apelación constante de los apóstoles en aquellos felices tiempos, era: "Que ninguna de estas cosas ha sido realizada en ningún rincón". Hechos 26; 26, sino públicamente en los patios del

Templo ; en las calles públicas y en las orillas de los lagos ante miles de personas.

Solo por este motivo es comprensible que aquellos millares de discípulos, plenamente convencidos de que sus sentidos no les habían engañado, se dejasen martirizar y tuviesen valor para persuadir a otros a hacer lo mismo ; considerándose afortunados "de poder sufrir por el nombre de Cristo". Hechos 5 ; 41.

Testimonio de los enemigos y contemporáneos no creyentes

Al lado de este gran argumento y de tanto valor como el mismo, es el testimonio de los enemigos de Cristo a sus hechos y vida prodigiosa. Recordemos que desde el principio el Fundador de esta gran religión fué el foco central de toda la intensidad del odio humano. Todas las miradas se volvieron hacia El, sometiéndole a un escrutinio microscópico. No hay falsificación tan difícil como la de los milagros, especialmente los realizados públicamente bajo la vigilancia de enemigos intencionados ; sin embargo, aunque se apelaba constantemente a los milagros de Cristo como hechos conocidos, pasaron sin que se atrevieran con ellos. Pero aun más que el silencio, tenemos la confesión tácita del hecho de que fueron realizados.

El Talmud, célebre volúmen escrito por rabinos judíos opuestos al naciente Cristianismo, reconoce estos milagros, pero pretende que fueron realizados por artes mágicas, o por el uso de algún encanto secreto que Jesús robó del Templo.

Celso, sabio y poderoso como era entre los adversarios del Cristianismo, admite los hechos de los

evangelios, y concede que Cristo obró milagros, pero los atribuye a artes mágicas aprendidas en Egipto.

Heriocles, el perseguidor, no niega estos milagros.

Juliano el apóstata, confiesa que Cristo curó a los cojos y a los ciegos y sacó los demonios del cuerpo, pero cree que estas obras no le hacían digno de tanta fama.

Si los que vivían entonces en aquellos lugares hubieran negado, o solamente puesto en duda la efectividad de los milagros ; si hubieran tachado aquellos rumores de impostura y sostenido que nunca se había verificado milagro alguno, podemos estar seguros que lo mismo habrían repetido siempre sus descendientes.

El argumento de la magia era en aquellos tiempos un recurso desesperado para negar la autoridad de estos maravillosos sucesos, pero es en cambio para nosotros que no creemos en la magia, una confesión tácita de su efectividad.

Por qué no creyeron todos los contemporáneos de Cristo

Ibarreta arguye contra los milagros por el hecho de que no todos los contemporáneos de Cristo creyeron en El. Pero esto es una profunda ignorancia acerca de la cultura, sentimientos y psicología de los hombres de aquella época.

Si en el día de hoy se presentara un hombre declarándose enviado de Dios y ofreciendo hacer milagros para probar su misión, nos parece que una vez probada la realidad de sus milagros todos debe-

ríamos creer en él ; pero no opinaban así los hombres en tiempos antiguos. Entonces no había solamente una cuestión para ventilar en este punto, sino dos : En primer lugar, si alguna señal superior al poder humano se había efectivamente manifestado, y en segundo, si este poder procedía de Dios o de algún espíritu maligno.

Después de decidida la primera de estas cuestiones, es decir, después de admitir el hecho de los milagros, los judíos conservaron toda su inclinación a la duda y a la incredulidad respecto a la persona de Cristo, rechazando la religión por El predicada, por ser del todo diferente a lo que habían esperado ; y de aquí que los más de ellos atribuyeron sus milagros a malas artes ; pero otros, como por ejemplo los judíos de Berea, fueron de un espíritu más recto, o más noble, según expresión de Lucas, porque consultando con atención las Escrituras se convencieron de que las antiguas profecías relativas al Cristo se avenían realmente con todo lo que Jesús había hecho y padecido. Esto les convenció de que sus milagros no habían sido obrados por los espíritus malignos, sino por el poder divino, y de aquí concluyeron que el Reino de los Cielos se había aproximado a ellos.

No creamos pues, que los testigos de aquellos primeros días del Cristianismo nos llevaban una inmensa ventaja, y que su fe debiese ser más firme que la nuestra, porque habían visto hacerse ante sus ojos los milagros que el Evangelio nos refiere. No ; las pruebas y privilegios de la fe de los diferentes hombres están equilibrados con bastante igualdad. Los hombres de entonces no estaban más obligados

a creer contra su voluntad que nosotros ; debían como nosotros juzgar con candor y rectitud de las pruebas que tenían a la vista. Los que resolvieron ceder a sus preocupaciones contra Jesucristo y desecharle, hallaron una excusa pronta (excusa inadmisible en nuestros días) atribuyendo sus milagros a mágicas artes, a las que en aquel tiempo se daba una virtud y poder imponderables.

Por otra parte, aunque fuesen testigos de muchos prodigios que nosotros no hemos visto, ellos no habían presenciado este gran milagro, como podemos osadamente llamarle, del cumplimiento de las profecías durante los diez y nueve siglos últimos, y el establecimiento de la religión cristiana en todos los confines de la tierra, conforme a las palabras de Cristo.

También era mucho más difícil para ellos apreciar las múltiples pruebas de la existencia y sabiduría del Creador que nos ofrece hoy el estudio de la Naturaleza.

Por todo esto podemos considerar que sus privilegios no eran mucho mayores que los nuestros.

Cuando fué que Dios intervino

Por otra parte, debemos decir que los milagros han sido siempre una rara excepción.

La Divinidad no ha querido emplear estos medios sobrenaturales de evidenciar su presencia sino en momentos críticos y culminantes de su revelación a la Humanidad. En el mismo pueblo elegido como lumbrera de las naciones ; el pueblo que nos ha legado la Biblia ; los milagros apenas ocurrieron más que en tres grandes épocas de reforma religiosa y

moral. En días de Moisés ; al iniciarse la era profética, y en los días de Jesucristo, pasando entre una y otra, siglos enteros sin que se produjese un solo hecho prodigioso.

Parece que esta parquedad en el empleo de medios sobrenaturales obedece al propósito divino de no *forzar los hombres a creer,* con lo que no se lograría sino una religiosidad hipócrita e interesada, sino facilitar únicamente los medios para que puedan vivir confiados en su palabra, los hombres que tengan corazón para ello, y le busquen con sinceridad de intención.

Milagros contemporáneos

En casos muy especiales de la historia contemporánea, creemos que Dios ha hecho uso del prodigio para ayudar a sus hijos. Tenemos algunos raros casos de esta intervención divina sobre todo en la historia de las misiones modernas. La empresa de dar el conocimiento del Dios verdadero a las razas degeneradas de la Humanidad, al corazón de Africa, a las regiones polares y a los pobres antropófagos de las islas del Pacífico, con toda la abnegación que ello significa, puede considerarse, en efecto, un hecho culminante en la historia del Cristianismo y no nos extraña que para venir en ayuda y defensa de tan grandes hombres, Dios se haya dignado renovar alguna de sus maravillas. Pero antes de afirmarlo, nos es necesario tomar toda clase de precauciones y asegurarnos que el hecho prodigioso no es explicable por ningún medio natural.

Otras intervenciones de la Providencia

Sin embargo, tenemos otra clase de milagros, en los que sin entrar el elemento sobrenatural, se hace tan evidente la intervención divina, se da una tan maravillosa y bien ordenada cadena de circunstancias demasiado felices para ser consideradas como fortuitas, que el hombre creyente no puede menos que exclamar como los sabios de Egipto ante Moisés : "Dedo de Dios es esto".

Vamos a citar algunos de cuya certeza tenemos garantía.

La viuda que se confió a Dios

En New Haven, Conn. vivía una pobre viuda inválida, sin dinero ni amigos, su única esperanza era el Padre Celestial a quien dirigía sus plegarias con frecuencia. Muchas veces había orado y recibido respuestas maravillosas e inmediatas ; pero en la ocasión que nos ocupa, a pesar de que se hallaba en extrema necesidad y había orado con vehemencia, todas las puertas estaban cerradas ; parecía como si ni Dios ni los hombres se acordasen de ella. En esta situación, muchos pensamientos cruzaban por su mente. ¿ La había Dios abandonado, o no se acordaba de ella ?

En este mismo tiempo un hombre de negocios de New York que había estado ausente por una temporada halló entre las muchas cartas acumuladas durante su viaje una de la pobre viuda en la que no le pedía dinero, sino un pequeño favor de otro carácter. Aquella mañana en su oración a Dios había el comerciante recibido la impresión de que era su deber hacer algo más para ayudar a los necesitados.

Tan profundo era el sentimiento sobrevenido a su corazón, que varias veces había dicho durante aquella mañana: "Señor, ¿qué quieres que haga? De repente apareció la idea: "Quizá es esta una oportunidad del Señor para hacer algo en favor de un desventurado hijo de Dios". Pero la mujer no había dicho que era cristiana, ni pedía dinero, solamente podía comprenderse por su carta que no vivía en la abundancia. Inmediatamente vino a la mente del comerciante las palabras de Jesucristo: "Cuanto hicisteis a uno de mis hermanos pequeñitos a Mí lo hicisteis". Mateo 25; 40. Y sentándose, escribió un cheque de 25 dólares con el siguiente mensaje: "Apreciada señora: comprendo que se halla usted en necesidad; es cierto que no me ha pedido dinero, pero le mando algo que creo podrá serle útil; me alegraré que así sea. Confío que usted es cristiana. No me dé las gracias, la bendición del Señor es bastante para mí".

La carta fué enviada y el comerciante se olvidó de ella por algunas horas; pero de pronto surgió un extraño presentimiento en la mente del escritor: "Me temo que puse mal la dirección". Fué a mirar nuevamente la carta de la viuda y halló que era así. Tomando entonces una tarjeta escribió apresuradamente a la inválida: "Apreciada señora: Esta mañana le he enviado a usted una carta certificada; si no la ha recibido, le ruego vaya a reclamarla a la Administración de Correos". La mujer envió a alguien a reclamar y el empleado dijo que, ciertamente, había una carta en esta forma, pero que no habiendo sido hallada la destinataria

iban a dirigirla a otra mujer del mismo nombre que vivía en otro barrio de la ciudad.

Es fácil comprender la admiración de la pobre viuda al romper el sobre y hallar un cheque de tanto valor. Tomó la pluma y escribió las siguientes líneas:

"Respetable señor: Mi corazón está rebosando al ver como Dios responde a mis sencillas oraciones. Desde mucho tiempo estaba pidiendo al Señor 10 dólares para cubrir mis más perentorias necesidades, después pedí 15, y al fin 25, por ser ésta la suma requerida para pagar mis deudas. En todo el año no he tenido en mis manos una cantidad mayor que 1'50 $ y no sabía de dónde podía venir esta gran suma que necesitaba. Así que el ver como el Señor ha tocado su corazón es para mí algo maravilloso. Su carta fué enviada el mismo día en que yo estaba orando intensamente porque no veía delante de mí sino que iba a quedar sin hogar. He sufrido mucho ,pero puedo decirle que Dios me ha confortado día tras día, hasta hoy en que la respuesta ha venido. Me gozo en poder darle las gracias; mas podré hacerlo mucho mejor en aquel otro País a donde nos dirigimos."

En esta historia hay una porción de preciosos detalles. Hallamos una criatura humilde que confía en Dios. Nadie conocía su necesidad. A nadie se había atrevido a pedir dinero si no a Dios. En respuesta a sus súplicas el Espíritu de Dios habla al corazón de un lejano comerciante, quien envía a una persona desconocida una cantidad respetable; salva la carta de ir a otras manos, y al abrirla, se halla que el donativo y la cantidad pedida a

Dios son idénticos. ¿Puede afirmarse que son coincidencias todo esto, o es la sabiduría de un Ser Supremo que influye en las conciencias de los hombres de un modo maravilloso?

Este caso no es sino un sencillo ejemplo entre muchos otros tanto o más maravillosos.

Testimonio de un farmacéutico

Conocemos otro caso explicado por un joven farmacéutico cristiano: Al principio que trabajaba como empleado de una farmacia, dice que le molestaban mucho las llamadas por la noche, a las que no se hallaba acostumbrado.

Una noche, cuenta, era la tercera vez que había sido interrumpido su sueño, y se hallaba de pésimo humor.

Esta última llamada era de un muchacho que venía buscando medicina para su madre. El joven cogió soñoliento la receta y se apresuró a cumplirla.

Después de despedir al muchacho, y mientras volvía los botes a los estantes, se dió cuenta de que se había equivocado. En lugar de una droga inofensiva, había puesto entre los ingredientes de la medicina, un veneno activísimo en cantidad aterradora. Iba a ser culpable de la muerte de una mujer.

Consternado salió a la puerta, miró la calle de un lado a otro, se llegó hasta la esquina, pero el muchacho había desaparecido corriendo para llevar a su madre la medicina salvadora. El farmacéutico, no hallando recurso humano para reparar

su obra, volvió a la farmacia, cayó de rodillas y confió el caso a Dios con corazón angustiado.

En esta actitud se hallaba cuando se abrió de nuevo la puerta y vió con asombro al mismo muchacho que volvía temeroso, explicando que en su prisa para llegar pronto a casa había tropezado, caído, y roto el frasco que contenía el remedio de su madre.

El joven farmacéutico no podía retener su emoción ante esta prueba de la intervención divina, y lo ha contado muchas veces para testificar que: "no ha pasado todavía el tiempo de los milagros".

La experiencia de George Muller y otros filántropos

George Muller era uno de los más grandes caracteres morales que ha producido el Cristianismo en el siglo XIX. Lleno de fe en la Providencia, se propuso fundar un orfanatorio y atender otras importantes empresas de carácter cristiano.

Para demostrar al mundo entero y de un modo especial a los cristianos débiles y faltos de fe que "existe un Dios en el Cielo que escucha y responde a las oraciones de sus hijos, en nuestro siglo como en los tiempos bíblicos", hizo el voto de llevar adelante sus grandes proyectos, según Dios le guiase, sin contraer deudas, ni exponer sus necesidades a persona alguna, excepto al Dios del Cielo, en oración.

Durante más de cincuenta años mantuvo firme este propósito y nunca respondió a ninguna pregunta acerca de la situación financiera de sus grandes instituciones filantrópicas, excepto en los obli-

gados momentos de rendir cuentas. Nunca pidió a nadie más que a Dios, lo que necesitaba. Sin embargo, edificó cinco grandiosos edificios en los que cobijó más de dos mil huérfanos, sin poseer él mismo un solo céntimo, y gastó en edificios y manutención la bonita suma de 928,829 libras esterlinas, o sea unos cuarenta millones de pesetas.

Hubo ocasiones en que Dios puso su fe a dura prueba. Cuando, contando ya con centenares de huérfanos en sus orfelinatos, no había en caja más que el dinero suficiente para uno o dos días, o aun menos (pues era principio inflexible de la Institución pagar el pan, la leche, comestibles y toda clase de compras el mismo día), sin embargo, nunca se dió el caso de llegar a la hora de comer y no tener qué poner delante de los huérfanos. Hubo ocasiones en que el auxilio vino hasta una hora antes, pero nunca llegó el caso de que los huérfanos padecieran hambre, mientras este gran hombre de fe estaba pidiendo a Dios que proveyese a sus necesidades. Las memorias de este gran hombre están llenas de hechos maravillosísimos, coincidencias estupendas y manifestaciones evidentes del cuidado divino sobre aquella benemérita institución, fundada, más que por un motivo filantrópico, por el deseo de glorificar a Dios en nuestros días de excepticismo e incredulidad.

En este propósito Muller no había hecho sino imitar a otro gran filántropo llamado Francke, y otros varios le han seguido con el mismo resultado.

En cuanto a la institución de Muller podemos decir que en el momento en que estamos escribiendo estas líneas, Febrero de 1935, todavía continúa

funcionando sobre los mismos principios, y sin contar con capitales de reserva, sostiene en el día de hoy unos 1,800 huérfanos, en la ciudad de Bristol, siendo dirigida por un yerno del fundador llamado Jaime Wrigth, que mantiene con la misma firmeza que su suegro el principio esencial de la Institución de no solicitar fondos a ninguna persona más que a Dios.

No sabemos lo que el lector vendrá a pensar de estos hechos, pero por nuestra parte podemos asegurarle que sin poseer más que una pequeñísima parte de la fe y virtudes morales de estos grandes hombres, tenemos pruebas bien evidentes de la dirección divina en nuestra propia vida, por hechos demasiado coincidentes para ser fortuitos.

CAPITULO III

CONTRADICCIONES DE LOS EVANGELIOS

CÓMO SE FORMARON LAS NARRACIONES EVANGÉLICAS. — LAS DISCREPANCIAS SON PRUEBA DE SINCERIDAD. — RETAMOS A QUE SE NOS PRESENTE UNA CONTRADICCIÓN EFECTIVA. — IGNORANCIA DE IBARRETA ACERCA DE UN IMPORTANTE PERSONAJE HISTÓRICO.

Los autores al estilo de Ibarreta demuestran lo faltos que se hallan de buenos argumentos al dar importancia a detalles que no tienen ninguna, como son las aparentes discrepancias de los narradores evangélicos. Después de haber leído muchas docenas de veces los evangelios, no hemos encontrado todavía en ellos una real contradicción que nos hiciera dudar de su veracidad.

Que uno narra hechos que otro omite, ¿y esto qué? No podemos esperar que fueran exactamente iguales a menos que copiaran el uno del otro, por el contrario, el hecho de que sean narraciones diferentes, pero coincidiendo en todo lo esencial, aumenta en gran medida el valor histórico de su narración.

Los cuatro documentos que llamamos evangelios, son una de estas dos cosas: O bien narraciones diversas de una historia que tuvo lugar, o cuentos fabricados en la imaginación.

Pues bien: Si son cuentos imaginarios, deben haberse fabricado de una de estas dos maneras: O han sido escritos el uno independientemente del otro, o en colaboración. No pueden haberse fabricado como cuentos independientemente, pues las semejanzas entre ellos son muchas y muy claras. Hechos de esta manera no armonizarían en ninguna parte. Que cuatro novelistas escriban de por sí cada uno una narración novelesca, aunque sea sobre el mismo asunto o tema y veréis cómo no habrá igualdad entre ellos en ninguna parte.

Tampoco pueden haberse fabricado en colaboración como cuentos, pues las variaciones entre ellos son demasiado numerosas y palpables. Si hubiesen escrito estando en comunicación el uno con el otro, se habrían dado cuenta de estas discrepancias y habrían procurado armonizar mejor el uno con el otro al tratar de un mismo asunto. ¿Cómo se explican pues estas discrepancias de detalle en estas cuatro versiones de una historia que coincide en muchos detalles y en todo lo esencial de la narración?

La respuesta inevitable es que se trata de una historia real que cuatro escritores diferentes se propusieron escribir independientemente el uno del otro, utilizando sus propios conocimientos o la versión que hicieron de la misma diversos testigos oculares a quienes interrogaron. (Véase Lucas 1; 1-3).

Lógicamente, es de esperar que cuatro historia-

dores en estas circunstancias difieran en detalles. Sería lo contrario lo que nos haría mal pensar. Pero una cosa son omisiones de detalle o impresiones diferentes de un mismo suceso, y otra, contradicciones fragrantes y manifiestas.

Nosotros afirmamos que no existen tal clase de contradicciones entre los evangelistas. Ibarreta, por lo menos, no sabe presentar ninguna y se limita a objecciones tan pueriles como estas:

Que un evangelista habla de un ángel y el otro de dos ángeles en el sepulcro de Jesucristo; que el uno cuenta que una mujer fué a visitar su tumba y otro dice que eran tres, como si ambas cosas no hubiesen podido tener lugar; que en un evangelio se lee el rótulo puesto por Pilato a la cruz como diciendo: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos", y en otro: "Este es Jesús Nazareno, Rey de los Judíos". ¡Como si el significado no fuese el mismo, aunque los testigos oculares olvidaran esta o aquélla palabra al dar la versión de memoria, muchos años después!...

Pero lo más absurdo es pretender hacer argumento del hecho de que un evagenlista omita detalles que el otro cuenta, o viceversa, como en el caso del nacimiento de Jesús, del que Ibarreta dice:

"*Resulta, pues, que los magos de San Mateo se convierten en pastores en el relato de San Lucas, y que la solitaria estrella de un evangelista la transforma el otro en una numerosa tropa celestial.*"

Es un incalificable abuso y falta de moralidad hay tal cosa, sino que cada historiador narra con crítica decir: "*La transforma el otro*", porque no perfecto derecho un hecho diferente de los varios

que ocurrieron en relación con este gran suceso, según lo que sabía, o acertaron a explicarle los testigos que interrogó.

Ved, en cambio, cómo coinciden en lo esencial: Ambos declaran que Jesús nació en Betlehem de Judea; ambos mencionan a Herodes; ambos señalan el hecho de su concepción milagrosa. ¿No tienen algún valor estas coincidencias?

Las contradicciones de Bossi

En el libro de J. Bossi "Jesucristo nunca ha existido" encontramos supuestas contradicciones de los evangelios, tan absurdas como ésta: "En Lucas 9'30 leemos que los samaritanos no quisieron recibir a Jesús; mientras que el Evangelista Juan nos dice en su capítulo 4; versículo 39, que los samaritanos creyeron en El y le rogaron que se quedase con ellos. ¿Puede darse mayor contradicción?"

Pero la contradicción no existe sino en la mente del autor, o en su deseo de hacerla aparecer, pues nadie ignora que Samaria era una provincia de Palestina y nada tiene de extraño que unos samaritanos del norte de aquella región, no quisieran recibir la visita de Cristo, por la razón que refiere el evangelista Lucas de que "era su traza de ir a celebrar la Pascua a Jerusalem", mientras que en otro viaje, de regreso de esta ciudad, *los samaritanos de otro pueblo llamado Sichar* le hicieron un buen recibimiento. ¿Es que los habitantes de una región entera están obligados a tener todos una misma opinión y a sostener una misma actitud? Es el col-

mo del ridículo pensarlo, y hacer de ello una objección.

Podríamos presentar más de una docena de ejemplos de supuestas contradicciones tan pueriles como estas en el famoso libro: "Jesucristo nunca ha existido", pero no vamos a continuar por este camino, ya que nos hemos propuesto ahora tratar del de Ibarreta. Nuestro objeto es solamente demostrar que hay un gran parecido en la clase de argumentos que acostumbran presentar los escritores antireligiosos.

Un «lapsus» de historia

Ibarreta deja entrever su escaso conocimiento de historia antigua al decir, refiriéndose a la llamada "matanza de los inocentes", que: "Estando la Judea sometida al Imperio Romano y no siéndoles permitido a los judíos aplicar la pena de muerte sin permiso del gobernador imperial (como sucedió al crucificar a Jesús) no le habría sido posible a Herodes llevar a cabo aquel hecho".

Esto es ignorar (y es lamentable una tal ignorancia en autor tan leído como Ibarreta) que Herodes, hijo de Antipater Idumeo había sido nombrado, no solamente gobernador de Judea por decreto imperial de Antonio, sino que el mismo Senado Romano le había conferido el título de Rey de Judea un año después del mencionado decreto. Es en virtud de tales nombramientos como Herodes se atrevió a condenar a muerte, no tan sólo unos pocos niños de la aldea de Betlehem, sino a todos los miembros del Sanhedrin en el año 37 A. C., al hermano y al abuelo de su mujer Mariamme, y a esta

misma con sus dos hijos en el año 7 A. C., y según cuenta el historiador Josefo, poco antes de su muerte hizo aprehender a los principales ciudadanos de Judea, a quienes encerró en Jericó dando orden de que fuesen muertos tan luego como él expirase, para que no faltasen lágrimas con motivo de su entierro.

La muerte de unos pocos niños (quizá no llegarían a una docena los que contaban la edad precisa en una aldea pequeña como Betlehem) no fué, pues, sino un pequeño incidente que pasó desapercibido en la larga historia de crímenes de aquel monstruo, y si Ibarreta hubiese estudiado un poco más la historia de los pueblos orientales, antes de escribir su libro, no habría dejado entrever de tal modo su ignorancia con tan ridícula objección.

CAPITULO IV

LA SANTA BIBLIA

EL ANTIGUO TESTAMENTO ES UNA REVELACIÓN PREPARATORIA. — JESUCRISTO DA LA RAZÓN DE ALGUNAS DISPOSICIONES TRANSITORIAS. — "A CAUSA DE LA DUREZA DE VUESTRO CORAZÓN". — SUS NARRACIONES INGENUAS NO SON INMORALES.—UN CASO DE MORALIDAD DIGNO DE SER ADMIRADO EN PLENO SIGLO XX. — CONTRASTE DE BONDAD Y SEVERIDAD.

Saltando de una parte a otra, según su costumbre, deja Ibarreta a los escritores evangélicos y retrocede al Antiguo Testamento, para volver al ataque contra los evangelistas en el capítulo siguiente. Aunque no lo consideramos lógico, sigamos su mismo orden, ya que nos hemos propuesto rebatir sus argumentos capítulo por capítulo.

Acerca del Antiguo Testamento debemos hacer constar que los cristianos lo consideramos, nada más que como el abecé de instrucción religiosa para uno de los pueblos de la tierra; y es natural que sus preceptos sean acomodados a las posibilidades morales del pueblo que Dios trataba de instruir, no por el capricho de tener un pueblo escogi-

do entre todos los pueblos de la tierra, despreciando a los demás, sino para que fuese, como Dios mismo lo expresa a Abraham, "una bendición para todas las familias de la tierra". Génesis 22; 18. Tal era el propósito de Dios, como se manifiesta desde el principio de sus relaciones con este pueblo, aunque el egoísta nacionalismo judío no supiera comprenderlo así. Su colocación en el punto estratégico de unión de los tres continentes: Europa, Asia y Africa, revela precisamente este gran objetivo, que el pueblo escogido no supo cumplir.

La educación de un pueblo de esclavos semisalvaje, no podía hacerse sin la debida preparación. Hubiera sido totalmente inútil revelarles las sublimes doctrinas morales del sermón del monte, pues no solamente eran incapaces de llevar a la práctica tan elevados preceptos, sino que ni siquiera eran capaces de apreciarlos como deber: "Amar al enemigo". "Hacer bien a quien te aborrece". "Considerar a todos los hombres como hermanos, hijos de un mismo Padre". "Vivir castamente en unión indisoluble con una sola esposa", eran ideales demasiado altos, para un pueblo sumergido en la más crasa ignorancia y degradación moral. Era necesario antes afinar sus conciencias, y grabar en sus mentes rudas los conceptos de "pecado" y "santidad" por medio de emblemas y figuras materiales. Estas consistían en purificaciones, abluciones, lugares y comidas reservadas, así como sacrificios de animales previa la confesión de pecados que simbólicamente se transmitían a la víctima.

Podríamos extendernos aquí demostrando el valor ético y educativo de muchas de aquellas pro-

lijas leyes del Levítico, que al lector superficial de la Biblia le parecen del todo pueriles y ociosas. En la misma colocación de objetos dentro del recinto sagrado, hay un significado tan evidente para nosotros que hemos visto realizado el plan divino de la redención, que nos deja admirados. Mas pasamos por alto esta materia que no constituye argumento para el lector escéptico que empieza negando toda clase de revelación y de doctrina.

Es interesante notar empero, y esto sí que cualquiera puede apreciarlo, el gran valor higiénico de la mayor parte de los preceptos levíticos, en un tiempo cuando la higiene era materia completamente desconocida; con lo cual se cumplían dos propósitos distintos y bien necesarios: Preservación de la salud y educación religiosa.

La moral de la Biblia

Es osadamente absurda la pretensión de Ibarreta de que con la Biblia en la mano se puede defender o condenar todo: "*la castidad y la licencia; el tener una mujer o quinientas; defender la Monarquía absoluta lo mismo que la República cantonal; probar que Jesucristo era Dios y que no lo era; que subió al Cielo y que no subió; que el Espíritu Santo es un Dios y que no lo es; que Dios es justo y que es injusto; que es bondadoso y que es cruel, etc., etc.*"

Por poco criterio que el lector posea comprenderá que si la Biblia fuese así, no habría obtenido en manera alguna el aprecio y estimación en que es tenida y reverenciada por millones de personas inteligentes en todas las naciones del mundo. Ni se

harían de este gran libro tiradas anuales de muchos millones de ejemplares en 668 idiomas diferentes.

Repitámoslo una vez más: la Biblia es un relato de las revelaciones progresivas de la Divinidad a uno de los pueblos de la tierra; y lleva en sus páginas, como cualquier otro libro, los rasgos distintivos de su medio y de su época; mientras que por otra parte brillan con fulgor esplendente, dentro de este ropaje material, las marcas evidentes de su inspiración.

Debe tenerse presente al tratar de la moral de la Biblia: que el Antiguo Testamento, como su mismo nombre indica, no fué escrito para los pulcros y refinados críticos del siglo XX, sino para pueblos que se hallaban en la infancia de la civilización; gentes simplistas y sencillas que hablaban de los secretos de la vida y de la moral, con un lenguaje de niños.

A todos los que pretenden escandalizarse por los relatos de inmoralidades que nos ofrece la Biblia, les hemos tapado la boca con esta sola pregunta: "¿Pero la Biblia aconseja o condena tales hechos?" A veces los narra sencillamente, con aquel candor que revela su origen primitivo, pero sino en el mismo pasaje, en el curso de la historia no deja de aparecer la sanción del pecado y el premio de la justicia.

La Biblia cuenta sin ambajes ni paliativos los pecados de sus más grandes héroes, con lo que muestra su imparcialidad; pero en ninguna parte se nos dice que Dios aprobara tales hechos, antes bien, todos ellos son objeto de sanciones y desastrosas consecuencias. La poligamia de Abraham,

de Jacob, y más tarde de Salomón, el incesto de Ammon, como el adulterio de David, etc., son buenos ejemplos de lo que decimos.

Ha tratado de argüirse por razón de la moral superior que aparece en el Nuevo Testamento, que Dios es un ser caprichoso, que condena en una parte lo que tolera en otra ; pero no hay motivo para lanzar esta injusta acusación, como no se censura al arquitecto que manda construir una columna de apoyo, o una valla provisional que ha de ser quitada después que el edificio esté completo.

Bien claramente lo exprésa Jesucristo al responder a sus enemigos, sobre el asunto del divorcio : "¿ No habéis leído que el que los hizo al principio macho y hembra los hizo ? Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán dos en una carne. Por tanto lo que Dios juntó no lo aparte el hombre.

Dícenle : ¿ Por qué, pues, Moisés mandó dar carta de divorcio y repudiarla por cualquier motivo ?

Díceles : Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres, mas al principio no fué así. Y yo os digo que cualquiera que repudiare a su mujer, *si no fuere por causa de fornicación*, y se casare con otra, adúltera, y el que se casare con la repudiada, adúltera."

El propósito estaba bien definido desde el principio y fué solo una transigencia temporal, obligada por la corrupción de la época, lo que dió paso a la poligamia y obligó a dictar leyes sobre el matrimonio mucho más laxas que las que señala el definitivo Maestro de la Humanidad.

Este punto de vista tan sabiamente expuesto por Jesucristo, se halla confirmado en las mismas páginas del Génesis, donde en medio de relatos de moralidad muy dudosa aún entre patriarcas, aparece un joven que sabe resistir la tentación más halagüeña con estas palabras : "No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado mi Señor sino a ti, por cuanto tú eres su mujer. ¿ Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría contra Dios ?" Génesis 39 ; 9.

Evidentemente este joven sabía bien claramente cuál era la voluntad divina, de alguna manera expresada, sobre esta delicada materia ; aun cuando son tan pocos los que la respetan en nuestros días, y seguramente eran menos todavía en aquellos tiempos de ignorancia y bestialidad.

El caso de los Cananeos

Dice Ibarreta : "*El Dios de las Sagradas Escrituras ordena a su pueblo, no robar, no matar y amar a su prójimo como a sí mismo, y a renglón seguido le manda que ataque, robe y degüelle a los pueblos vecinos que ningún daño le habían hecho, convirtiéndose así en jefe de ladrones y asesinos, lo cual no está muy en consonancia con lo que nos dicen que Jesús era este mismo Dios que se ofrecía como víctima humilde.*"

Es bien cierto que Dios mandaba a los israelitas amar y compadecer al prójimo, como dice en Exodo 22 ; 21-23. "Al extranjero no engañarás ni angustiarás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. A ninguna viuda ni huérfano

afligiréis, porque si tú llegas a afligirle y él a mí clamare, ciertamente oiré yo su clamor..."

Difícilmente se comprende que el Autor de tan piadosos preceptos pueda convertirse en lo que dice Ibarreta. Pero, ¿no había alguna razón para tales órdenes de castigo? ¿Es cierto que los Cananeos eran tan buena gente que no merecían ser inquietados por Dios ni por los hombres?

Basta saber que sus divinidades favoritas eran ídolos horripilantes a quienes llamaban Himnon y Moloch. A este último se le representaba generalmente con cabeza de carnero y los brazos extendidos en actitud de recibir algo. Su culto consistía en echar sobre sus brazos enrojecidos por el fuego víctimas humanas y principalmente niños, ahogando los gritos de los infelices destinados al sacrificio a redobles de tambor. Los Fenicios y Cartagineses descendientes de aquellos pueblos fugitivos de Canaán, llevaron todavía a nuestra Iberia vestigios de aquel abominable culto.

Ahora bien: Tales prácticas, ¿no daban ningún derecho? Diremos más; ¿no imponían ningún deber al Dios vengador de los inocentes inmolados y de la conciencia ultrajada?

Diráse que habría sido preferible educar a aquellos pueblos y convertirlos a una religión superior, tal como han hecho los modernos misioneros evangélicos con los caníbales de las islas Fidji, Hawai, etcétera. Es muy cierto; pero, ¿qué diremos si los ignorantes israelitas no estaban preparados para una labor tan elevada?

Hay gran diferencia entre misioneros abnegados, con almas y conciencias moldeadas por el Evangelio, poseedores de una cultura moral que ha tardado siglos para imponerse, y no del todo, a una parte de la raza, y aquella horda de ignorantes esclavos, prontos a ser arrastrados a cualquier barbaridad que les fuera ofrecida con algún atractivo sexual, como lo vemos en el caso de su entregamiento al culto obsceno de Baal-Peor, el dios de los moabitas.

Alguien ha objetado que Dios podía haber destruído a los cananitas por medio de un terremoto o una peste, si quería juzgarles por sus pecados, y entregar el país a los hebreos. Pero Jehová quiso que fuesen ellos mismos los ejecutores de su justicia por varias razones que nos parecen evidentes:

1.° En primer lugar, para que aprendieran a confiar en Dios viendo cómo caían en sus manos pueblos mucho más poderosos que ellos, que por razón natural debían haber sido vencedores.

2.° Para que ellos sintieran lo duro que es caer en desagrado de Dios y se abstuvieran de los pecados de sus enemigos, ya que como cien veces se les repite: "Es por sus pecados que Dios los ha entregado delante de vosotros".

3.° En último lugar, parece que el pensamiento de Dios (que no quiere la muerte del pecador) no era destruir, sino desalojar a los moradores de Canaán, como en efecto sucedió. Muchos se desparramaron por las costas del Mediterráneo huyendo de la invasión israelita y han sido origen de otros pueblos llamados a superiores destinos. La expresión tantas veces repetida: "*Si no echareis* los moradores del país de delante de vosotros, seros han por espina y por lazo, etc...." , hace bien patente este propósito de desalojar, no aniquilar, al pueblo cananeo, a la vez

que manifiesta la imposibilidad de efectuar ninguna compenetración o alianza, por hallarse el pueblo hebreo en su infancia espiritual, y por ende, más propenso a ser pervertido por la influencia de sus enemigos y vecinos, que a convertirles a ellos al culto divino. Bien clara se vé la razón de esta advertencia en la historia del libro de los Jueces.

CAPITULO V

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

El hecho capital del Cristianismo. — Unanimidad y diversidad. — Naturalidad de la narración. — Detalles accidentales. — ¿Podían los apóstoles haber tramado un fraude? — ¿Pudieron ser, centenares de personas, víctimas de alucinación? — ¿Qué se hizo del cuerpo?

Nos alegramos de que Ibarreta reconozca que la Resurrección es el hecho capital en que todos los cristianos nos apoyamos para decir que Jesús es Dios.

La suprema importancia de su resurrección sobre otros casos de muertos devueltos a la vida narrados en la Biblia, es que todos aquellos volvieron a morir, mientras que Jesucristo fué, como dice San Pablo, "primicias de la Resurrección" para inmortalidad.

Ibarreta exclama: "*Todas las iglesias hacen los mayores esfuerzos para presentar la Resurrección de Jesús como un hecho que ocurrió. ¡Todo inútil! La mentira podrá edificarse sólidamente al parecer; pero si dirigimos sobre ella la luz de la razón muy pronto encontraremos alguna grieta por la que penetrando la cuña de la verdad echará abajo toda la obra*".

Pero se olvida de señalarnos la famosa grieta. Nosotros, en cambio, afirmamos y vamos a demostrar en este capítulo: que es imposible negar el suceso histórico de la resurrección sin caer en algún absurdo más inconcebible que el mismo hecho, por maravilloso que éste sea.

El mismo señala a renglón seguido un dato muy significativo, diciendo: "*La resurrección no tiene el inconveniente de los otros milagros de Jesús al ser contados por sólo una parte de los evangelistas; este hecho es referido en todos los cuatro evangelios*".

Precisamente esto demuestra la importancia que le concedían los narradores evangélicos. Se comprende que el suceso que era la base de la predicación apostólica; el secreto de todos sus entusiasmos y energía, fuera recordado por todos los evangelistas. Es lo que sucede cuando varios individuos narramos un hecho cualquiera; por ejemplo al hacer la reseña de un viaje: Cada uno contará las cosas a su manera, detallando los hechos que le han llamado más la atención, pero si ocurrió algún incidente muy importante todos serán unánimes en recordarlo.

Diversidad elocuente

Las diferencias de los diversos relatos son bien explicables recordando lo que decimos en el capítulo: "Contradicciones de los Evangelios", o sea, las diversas fuentes de información de que cada uno se valió, excepto Juan, que era testigo ocular.

El que unos vieran un ángel y otros dos, y otros ninguno, nada tiene de extraño. Si un hombre

puede estar en un sitio y al cabo de un momento no estar, más bien puede hacerlo un ser espiritual. Juan nos dice que al entrar con Pedro en el sepulcro vió "los lienzos echados", sin mencionar la presencia de los seres celestes. Sin duda se habían éstos retirado para permitir hacer a los apóstoles la inspección ocular que tan útil nos ha sido para hacernos cargo de su sinceridad histórica. Pero el mismo Juan declara que al entrar María Magdalena unos momentos después, vió dos seres celestiales que le interrogaron, coincidiendo así con el relato de Lucas.

Naturalidad de la narración

Cualquiera que haya estado en un tribunal sabe que a menudo el testimonio que un testigo da sin intención, pequeños detalles que menciona al parecer sin motivo ni razón alguna, es para los avisados jueces, de mayor peso que lo relatado con intención manifiesta. El testigo ocular siempre se distingue por esta clase de detalles al parecer sin importancia. El testigo falso, en lugar de esta naturalidad, se muestra más cauto y artificioso, dando lugar a que por su afán de probarlo todo hasta la evidencia, se descubra su amaño y falta de sinceridad.

Si alguna narración merece crédito por su naturalidad — ha dicho un juez célebre de los Estados Unidos—, es el relato o relatos de la resurrección de Cristo que leemos en los evangelios. Los hechos se cuentan allí sin dar razón del por qué. Se relatan cosas poco importantes y se omite lo que más desearíamos saber. ¿Por qué? Sencillamente, porque

no sabían nada más del asunto y se limitaron a explicar lo que sabían o habían visto.

Por ejemplo: El evangelista Juan nos cuenta que al entrar en el sepulcro vacío "vió los lienzos echados, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte". ¿Qué utilidad tiene este detalle en la narración? Ninguna; pero él lo vió así y así lo recuerda y lo cuenta.

Para nosotros este detalle insignificante nos revela la majestad y calma con que el gran Maestro procedió en el momento supremo de retornar a la vida. No hubo en aquel instante solemne, sorpresa ni apresuramiento. Majestuosamente se levantó y procedió como el que está seguro que no ha de ser estorbado ni detenido. Esto nos dice a nosotros este precioso detalle; pero Juan no lo explica con ninguna intención manifiesta, se limita a apuntar el hecho como lo vió.

Otro detalle no menos interesante: "Empero, uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y luego salió sangre y agua".

¿Cómo podía explicar Juan un hecho tan singular? El no podía explicarlo. Quizá pensó que se trataba de un nuevo milagro; pero hoy sabemos que fué una cosa enteramente natural.

Cristo murió, según demuestran todas las pruebas, de extravasación de la sangre, o lo que comúnmente se dice, quebrantamiento de corazón. Durante la agonía a media noche en el huerto, perdía la sangre por transpiración: "Y fué su sudor como gotas de sangre que caían hasta la tierra". Esto

era la primera señal de que cedía su corazón bajo el peso de la angustia.

La segunda señal: Cuando una persona muere de quebrantamiento de corazón extiende los brazos profiriendo fuertes gritos. Jesús no los pudo extender porque estaban clavados en la cruz, pero dió el espíritu "con un gran grito".

Tercera señal: Los glóbulos rojos se coagulan y separan de la linfa. El soldado llegó. Abrió con una lanza el costado de Cristo y salió sangre y agua, o sea linfa.

Esta es la explicación fisiológica que cuadra con muchos otros detalles de la narración. Pero Juan no conocía esta explicación. Por varios siglos no hubo persona en la tierra que la conociera.

En vista de esto: ¿podemos afirmar que él fabricó un cuento? ¿Podéis decirme que él inventó un detalle que no vió, cuya explicación le era completamente imposible conocer? No; lo relató de este modo, porque así lo presenció. La Ciencia nos ha explicado ahora a nosotros lo que fué.

En todas partes se hace constar que Cristo sólo apareció en ciertas ocasiones determinadas. Apareció un domingo y el domingo próximo y no durante la semana. Todas sus apariciones ocurrieron ocasionalmente.

Si estos evangelistas hubieran fabricado un cuento para convencer a los incrédulos, habrían dicho, naturalmente, que Jesús estuvo con ellos todo el tiempo; que no se separó de su lado durante los cuarenta días; que volvió a hacer milagros que dejaron anonadados y estupefactos a sus mismos enemigos, etc., etc.

¿Por qué apareció solo en limitadas ocasiones? Los evangelistas no lo dicen, pero nosotros lo comprendemos perfectamente. Es que Cristo deseaba acostumbrar a sus discípulos a desprenderse de su tutela material y a dar importancia en cambio a su presencia espiritual. El deseaba hacerles sentir que aunque ausente, vivía espiritualmente con ellos; sabía sus pensamientos y sus propósitos, como en el caso de Tomás y en su visita junto al lago. El necesitaba darles esta lección antes que pudiesen entender el significado espiritual de las palabras: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Pero esto no nos lo dicen los evangelistas. Nosotros entendemos y apreciamos el motivo, pero ellos no lo señalan para justificar estas prolongadas ausencias. Se limitan a explicar la cosa tal como sucedió.

Cuanto más estudiamos los relatos evangélicos de la resurrección más y más se nos hace evidente el hecho bien significativo de que los evangelistas no inventaron el suceso. Alguna cosa debió suceder que les persuadió o les hizo creer que Jesús había resucitado. ¿Qué fué ello?

Teorías refutadas

1.° *Alucinación.* — Esta teoría la expone Renán en su "Vida de Jesús", con las siguientes palabras:

"La vida de Jesús para el historiador termina con su postrer suspiro. Digamos no obstante que la fuerte imaginación de María de Magdalá desempeñó en esta circunstancia un papel capital. ¡Poder divino del amor! ¡Momentos sagrados en que la

pasión de una alucinada dió al mundo un Dios resucitado!"

Este párrafo está muy bien como literatura, pero al someterlo al frío examen de la crítica presenta graves inconvenientes.

¿Cómo podía la ilusión de una mujer convencer a un grupo de hombres como Tomás, Pedro, Cleofas, que no querían creer sino viendo y palpando al Cristo resucitado? Las visiones son generalmente resultado de una autosugestión del individuo provocada por una ardiente fe. Pero los apóstoles confiesan que la esperanza de la resurrección estaba tan lejos de sus pensamientos que el mismo Cristo tiene que reprenderles y ofrecerles prueba tras prueba para asegurar esta convicción. Tiene que luchar literalmente con su incredulidad. Ni la misma María de Magdalá abrigaba esperanzas de esta naturaleza cuando va para ungir el cuerpo muerto, y llora creyendo perdido aún este consuelo por la malhadada intervención del hortelano.

Todos los días presenciamos casos patológicos de cerebros enfermizos que ven sus propios sueños; pero, ¿cómo se explica el que centenares de personas pudieran volverse locas en un mismo instante de tiempo? ¿Y cómo podían aquellos visionarios dar detalles unánimes de sus relaciones con el Cristo crucificado, señalando los lugares donde les apareció, las palabras que les dijo, y hasta los sencillos alimentos de que participaron en su compañía? Este no es el modo de presentarse las visiones imaginarias y fugaces de los alucinados.

Por desgracia, hemos tenido ocasión de tratar con personas histéricas que en nuestra misma pre-

sencia pretendían estar viendo lo que nosotros no veíamos en parte alguna, pero nunca nos ha ocurrido ser contagiados del mismo mal.

En estas ocasiones nos hemos dado cuenta de cuán difícil habría sido fundar una religión que exigía sacrificios, y la muerte, sobre un fugaz ataque de histerismo.

Generalmente estas visiones se desvanecen en el mismo cerebro del enfermo, y no presentan pruebas capaces de convencer a un Tomás incrédulo, ni a un Saulo de Tarso perseguidor.

¿Qué se hizo del cuerpo?

Aun en el caso poco probable de haber quedado todo el grupo de discípulos presos de una inexplicable locura (locura que no ha quedado confirmada por su conducta posterior ni por sus escritos), ¿cómo se explica el hecho de que los encarnizados enemigos de Cristo no trataran de librarse del oprobio y del peligro que para sus intereses significaba el naciente Cristianismo, presentando al pueblo de Jerusalem el cuerpo sin vida del que los apóstoles pretendían que había resucitado? Es indudable que habrían echado mano de este recurso contundente si hubiese estado en su poder hacerlo.

Y los millares de creyentes de Jerusalem que dieron todo por la Causa, llegando hasta el sacrificio de sus vidas, ¿no les hubiera ocurrido ni una duda, y no se hubiera llegado alguno al huerto de Arimatea para asegurarse de que lo que estaban los apóstoles anunciando en los atrios del Templo era una realidad y no una ilusión?

Teoría del fraude

Ante este dilema, no queda otro recurso que volver a la hipótesis que ya hemos abandonado. El atribuir la predicación apostólica sobre la resurrección a un tremendo fraude mal intencionado.

"Los apóstoles — aseguran muy seriamente ciertos autores racionalistas—, robaron el cuerpo de Cristo para poder decir luego que había resucitado".

Difícilmente podemos entender cómo unos cobardes discípulos que huyeron cuando se trataba de defender al Maestro vivo, se atrevían ahora a luchar con una bien armada guardia romana sobre un cuerpo muerto.

Mas aquí se presenta la peor dificultad. ¿Qué provecho iban a sacar los apóstoles de este estúpido fraude, por el cual dieron sus vidas? Como decimos en otra parte, es posible a un hombre morir por el error; pero en el caso que nos ocupa, no cabía error, puesto que ellos sabrían perfectamente que Jesús no había resucitado, y que ningún cielo les esperaba tras la muerte, antes al contrario. Un fraude de esta naturaleza no se sostiene ante las duras pruebas a que desde su mismo origen fué sometido el Cristianismo.

Reanimación natural

Ante semejante imposibilidad otros autores han inventado una tercera teoría que, dejando a salvo la buena fe de los apóstoles, evite los otros inconvenientes señalados al hablar de la hipótesis de alucinación.

Según estos escritores, Jesús no murió en la

cruz, sino que cayó en un colapso, del que se reanimó por sí mismo al sentir la frescura refrigerante de la cueva donde fué colocado como muerto, y apareciéndose a sus discípulos hízoles pensar que había resucitado.

Los que presentan esta teoría no pueden dejar de suponer que el estado del Maestro de Galilea sería muy lamentable tras las duras pruebas de la crucifixión, y que únicamente los solícitos cuidados de los discípulos que recibieron alborozados su regreso pudieron salvarle de una muerte cierta.

Esta hipótesis sólo tiene la ventaja de ser un poco más absurda que las anteriores porque participa de los inconvenientes de ambas sin aportar ninguna ventaja. En efecto: ¿cómo podía un cuerpo herido, debilitado por la pérdida de sangre y por los tormentos que precedieron a la crucifixión, traspasado por la lanza del soldado, y embalsamado, con unas 100 libras de ungüento aromático, dentro de un estrecho sarcófago (lo que por sí solo habría bastado para asfixiarle) volver a la vida, levantar una pesada losa que cuatro mujeres no se veían capaces de remover, y encaminarse por sí mismo al aposento alto de Jerusalem?

Además, si hay que aceptar que los apóstoles eran sinceros y creyeron de buena fe haber recibido de nuevo a su Señor resucitado, debemos considerar como veraces los relatos que nos hacen de su muerte y de su resurrección. En este caso, ¿por qué no hablan de sus relaciones familiares, día por día, durante el período de tiempo que estuvo en su compañía? Es de creer que de haber sucedido como se

pretende, los apóstoles nos habrían contado la historia de un modo muy diferente.

Por otra parte, es muy de presumir que esta aparente resurrección, aún cuando de momento hubiese llenado de alborozo el círculo de los discípulos, estaba destinada a terminar con un fracaso rotundo. Ninguno de sus discípulos habría estado dispuesto a dar la vida por un Cristo extenuado que necesitó de sus auxilios para volver a su natural vigor. Aquella visión de dolor y de flaqueza de un Cristo postrado sobre un lecho, habría sido una pobre ayuda para su fe. Sólo la visión del "Hijo de Dios con potencia" podía llenar de un heroísmo hasta la muerte el corazón atribulado de los desalentados apóstoles.

Objeciones que se convierten en prueba

A Ibarreta le extraña el que los discípulos que tan solícitos se muestran en dar detalles respecto a las ocasiones en que le vieron resucitado, no nos describan el acto mismo de la resurrección. Pero esto es precisamente, como hemos dicho en otra parte, una de las mejores pruebas de su sinceridad. Ellos dan exacta cuenta de lo que vieron u oyeron, pero no emplean su fantasía para describir lo que nadie había visto, por muy interesante que fuese. Esto habría sido explicado sin duda alguna con gran lujo de detalles, si el relato de la resurrección hubiese sido escrito por algún novelista algunos siglos después.

La no aparición a sus enemigos que Ibarreta encuentra también a faltar en los relatos apostólicos, es otra demostración de lo que venimos com-

probando. Un novelista de la Edad Media le habría hecho aparecer en gloria a Anás, a Caifás y a Pilato; pero nosotros creemos que estas apariciones no habrían sido para aquellas gentes supersticiosas tan eficaces como Ibarreta pretende. Algún tiempo atrás, Herodes, oyendo la fama de Jesús, había dicho: "Este es Juan el Bautista a quien yo degollé". Sin embargo, no hallamos que Herodes se apresurase a convertirse por este hecho. En aquellos tiempos los sucesos prodigiosos eran mirados de un modo muy diferente que lo que pensamos que sería un milagro en el día de hoy. Si bien es fácil suponer que no faltarían también hoy explicaciones y subterfugios por los interesados en no creer en un milagro evidente.

Además, no era el propósito de Cristo en aquella ocasión, ni lo ha sido nunca, el hacer que las personas crean por el temor, sino de buena voluntad. El resultado que Cristo se proponía, de atraer los corazones a Sí mismo, se logró mucho mejor por el testimonio apostólico y la predicación del Evangelio, que por medio de un espectáculo impresionante que dejara a todos los habitantes de Jerusalem mudos de terror. Por aquel testimonio se convirtieron todas las almas sinceras y verdaderamente piadosas, aunque erradas, por las cuales intercedía el mismo Cristo desde la cruz, mientras que los obstinados y los indignos quedaban fuera. El terror no les obligó a creer a buenas o malas.

Es interesante notar, empero, la eficacia que tuvo el testimonio apostólico cuando en pocas semanas se convirtieron unas 10,000 personas en Jerusalem. El Sanhedrín judío se veía impotente para

detener el movimiento. La figura más alta de este supremo Tribunal, según Josefo, el mismo Gamaliel, estaba en duda de si sería cosa de Dios o de los hombres. "No seamos tal vez hallados resistiendo a Dios", dice en Hechos 5; 39, y un gran número de sacerdotes, rompiendo todas las trabas de su posición, obedecían abiertamente a la nueva fe, vencidos por la evidencia de la Resurrección. Hechos 6; 7.

¿Sucedía todo esto, sin ningún motivo?

CAPITULO VI

LA ASCENSIÓN

NUEVAS CONTRADICCIONES DE IBARRETA. — IGNORANCIA DEL CONTENIDO DE LOS EVANGELIOS. — NINGÚN EVANGELISTA PRETENDE QUE JESÚS QUEDÓ EN LA TIERRA. — ¿ES PROBABLE QUE EL AUTOR DEL UNIVERSO SE INTERESE POR ESTE PEQUEÑO MUNDO?

No nos detendremos mucho en refutar las objeciones que presenta Ibarreta a este hecho, porque no pone ninguna que pueda considerarse como tal.

La Ascensión de Cristo, como otros tantos milagros de Jesús, es relatada por dos evangelistas y omitida por los restantes, pero omisión no significa negación.

Si Ibarreta hubiese leído un poco mejor los evangelios de Mateo y Juan no diría que estos autores *no quisieron hacer subir a Jesús al Cielo y determinaron dejarle para siempre en la tierra,* pues en el Evangelio de San Mateo, capítulo 24, versículo 30, está profetizada la Venida del Hijo del Hombre en las nubes del cielo con grande poder y gloria", y en el Evangelio de San Juan leemos repetidas veces que Jesús habla de ir al Padre y aun más, que va a preparar un lugar para los suyos. Juan 14; 1-3 y 17.

La expresión: "He aquí yo estoy con vosotros

todos los días hasta el fin del mundo". Mateo 28; vers. 20, se refiere evidentemente a su presencia espiritual en el corazón de los creyentes. El apóstol San Pablo lo expresa en estas palabras: "Cristo vive en mí". Aunque se trata de un fenómeno invisible, la comunión espiritual con el bendito Maestro, ausente y presente a la vez, es una realidad de la que dan testimonio aún hoy día millones de personas que gozan de una genuína experiencia religiosa.

Dios y el mundo

No deja de parecernos extraordinario, lo mismo que a Ibarreta, que el Dios creador de los astros y de las nebulosas se apareciese a los hombres en este grano de arena del Universo que se llama tierra. Mas, por otra parte, nos parece bien justificado y necesario que el Autor del Universo, para el cual nada hay demasiado grande ni demasiado pequeño, dado el estado caído de nuestra raza, se aprestase a darnos un poco de luz.

Para ello debemos tener en cuenta la infinidad de Dios. Si nos imagináramos, como los antiguos lo hacían, un Dios antropomorfo, con canas y luenga barba, gobernando un Universo cuyas distancias se miden por años de luz, es evidente que un Ser así no podría acordarse siquiera de los habitantes de este minúsculo planeta; pero ningún hombre sensato puede tener hoy día semejante concepto de Dios.

Si hay un Dios, ha de ser concebido como el Alma del Universo, una influencia etérea o, mejor dicho, espiritual, que todo lo llena, lo mismo aquí

que en las nebulosas. Una Mente inmensa que puede preocuparse y se ha preocupado de las maravillosas organizaciones que el microscopio nos descubre, y de las que nos revela el telescopio. De la estructura de nuestro propio organismo, creado bajo su dirección por un maravilloso ejército de unidades minúsculas de vida, como de los mundos que se mueven en el espacio.

Aquel, pues, que cuenta los cabellos de nuestra cabeza y los planetas que giran sobre ella. El infinito Ser en el cual vivimos y nos movemos y somos según frase inspirada del apóstol Pablo, puede preocuparse a nuestro entender, del no pequeño asunto de nuestra salvación, como se preocuparía de la salvación de los habitantes de las pléyadas, si existieran allí tales seres que necesitaran ser redimidos.

Lo ilógico, lo imposible, sería suponer que el que tanta solicitud ha mostrado en pequeños detalles de su Obra, se desentendiera de nosotros y no extendiera su mano de misericordia para ayudarnos a solucionar los grandes problemas morales de nuestras vidas, a los cuales ha de dar indudablemente la mayor importancia.

Por esto no vemos dificultad alguna en que El se manifestase de un modo especial a este mundo en los albores de la Era Cristiana. El Autor del Universo tendría sin duda facultad y poderes para manifestarse en diez mil mundos a la vez, si así quisiera hacerlo. ¿Qué nos impide creer que no lo hizo en este personaje misterioso, ante cuya sublimidad moral se inclinan sus propios enemigos? ¿El Hombre Verdadero que la historia señala con el nombre de Jesús de Nazaret?

CAPITULO VII

LA IGLESIA

LOS CRISTIANOS DE LOS TRES PRIMEROS SIGLOS CREÍAN EN LA DIVINIDAD DE JESÚS. — EL DOGMA DE LA TRINIDAD. — LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS NO HAN TENIDO NUNCA EL MISMO VALOR QUE LOS CUATRO PROCEDENTES DEL SIGLO I. — EL CONCILIO DE NICEA CONFIRMÓ, PERO NO ESCOGIÓ LO QUE YA ESTABA RECONOCIDO Y ESCOGIDO DE SIGLOS. — LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA Y OTRAS IGLESIAS.

Ibarreta dice: "*Por regla general, cuando decimos a los católicos que durante los primeros trescientos años después de Jesucristo, ni la mayoría de los mismos cristianos creían que hubiese sido Dios, dudan de nuestra palabra, pues las gentes hoy se imaginan que aquello era una cosa tan conocida y notoria como es conocido el que hace trescientos años Felipe III era rey de España... ¿Qué mejor obra podemos citar que los propios evangelios en los que a menudo vemos que los mismos apóstoles dudaban que Jesús fuese Dios y que fuera posible hubiera resucitado?*"

Aquí confirma Ibarreta lo que nosotros decimos en el capítulo de la Resurrección acerca de la sinceridad de la narración apostólica. Ellos confiesan genuinamente sus dudas y su asombro ante un hecho tal.

Pero, después de su Ascensión, no vemos que ellos continuaran dudando de su divinidad. En todos sus escritos, ya sean cartas o narraciones históricas, no tenemos una sola frase que nos permita suponerlo, y su conducta frente al martirio confirma su seguridad en este punto capital de la fe.

Si empezáramos a dar citas, podríamos presentar más de 400, sacadas todas de los escritos apostólicos, en las que se expresa de un modo claro la afirmación de que Jesús era Dios. Hijo unigénito del Eterno, y superior a todos los seres humanos y angélicos, y ni una sola que ponga en duda estas verdades.

A últimos del siglo I empezó a florecer en el Asia Menor una secta llamada agnóstica, que pretendiendo congraciar el Cristianismo con las filosofías más consideradas de la intelectualidad pagana, descartaba la creencia en la divinidad de Cristo, al que pretendían considerar como un ángel encarnado para enseñar y redimir a los hombres. Pero el último sobreviviente de los apóstoles se encara enérgicamente con estos pertubadores, diciendo: "Salieron de nosotros, mas no eran de nosotros; porque si fueran de nosotros, hubieran cierto permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que todos no son de nosotros. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino como a los que la conocéis y que ninguna mentira es de la verdad. ¿Quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este tal es Anticristo, que niega al Padre y al Hijo. Cualquiera que niega al Hijo, este tal, tampoco tiene al Padre;

cualquiera que confiesa al Hijo, tiene también al Padre". 1.° Juan 2; 19-23.

Esta secta no llegó a ser muy preponderante y se desvaneció en el siglo II.

Mayor importancia tuvo la discusión arriana, pero ésta no versaba sobre si Jesús era un hombre o un Dios, según pretende hacer creer Ibarreta. Arrio y sus secuaces estaban bien conformes en afirmar que Jesucristo era el Hijo de Dios, y que existía como Verbo divino, antes de la creación de todas las cosas.

Lo único que se discutió en el Concilio de Nicea fué, si el Hijo existía desde la eternidad con el Padre, o si fué engendrado por el Padre en algún tiempo de la eternidad. ¡Lástima de discusión! Cuánto mejor hubiera sido que en lugar de dar tanta importancia a un asunto que sólo a Dios pertenece, se hubieran dedicado todos juntos a predicar a los paganos las buenas nuevas del amor de Dios manifestado por Jesucristo!

El dogma de la Trinidad

La doctrina de la Trinidad no se inventó en el Concilio de Nicea.

Este dogma se halla en el Nuevo Testamento en pasajes como Mateo 12; 32. 1.ª Juan 5; 7, y muchos otros, y no tiene nada de absurdo a nuestro entender. Las cosas absurdas acostumbran decirse cuando se trata de definirlo o explicarlo más allá de lo que dice el Evangelio.

Nadie puede pretender que tres sean uno y uno tres, en el sentido literal; el que lo pretenda que lo explique; pero mil veces hacemos esta afirmación

figurativa al hablar de una entidad, de un organismo, o hasta de elementos materiales como el aire o el agua que son una cosa, pero compuesta de varias. El aire, por ejemplo, es un elemento compuesto por diversos gases cada uno de los cuales tiene sus propiedades especiales, pero no decimos el nitrógeno, el oxígeno y el vapor de agua que respiramos, sino: el aire que respiramos, aunque a veces nombramos también por separado a sus elementos constitutivos.

La Sagrada Escritura afirma, pues, la existencia del Padre, o sea el Ser Creador origen y poder supremo del Universo; El Hijo, Ser espiritual, idéntico al Padre en esencia y querer, por el cual el Padre, espíritu invisible, se revela a sus criaturas, en este o en cualquier planeta donde tuviera a bien revelarse. Juan 1; 18, y el Espíritu Santo, Agente divino, por el que Padre e Hijo se comunican con las criaturas morales hechas a Su imagen, o sea, con aquellas que son capaces de relacionarse con la Divinidad.

Esto es todo lo que sabemos. Tratar de ir más allá, definir cómo están unidas estas tres personas divinas, etc., son locuras de falsa teología, que no debemos seguir, ya que nadie conoce bastante la naturaleza divina para hablar de estas cosas, ni somos capaces de conocerla dentro de nuestra condición.

Los evangelios apócrifos

Ibarreta es maestro en el arte de abultar las cosas. Nuevo Quijote del ideal antirreligioso, da verdadera lástima oirle confundir rebaños con ejércitos y embestir como a gigantes monstruosos, a indefensos molinos de viento.

Tal es su conducta según vimos al tratar de las contradicciones de los evangelios, y algo semejante le ocurre con los llamados evangelios apócrifos.

Es cierto que existen al lado de los cuatro evangelios reconocidos por la Cristiandad entera, algunas otras narraciones más modernas en las que autores posteriores a los apóstoles tratan de suplir de un modo novelesco las grandes lagunas que históricamente observamos en las narraciones auténticas. Puede que dichos autores recogieran también algún detalle conservado de boca en boca y por esto las citadas narraciones no dejan de tener cierto interés, pero en ninguna manera pueden confundirse con los auténticos, ni lo ha hecho jamás la cristiandad, como no se confunde la historia positiva, con las novelas históricas que la imaginación ha creado.

El hecho mismo de que estos autores eligieran de un modo preferente las lagunas cronológicas de los evangelios, prueba de que son escritos posteriores y no pueden competir con la historia verdadera. Tampoco se atreven a contradecir los datos históricos que nos son dados en los primeros; su puerilidad pone empero en evidencia la parte importante que ha tenido en ellos la fantasía.

Tenemos, por ejemplo, el evangelio de la Infancia, relatando milagros tan inocentes atribuídos al niño Jesús, que fácilmente se desprende de su lectura que se trata de una obra escrita para niños.

El Evangelio de Nicodemo, trata de describir lo que sucedió con el espíritu de Cristo durante el tiempo que su cuerpo permaneció en el sepulcro.

Claro está que nos gustaría saber estas y otras muchas cosas del mundo invisible, y no es de extrañar que algún escritor de los primeros siglos jugara el papel de Julio Verne en la literatura de su siglo, pero evidentemente se trataba de un escritor muy poco cristiano, por cuanto hace referencia a dioses y genios de la mitología como existentes en el otro mundo, lo que un autor genuinamente cristiano no haría. Véase 1.° Corintios 8 ; 4-6.

Pero es un hecho bien comprobado que desde sus mismos principios la literatura cristiana marca una distinción bien notoria entre los cuatro antiguos y auténticos evangelios y las burdas imitaciones de la tradición. Y esto (téngalo bien presente el lector) centenares de años antes que ningún Concilio se pronunciara oficialmente en su favor.

Porciones de los cuatro evangelios se hallan citados con tanta frecuencia en los escritos patrísticos de los cuatro primeros siglos que, según dice un escritor notable, "si los originales de los evangelios se hubiesen perdido, no nos sería difícil reconstruirlos casi por entero por medio de las citas que nos dan los padres de la Iglesia en sus numesos escritos".

Dichas citas son hechas siempre con gran respeto y apelando a ellas como suprema autoridad, a pesar de que ningún Concilio los había declarado canónicos.

Los cuatro evangelios, los Hechos de los apóstoles y las cartas apostólicas, eran además, leídas constantemente en las juntas de los primitivos cristianos y se les nombraba con el reverencial título de : Las Sagradas Escrituras.

Justino Mártir, que floreció por el año 170, compuso una armonía de los cuatro evangelios, a la que dió el ombre de "Diatessaron", que significa "por los cuatro". Y esto que faltaban casi 200 años para celebrarse el Concilio de Laodicea, donde según historias muy novelescas, fué descubierta milagrosamente la autenticidad de los cuatro evangelios.

Es absolutamente mentira que cada obispo se sirviese de un evangelio diferente hasta el referido Concilio, pues si alguna cita hallamos de los relatos apócrifos en los escritos patrísticos, generalmente es para combatirlos.

El Concilio de Laodicea no necesitó pues palomas, ni saltos milagrosos para conocer un hecho que la Cristiandad había estado conociendo y reconociendo por casi 300 años.

La Iglesia Católica Romana y otras Iglesias

Es muy poco lo que podemos decir sobre este epígrafe, ya que Ibarreta trata casi exclusivamente de la Iglesia Católica Romana, y como el autor no pertenece a esta comunión, tendría que dar casi en todo, la razón a nuestro adversario.

Desearíamos que algún escritor católico se dignase tomar la defensa contra los argumentos de este capítulo, que por cierto no los inventó Ibarreta, sino que han sido denunciados desde hace siglos por los autores evangélicos o protestantes.

Quisiéramos sobre todo que nos explicase por qué la Iglesia Católica ha suprimido de sus catecismos el II mandamiento de la ley de Dios, que dice :

"*No harás para ti obra de escultura, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que*

hay abajo en la tierra, ni de las cosas que están en las aguas debajo de la tierra, no las adorarás ni les darás culto." Exodo 20; 4. Si no es con el propósito expreso de burlar, sin que el pueblo se aperciba, este sabio mandato de la Ley de Dios; ya que resulta muy difícil aceptar el que imágenes inertes, que nada necesitan, hayan de verse cargadas de oro y piedras preciosas, mientras tantos pobres a las puertas de los templos mendigan un pedazo de pan.

Ni vemos el por qué, quien se llama sucesor del humilde Maestro de Nazaret, haya de vivir en un palacio que contiene 11,000 habitaciones, absorbiendo para sí y para su corte una cantidad enorme de dinero que ayudaría a solucionar muchos conflictos en millares de hogares humildes.

En todo esto creemos que cualquier buen cristiano, sea o no católico, tiene que dar la razón a Ibarreta; por más que en otras cosas no la tenga.

Del mismo modo, y teniendo en cuenta el dogma obligado de la infalibilidad de la Iglesia, desearíamos que se nos dijera cómo pueden conciliarse las palabras de Cristo: "*Todo lo que quisiérais que hiciesen los hombres con vosotros, así haced vosotros con ellos*" (Mateo 7; 12), con los potros y hogueras de la Inquisición, que todavía la Iglesia Católica no ha condenado en un acto formal. Si se nos responde que también otras iglesias han tenido sus errores y han mostrado a veces muy menguados sentimientos cristianos, les diremos que, como los fieles de estas iglesias no creen en su infalibilidad, están libres de tener que defender a sus respectivas organizaciones de los errores en que hayan podido incurrir; sin embargo, lo han

hecho, como en el caso de Servet en Ginebra, no pretendiendo justificar el crimen, sino condenándolo a la faz de todo el mundo, como una incomprensión muy propia de aquel siglo, pero no por esto justificable, a la luz de los claros preceptos del Evangelio. Y esto es lo que a la Iglesia Católica le corresponde hacer (*).

Los que nos atenemos únicamente a las enseñanzas de Jesús y de sus apóstoles, nos vemos libres del terrible compromiso que representa tener que defender y declarar como bien hecho todas las cosas que los papas y concilios han apoyado y decretado por tantos siglos, muchas de las cuales, como la Inquisición, las matanzas de Albingenses y Valdenses, las persecuciones contra los hugonotes, y la condenación de sabios y filósofos, como Juan Huss, Savonarola, Sarpi, Galileo, etc., no tiene hoy día justificación posible.

Es, en cambio, un apuro insuperable para cada fiel católico que no haya renunciado "a la manía de pensar", el tener que aceptar como bueno todo lo que su Iglesia ha ordenado y enseñado durante su larga y accidentada historia, incluyendo en ello los horrores de la intolerancia, o los absurdos de una ignorancia pretenciosa, tan abundante en la Edad Media.

(*) He aquí el texto de la lápida que se lee en el monumento levantado a la memoria de Miguel de Servet en el barrio de Champel, en Ginebra:

"El 27 de Octubre de 1553 murió sobre la hoguera de Champel, Miguel Servet, de Villanueva de Aragón, nacido el 29 de Septiembre de 1511.

Hijos respetuosos y agradecidos de Calvino, nuestro gran reformador, pero condenando un error que fué el de su siglo, y firmes partidarios de la Libertad de Conciencia según los verdaderos principios de la Reforma y del Evangelio, hemos levantado este monumento expiatorio el 27 de Octubre de 1903."

Ese conflicto es el que ha llevado a tantísimos hombres en nuestra patria a la absoluta negación de la fé, muchas veces acompañada de una honda aversión hacia las cosas que en un principio eran objeto de la devoción más sincera.

Por eso nosotros, amantes de la verdad y celosos del crédito que el Cristianismo se merece, creemos que el Catolicismo ha de abandonar voluntariamente sus infalibilidades, o sus miembros le obligarán a hacerlo a la fuerza, para salvarla de una ruina completa en este siglo de progreso que hemos principiado, y en el que tantas cosas nos quedan por ver. Por lo demás, es cosa notoria que ni Cristo ni su doctrina tienen nada que ver con excesos y aberraciones que ya sería hora de desechar y condenar de un modo explícito.

Cómo desvanecer dudas

Respecto a los pastores protestantes no negaremos que pueda haber alguno de tan menguado talento que no se le ocurra otro medio para desvanecer dudas que el que con sorna describe Ibarreta; pero, francamente, debemos confesar que si hay alguna mente que piensa entre los protestantes, y practicándose entre ellos el libre examen, no es nada fácil que el feligrés evangélico se quede convencido sin una explicación racional de las cosas.

Recordamos precisamente un caso que ocurrió en nuestra presencia en casa de un pastor protestante bien conocido en Barcelona. Hallándonos de visita en casa del citado ministro del Evangelio, entró una joven miembro de la Iglesia explicando

que le había sido propuesta por una de sus compañeras de taller el caso insoluble de Caín. Dificultad en la que también ha caído el mismo Ibarreta sin acertar a ver la explicación, exponiéndola ingenuamente en el capítulo titulado: La Santa Biblia.

El problema es el siguiente: Nuestros primeros padres Adán y Eva tuvieron dos hijos que se llamaban Caín y Abel, Caín mató a su hermano; luego se marchó lejos de su casa y se casó. ¿Con quién podía casarse él si no existían otros seres humanos en el mundo?

El mencionado pastor tomó la Biblia y pidió a la joven que leyese por sí misma el versículo 4 del capítulo 5 del Génesis, donde dice que: "Adán engendró hijos *e hijas*".

Si Adán tuvo hijos e hijas, además de Caín y Abel, claro está que no faltó mujer para Caín. La Biblia misma había resuelto la dificultad. No fué necesario elevar ninguna oración rebuscada pidiendo que Dios aumentase la fe de la joven. Bastó con apelar a su sentido común.

CAPITULO VIII

EL INFIERNO

LOS LIBROS DE LA BIBLIA QUE NOS HABLAN MÁS ALTAMENTE DEL CARÁCTER DE DIOS SON LOS QUE MENCIONAN EL INFIERNO. — EL MENSAJE DE CRISTO UN TOQUE DE ALARMA. — EL VALLE DE HIMNON ES UNA FIGURA, PERO CRISTO HABLA TAMBIÉN CLARAMENTE DE LA REALIDAD ESPIRITUAL. — LAS ALMAS NO PUEDEN SER ATORMENTADAS CON FUEGO MATERIAL. — IGNORAMOS LO QUÉ ES EL INFIERNO, PERO DEBE EXISTIR ALGÚN PELIGRO PARA LAS ALMAS REBELDES A DIOS.

Tenemos que manifestar que, en las muchas veces que hemos leído la Biblia, desde el Génesis al Apocalipsis, no hemos encontrado esta diferencia tan notable que pretende haber hallado Ibarreta entre el Dios del Antiguo y el del Nuevo Testamento. En ambas partes aparece la justicia y la misericordia de Dios.

El Dios del Antiguo Testamento es un Dios justiciero, que castiga el pecado y la maldad con tremendas sanciones, como el diluvio, la destrucción de Sodoma y Gomorra, etc.

Pues este mismo carácter de severa justicia se manifiesta en el Nuevo, cuando Cristo habla del castigo que aguarda a los impíos e incrédulos que menosprecian su doctrina.

Un peligro tremendo para el alma que se olvida de Dios y del deber aparece en todas las páginas del Nuevo Testamento, tanto en las enseñanzas de Cristo, como en las cartas apostólicas. La venida de Cristo parece un grito de alarma acerca de este asunto. El mismo sermón de la montaña, repleto de misericordia, es a la vez una constante advertencia contra el gran peligro a que se expone quien menosprecia la sublime doctrina. ¿Qué significarían si no las solemnes palabras: "¿De qué aprovechará al hombre que ganare todo el mundo y perdiere su alma?" "No temáis a los que matan el cuerpo, mas después no tienen más que hacer. Os enseñaré a quien temáis: Temed a Aquel que después de haber quitado la vida tiene poder de echar en el Infierno. Así os digo a éste temed"? Lucas 12; 4-5.

¿Qué significado tendrían estos pasajes si se refirieran sólo al valle de Himnom donde se quemaban los escombros de Jerusalem? Los hombres tenían poder en aquel tiempo para apedrear o quemar una persona en el valle de Himnom o en cualquier otro valle, y muchas veces lo han hecho. Sin embargo, Jesús dice: "No temáis a los que matan el cuerpo". ¿No es esto una prueba evidente de que existe algún peligro espiritual, muy grande, para el alma, que no muere con el cuerpo, de cuyo peligro conviene precaverse más que de la muerte física?

Más claramente no podía Jesús explicarlo que cuando nos dice en la parábola de Lázaro y el Rico: "Y murió el rico y fué sepultado... y en el Infierno, estando en los tormentos vió a Abraham de lejos, etc.". Lucas 16; 22-23.

Este pasaje no tiene nada que ver con la Gehena en el valle de Himnom, en cuyo fuego vió Jesús una gráfica figura del fin desgraciado de los perversos, sino que nos habla claramente de un castigo literal en la otra vida.

El hecho de haber sido enseñada así tan claramente esta doctrina por el Maestro Supremo de la Humanidad, nos obliga a prestarle solemne atención, por muy reñidos que estemos con los que hacen un negocio con tan tremenda realidad. Cristo quería decir algo cuando habló en tales términos del gran peligro de "perder el alma", "castigo eterno", etc., y aun cuando no comprendamos del todo el verdadero significado de tales términos, su palabra de advertencia nos debe bastar.

¿Por qué no había sido revelado este peligro antes, al proclamarse la ley en el Sinaí? No lo sabemos, pero podemos suponerlo. Como sea que los israelitas estaban llamados a vivir como nación tan dependientes de la bendición de Dios en cuestiones materiales, y el castigo y el premio seguían tan inmediatamente al pecado en esta misma vida, no necesitaban saber lo que quizá les habría resultado un estorbo. ¡Quién sabe si no se habría forjado sobre esta doctrina otro negocio semejante al del Purgatorio por parte de la clase sacerdotal, no mucho más virtuosa que la nuestra, en ciertas épocas de la historia de Israel!

Pero sus grandes hombres, inspirados por Dios, tenían una noción precisa de la otra vida según hallamos en los Salmos, Job, Eclesiastés, etc. Salomón escribe 1,000 años antes de Cristo: "Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud... antes

que vengan los malos días", y tras una descripción poética de la vejez añade: "y el polvo se torne a la tierra y *el espíritu se vuelva a Dios que lo dió*". Señal que creía en la otra vida. Y termina el libro de Eclesiastés diciendo: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, el cual se hará sobre toda cosa oculta, buena o mala".

Qué es el Infierno

En cuanto a las características de este lugar de castigo, debemos declarar que todo lo revelado por Jesucristo no nos autoriza para figurarnos el infierno según nos lo ha presentado la Iglesia Católica. Es insensato hablar de serpientes que se enroscan al cuello, de calderas de agua hirviendo, y hasta de fuego en sentido literal, tratándose de un mundo de espíritus. El castigo que estos seres han de sufrir, una vez separados del polvo "que va a la tierra", ha de ser adecuado a su naturaleza, y como ignoramos cuáles son sus condiciones de vida, ignoramos asimismo cuál será la forma de castigo. Todo lo más que podemos decir en asunto tan espinoso, es lo siguiente:

1.° Que existe un gran peligro para las almas que rechazan a Dios y a los principios esenciales de la virtud que se manifiestan de un modo más o menos claro en el fuero interno de cada conciencia.

Esta resistencia a cumplir la voluntad de Dios es pecado consciente, digno de castigo, según los principios de la eterna Justicia.

2.° Que las almas no reconciliadas con Dios, rebeldes a reconocer su pecado y no dispuestas a

aceptar el magnánimo plan de la Redención, para venir a entrar en una nueva relación de amor, confianza y gratitud hacia su Dios-Salvador, tendrán que quedar separadas de Dios y del conjunto armónico del Universo que obedece gozosamente la voluntad siempre buena y benéfica de su Creador.

3.° Que el castigo que se infligirá a las almas desterradas de la presencia de Dios, será de acuerdo con el mal que hayan hecho y los conocimientos de la voluntad divina que tuvieron al hacerlo.

4.° Que aunque desconocemos la naturaleza de los tormentos espirituales, las figuras que Jesucristo emplea para describirlos: fuego, tinieblas, gusano que no muere, etc., nos dan a pensar que debe ser algo terrible, y que no podemos ni debemos tratar este asunto con ligereza.

5.° Que la principal desgracia de las almas condenadas consiste en su endurecimiento en el pecado, su ceguera espiritual, que hará *indispensablemente perdurable su destierro*. No creemos que Aquel de quien se nos dice: "Que no aflige de su voluntad a los hijos de los hombres", dajara abandonada en el Infierno una sola alma que se hallara en condiciones de vivir en el Cielo. El gran peligro para nosotros ahora es el exponernos a que esta rebeldía y endurecimiento de corazón se apodere de nosotros de tal suerte que resulte definitivamente imposible nuestra conversión a Dios, cometiendo lo que Jesús llama pecado imperdonable contra el Espíritu Santo. El hecho de que Jesucristo amoneste tan solemnemente a ocuparnos del asunto de nuestra salvación "ahora", es porque debe ser mucho más difícil, aunque no lo parezca, solucionar satisfactoriamente este gran asunto una vez traspuestos los umbrales de la muerte.

6.° Ignoramos demasiado las leyes y principios que rigen el Universo espiritual (cuando ni apenas conocemos las de este mundo), para poder dogmatizar más allá de lo expuesto acerca de este difícil gran problema.

La resurrección de los muertos

Después de esforzarse en demostrar que el Antiguo Testamento desconoce la existencia de otra vida después de la muerte, señalando los lugares donde *en opinión suya* debía haberse hablado de esta doctrina, y ocultando cuidadosamente aquellos otros en que se menciona, concluye Ibarreta en decir:

"*Resulta, pues, que tanto el Dios Padre como el Dios Espíritu Santo no son partidarios de que haya más vida ni más castigo que los de este mundo. Ahora bien, si es cierto lo que cuentan los evangelistas de que Jesús dijo que resucitarían los muertos para ser juzgados, resulta el Dios Hijo en oposición a su Padre y al Espíritu Santo, y como los tres no son más que uno, quisiéramos que algún sabio de alzacuello nos explicara de qué manera se compondrán para discutir. Ved ahí cómo sin necesidad de teología ni de inspiración divina se atrapa a cualquier embustero, aunque sea profeta, evangelista, sabio, doctor de la Iglesia Católica o de cualquiera otra, porque en todas las religiones hay tunantes que viven a costillas de los crédulos.*"

Emplear este lenguaje insultante cuesta menos

que probar lo que se dice, y sobre todo tiene la indiscutible ventaja de entusiasmar a los ignorantes. Nosotros no somos partidarios del alzacuello ni de las sotanas, pero somos amantes de la verdad. Quisiéramos, pues, que Ibarreta u otro cualquier escritor de la misma categoría nos presentase un texto del Antiguo Testamento en el que Dios Padre negase la resurrección de los muertos. En tanto, nosotros le citaremos este texto, que no es el único del Antiguo Testamento, tomado del libro de Job, capítulo 19, versículos 25 al 27. "Yo sé que mi Redentor vive y al fin se levantará mi cuerpo sobre el polvo, y aun después de deshecha esta mi piel he de ver en mi carne a Dios; al cual yo tengo de ver por mí; mis ojos lo verán y no otro".

Si esto no es estar proclamada la resurrección en el Antiguo Testamento, no sabemos en qué lenguaje debía decirse.

¿Creían los primitivos cristianos en el Infierno?

Aun va más allá Ibarreta en su especialidad de decir lo que le da la gana sin probar sus afirmaciones. Veamos otro parrafito:

"*Los sacerdotes cristianos admitieron el Infierno pagano. Y al efectuar el arreglo final del Nuevo Testamento, en el año* 364, *en el Concilio de Laodicea, del que ya os hemos hablado, agregaron a los evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas los versículos en los que se hace hablar a Jesús de un modo más o menos claro del fuego eterno, Infierno, etc. Con objeto de contentar a los que se oponían al Infierno se omitió éste por completo en el principal evangelio de los cuatro, que es el de San Juan, de suerte que con los evangelios mismos puede probarse que hay y que no hay Infierno.*"

¡Esto sí que es contar las cosas a la medida de su propio gusto! Después de una acusación tan tremenda contra el Concilio de Laodicea justo es esperar las pruebas. Estas deberían consistir en citas de cristianos del II ó III siglo por las que se demostrase que no creían en el Infierno. O bien, señalar la existencia de originales de los tres primeros evangelios en los cuales faltasen los textos que Ibarreta dice fueron intercalados. Esto es lo que hubiera hecho cualquier escritor pundonoroso; pero Ibarreta no se molesta en presentar pruebas, por la sencilla razón de que no las tiene. Es lamentable tener que decirlo; pero el método de este desgraciado escritor es el de "calumnia que algo queda".

Hace un par de años que el autor de estas páginas dió a luz un pequeño librito titulado "A las Fuentes del Cristianismo", en el que señala algunos dogmas de la Iglesia Católica que han sido inventados por diversos concilios, porque no puede hallarse vestigio de tales dogmas ni en los evangelios ni en la Historia Eclesiástica de los primeros siglos. Pero a cada afirmación presentamos citas de escritores eclesiásticos anteriores al dogma que impugnábamos, por las cuales se prueba que era desconocida por ellos la doctrina en cuestión. Esto era también lo recto y honrado en el presente caso; pero Ibarreta no ofrece un solo testimonio en favor de su afirmación.

Por otra parte, nos cabe decir que los eruditos están buscando continuamente antiguas copias del

Nuevo Testamento. Como explicamos en otra parte, existen códices hasta del siglo III. Si una interpolación tan importante hubiese sido hecha en fecha tan avanzada, es evidente que encontraríamos copias de antiguos manuscritos en los que faltarían los textos interpolados, máxime teniendo en cuenta que siempre han existido sectas que no se han sometido a la autoridad de los Concilios, o de las grandes iglesias. Pero entre los centenares de manuscritos antiguos que poseemos no existe una sola variante de tal importancia. El texto del Nuevo Testamento es esencialmente el mismo en los manuscritos hallados en Siria o Palestina, como de los que se han conservado en poder de la Iglesia Católica. Muchas otras culpas pesan sobre esta gran organización eclesiástica, pero no la de haber alterado el texto del Nuevo Testamento, pues le era totalmente imposible hacerlo existiendo en el mundo centenares de copias que habrían clamado contra el cambio.

Convenimos con Ibarreta en que las doctrinas del Infierno y del Purgatorio predicadas por la Iglesia Romana no han servido para hacer mejores a los que las creían a pie juntillas. Es cierto que en la Edad Media la barbarie subió al mismo nivel que la piedad pero ¿ no será esto a causa del negocio establecido sobre tales creencias? ¿ Cómo iba a parar mientes en su conducta el potentado de la Edad Media a quien se le ofrecía el perdón de los mayores pecados (hasta crímenes contra la honestidad y la vida del prójimo), por unos pocos florines?

Si la Iglesia se hubiese limitado a enseñar lo

que Cristo proclamó, o sea, que hay una responsabilidad y un peligro para las almas después de la muerte, sin pretender definirlo más allá de lo que la Biblia enseña, y sobre todo, sin tratar de interponerse como mediadera entre el hombre y Dios a cambio del miserable dinero, las cosas habrían ido por un camino muy diferente.

CAPITULO IX

EL PROBLEMA DEL MAL

POR QUÉ EXISTE EL MAL EN EL UNIVERSO. — EL SER MORAL NO PUEDE SER COACCIONADO. — EL PECADO FUÉ EN SU ORIGEN UN ACTO DE DESCONFIANZA. POR QUÉ SE PROLONGA EL DOMINIO DEL MAL.

La realidad del pecado en el Universo y la necesidad de que sea sancionado con un aislamiento saludable, es a nuestro entender un hecho tan evidente como la existencia en este mundo de tales epidemias como el cólera o el tifus, y la necesidad de emplear para su exterminio medidas profilácticas.

Hoy se acostumbra a considerar al delincuente como un enfermo moral. La sociedad está practicando en este sentido mucho mejor las enseñanzas de Cristo, que nos manda "amar a nuestros enemigos", que en siglos pasados, generaciones que aparentaban ser más cristianas. Mas ningún Gobierno, por muy avanzado y humano que sea, ha podido ni podrá suprimir la sanción del criminal, su aislamiento de la Sociedad, y hasta una cierta medida de castigo real, cuando éste se rebela mostrándose indisciplente. Por muy doloroso que esto sea, hay que practicarlo en beneficio del propio delincuente y de la Sociedad entera.

Si esta es una realidad experimentada en este

mundo, ¿podemos desconocerla o negarla al referirnos al Gobierno del Universo?

¡Ah!, replicará el excéptico, pero es que los Gobiernos de la tierra no son todopoderosos; no pueden suprimir el mal, han de limitarse a combatirlo, mientras que Dios podría hacer que todos fuésemos buenos, y evitarse de este modo la molestia de castigarnos.

Pero esto es nada más que un modo fácil pero absurdo de eludir la responsabilidad de nuestros actos. Ninguna persona sensata y amante de los nobles principios de libertad, fraternidad, igualdad y buen gobierno, puede tener semejante concepto, de lo que llamaríamos "política espiritual", ni puede desear que así sea.

El ser moral no puede ser coaccionado

Ibarreta arguye que si un Ser Todopoderoso se propusiera hacerse adorar de sus criaturas, no necesitaría persuadirnos por medio de alguna revelación más o menos clara de su voluntad, sino que *así como no podemos evitar que el sol nos caliente o que el dolor nos duela, no podríamos evitar el descubrirnos y doblar la rodilla cada vez que El quisiera.*

¡Valiente forma de adoración!

Este tratamiento lo empleará Dios con la materia inerte a la que ha dado leyes fijas e inalterables, y hasta cierto punto con los seres dotados de vida, pero no de espíritu, a quienes un impulso que llamamos "instinto" les lleva a realizar con maravilloso acierto y pulcritud lo que ellos mismos serían incapaces de hacer por su propia inteligencia. Pero

jamás este régimen ambicionado por los incrédulos para librarse de responsabilidad, podría un Dios justo aplicarlo a seres humanos y angélicos dotados de mente espiritual.

Antes de crear un Universo de autómatas era preferible mil veces dejar a los seres correr los riesgos de la libertad.

El pecado es un acto de desconfianza

El secreto de la felicidad, en un Universo poblado de seres morales, debe hallarse basado en una implícita confianza de todas las criaturas a la sabiduría y buena voluntad del Creador hacia cada una de ellas. Todas deben estar íntimamente persuadidas de que "Dios es amor" y que todos sus mandatos y propósitos tienden al mayor bien de cada uno de los seres que existen por su voluntad, aun cuando éstos no lo comprendan de momento.

Por esto ha sido dicho que dos ángeles irían con el mismo contento, el uno a gobernar un mundo, y el otro a barrer las calles de una ciudad, si Dios se lo ordenara.

La más pequeña duda en este sentido iría acompañada de celos, enojo, envidia, odio y todo lo demás que en la tierra conocemos con el nombre de pecado.

El pecado creemos que fué en su origen un sentimiento de desconfianza. Y por más que deseamos elevar a lo sublime nuestro concepto de los atributos del Creador, nos es imposible imaginarnos que El hubiese podido impedir un sentimiento de tal naturaleza, a menos de negar todos los principios de libertad moral.

Por qué se prolonga el dominio del mal

A esto se suele replicar que Dios habría podido por lo menos evitar grandes calamidades si El hubiese destruído mucho antes al autor del mal, o sea a Satanás.

Sin duda éste habría sido un procedimiento radical; pero es difícil imaginarnos qué hubiera sido lo mejor, antes al contrario. Si Dios hubiese destruído al Príncipe del mal en el mismo momento de caer en pecado, quedaba un foco de pecado destruído; pero, ¿quién es capaz de asegurar que no habría brotado mucho más fácilmente por razón de esta misma sanción no diferida?

Parece ser, pues, que Dios ha dejado un tiempo en el que se pone a prueba el régimen propugnado por Satanás: independencia de la voluntad de Dios. Y lo lamentable del caso es que nuestro mundo ha debido entrar (quizá con otros, no lo sabemos) en tan lamentable prueba.

Seres morales dejados a su libre arbitrio, sin otra imposición por parte del Creador que la voz de la conciencia, sin otra manifestación del poder Supremo que las evidentes muestras de invención y designio que se echan de ver en el mundo que nos rodea.

Los hombres lanzados al mundo en estas condiciones podrán hallar a Dios, si "palpando lo buscan", como dice el apóstol Pablo, pero lo alejarán de sí entregándose a los peores impulsos de su corazón, egoísmo, envidia, ambición de mando, astucia, engaño, etc. La larga lista de crímenes, guerras, explotación del hombre por el hombre, y crueldades de todas clases que hacen abominable y ho-

rrorosa nuestra propia historia, son pruebas manifiestas de las "excelencias" de este régimen de independencia y mal entendida libertad. Si lo acontecido en este mundo fuese la historia de cada planeta, sería un lamentable fracaso la creación del Universo.

Pero nuestro optimismo nos dice que no puede ser así. El desorden de aquí no puede reinar en todas partes. Por esto se nos enseña a pedir "Sea hecha tu voluntad en la tierra como en los cielos". Y puede que la historia de este mundo con su apoteosis futura, sea una lección ejemplar y provechosa para los habitantes del Universo entero.

Por fortuna, el problema del mal no es insoluble para el alma que desde este fango levanta sus ojos al Infinito. Dios se ha apiadado de este mundo y nos ha tendido su mano. Las palabras de Cristo, su vida y su muerte, son las mejores manifestaciones de esta piedad divina. Encontrar a Dios en las sublimes páginas del Evangelio, es vencer el problema del mal.

CAPITULO X

EL ARBOL DE LA CIENCIA

IBARRETA TEÓLOGO. — LAS AUTORIDADES EVANGÉLICAS RECONOCEN A LA BIBLIA COMO BASE DE TODA CIENCIA RELIGIOSA, Y NO LA PROHIBEN. — LOS ESCRITORES DE LA BIBLIA LISTOS Y BOBOS, SANTOS Y DEMONIOS, SEGÚN IBARRETA. — OTRA VEZ CONTRADICCIONES IMAGINARIAS.

En este capítulo Ibarreta se nos vuelve teólogo explicándonos el simbolismo del árbol del Edén de una manera muy libre. Hasta pretende saber por qué Moisés inventó aquella historia: para que los israelitas no tuviesen curiosidad de investigar su religión, como la tuvieron nuestros primeros padres al comer del árbol prohibido. Por lo visto Ibarreta era amigo íntimo de Moisés a quien éste le contó hasta sus intenciones más secretas.

Luego quiere aplicar la historia a nuestro tiempo, y dice: "*En el mismo caso nos hallamos hoy. El árbol de la Ciencia es hoy lo mismo que entonces, la Biblia. El Moisés moderno son los doctores de la Iglesia, y la causa de que les guste tan poco que leamos la Biblia, es porque sabríamos tanto como ellos, y, por consiguiente, veríamos que su religión es falsa*".

Este párrafo parece referirse a los doctores de

la Iglesia Católica; pero, ¿cómo explicaría Ibarreta el que los jefes del protestantismo, todos juntos y perfectamente unidos en este punto, hayan dado origen y sostenido a la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, que ha puesto en circulación a precios baratísimos millones de ejemplares de las Sagradas Escrituras? A estos doctores no les sabe mal por lo visto, que el pueblo lea y relea la Biblia.

Contradicciones. ¿De la Biblia o de Ibarreta?

Es muy curioso que Ibarreta nos quiera hacer creer por un lado que los escritores de la Biblia eran muy listos, "hombres de gran talento, inteligente y clarísimo", y por otro lado pretende que se contradecían a cada paso ellos mismos. Si eran tan listos y pillos, no se contradirían entendiéndolo, y si caían en contradicciones dentro de un mismo escrito, no podrían ser tan "listos", sino "bobos".

Pero a Ibarreta le conviene decir ambas cosas, según el asunto que discute, y así es él mismo quien cae en contradicción.

Y vengamos a las supuestas contradicciones:

1.° *Juan el Baustista en un lugar declara que Jesús es el Mesías, de quien no es digno de desatar la correa de sus zapatos, y en otra parte duda de su mesianismo.*

Respuesta: La desanimación de Juan se comprende perfectamente tratándose de un hombre que se encuentra en la cárcel y en peligro de muerte. Además, sus palabras "eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?", podemos tomarlas, no tanto en sentido de duda, sino como un requerimiento para que si era el Mesías, no dilatase el intervenir a su favor. A cualquiera de nosotros en semejantes circunstancias nos habría ocurrido lo mismo.

2.° *En unos pasajes Jesús recomienda el ayuno y en otros lo desaprueba.*

R.: Jesús no condena el ayuno ni tampoco lo ordena. Su actitud respecto a esta práctica piadosa es muy semejante a la que asumen hoy día los doctores protestantes. No lo ordenan explícitamente, para que no se convierta en una ceremonia hipócrita; pero si un cristiano muy piadoso se olvida de comer para entregarse mejor a actos de devoción o de caridad, no puede tenerse para tal persona sino palabras de elogio.

3.° *Jesús explica su doctrina por medio de parábolas para que las gentes no lo entiendan y se condenen mejor.*

R.: El uso de parábolas era precisamente para hacer más asequible la doctrina y más fácil de recordar. Siempre se recuerda mejor una historieta que un razonamiento filosófico. A los que interesados por la historia deseaban conocer bien todo su significado, Cristo no se negó nunca a darles la conveniente explicación, pero no había para qué darla a los que ni siquiera la historia interesaba. De esta indiferencia y dureza de corazón se quejaba el Señor amargamente.

4.° *En Mateo* 11; 30, *Jesús declara que su yugo es fácil, y en el mismo Evangelio declara que es necesario para seguirle hacer grandes sacrificios, hasta la negación de la propia familia y la pérdida de la vida.*

R.: El yugo de Cristo es fácil ciertamente. Apenas si hay mandamientos expresos en el Nuevo Testamento más que el de amarnos unos a otros. Toda su doctrina es sumamente sencilla, y la salvación de nuestras almas se nos explica que ha sido ganada por el mismo Cristo, no nocesitando nosotros hacer nada más que aceptarla.

Es pues sumamente fácil ser cristiano, y lo habría sido siempre si los hombres no fuésemos tan malos. Pero a causa de esta maldad que nos rodea y que está en nuestro propio corazón, el servicio de Cristo resulta cosa difícil. A veces ha sido necesario a los discípulos de Cristo renunciar a todas las cosas y entregar su propia vida; ¿por qué motivo? ¿Es que el Evangelio les exigía este sacrificio máximo como expiación de sus propios pecados? No; la expiación fué hecha una vez por todas en la persona de Jesucristo, el Verbo eterno de Dios, cuando murió por nosotros en el Calvario, pero los mártires del Cristianismo han querido sacrificarse, y han sido obligados a ello, *no para ganar su salvación,* sino para legarla a otros, manteniendo la verdad a toda costa.

5.° *Jesús no hacía milagros sino delante de sus partidarios y rehusaba hacerlos delante de sus enemigos.*

R.: Esto es absolutamente mentira, según los relatos evangélicos. La mayor parte de los milagros fueron hechos delante de los enemigos que los criticaban, particularmente en días de sábado. En Marcos 6; 5, dice que no pudo hacer en cierta ciudad muy incrédula ninguna grande maravilla, sino que solamente curó a unos pocos enfermos. De modo que la incredulidad no fué obstáculo para que sanase a los pocos o muchos que se presentaron.

6.° *En unos pasajes se presenta a Jesús resucitado como en carne y hueso, y en otros pasajes se le presenta como un espíritu, a fin de que si algún día fuese imposible probar el milagro de la resurrección, pudiese decirse que no fué su cuerpo que resucitó, sino su espíritu que se aparecía.*

R.: ¡Ya es atinar por parte de los evangelistas! Pero si estos falsificadores preveían la dificultad, mejor habría sido no decir nada de la resurrección corporal y se ahorraban la contradicción. ¡Pobre Ibarreta! No; los apóstoles no pensaban para tan largo, y ya hemos demostrado en otro capítulo que podían ser cualquier otra cosa menos falsificadores, los que entregaron su vida por la fe.

¿Cómo explicaremos, pues, que un cuerpo que ha entrado en una habitación con las puertas cerradas pueda ser en seguida palpado y tocado por un Tomás incrédulo? No intentaremos explicarlo. Somos demasiado ignorantes de los secretos del Universo para poder hacerlo. No obstante, nos parece que es menos incomprensible hoy, que en días de nuestros abuelos.

Hoy sabemos cosas muy maravillosas acerca de la materia y la energía, de los átomos y electrones que nos hacen pensar que no está tan distanciado como parecía el mundo material del espiritual.

¿No habría sido casi tan maravilloso para nuestros antepasados si se les hubiese dicho que podría oirse la voz y la música de una nación a otra por medio de ondas magnéticas que vendrían a encon-

trarnos en cualquier lugar, por cerrado que estuviese, pasando a través de todos los obstáculos? No digamos pues que una cosa un poco más maravillosa es absolutamente imposible para los recursos del Omnipotente Creador del Universo.

CAPITULO XI

LA VERDADERA DOCTRINA CRISTIANA

El Cristianismo comparado con otras religiones. — Diferencias entre Buda y Cristo. — ¿Declaró Jesús ser Hijo de Dios? — ¿Son incomprensibles los evangelios? — ¿Si todo lo sobrenatural son interpolaciones, qué quedaría del documento original? — ¿En veinte siglos de luchas y crítica religiosa no se habría descubierto el gran fraude? — ¿A qué Dios debemos orar?

Parece que Ibarreta no tiene un criterio fijo ni de la existencia de Dios, ni de la personalidad de Jesucristo, ni de nada. Después de llenar varias páginas para probar que *Jesucristo no ha existido*, sino que es un mito copiado del Buda de la India, termina por decir que él no vé inconveniente en que haya existido un hombre que se llamaba Jesús, que luchó con los jefes de su religión. Y dos páginas más adelante ya afirma rotundamente: Jesús fué un judío que predicó, que dijo, que no pretendió ser Hijo de Dios, etc., tan seguro de su existencia y de sus ideas como si hubiese sostenido una conversación con El el día anterior. ¿Por qué pues tanto ruido y tanto llenar papel en vano, para

acabar afirmando la realidad histórica de Cristo? Podía muy bien ahorrarse de explicarnos la historia de Buda para llegar al fin y al cabo a esta conclusión.

Por nuestra parte, no vemos otra semejanza entre Buda y Cristo, que la de haber sido el primero un hombre piadoso y bueno, y bien sabemos que todos los hombres buenos han de parecerse a Cristo, el Modelo perfecto de la raza humana. En cambio, en cuanto a detalles históricos son mucho más grandes las diferencias que las semejanzas. En efecto:

Buda nació en un palacio; Jesús en un establo. Buda fué un príncipe; Jesús un carpintero. Buda repartió sus cuantiosos bienes al consagrarse a su vida de servicio religioso; Jesús no tuvo nunca bienes materiales para repartir. Y en cuanto a la doctrina: Buda niega la existencia de un Dios personal, todo acontece según leyes fijas e inalterables. Jesús nos habla de un Padre que se compadece de nosotros. Buda proclama la reencarnación por millares de veces. Jesús trae un mensaje urgente de arrepentimiento que debe ser aceptado en la presente vida. Buda ofrece como perspectiva final, la pérdida de nuestra personalidad en el Nirvana; Jesús nos habla de la Casa del Padre, de un Paraíso, de gloria y servicio; un hogar mucho mejor que el que poseemos, sin llanto, ni clamor ni dolor, en donde nuestro propio yo perdurará, conservando nuestra identidad y hasta la memoria del pasado; y el conocimiento de las cosas maravillosas que Dios tiene en el Universo irá en aumento,

lo mismo que nuestra felicidad y gratitud a Quien de tal manera nos ha amado.

¡Si hay diferencia entre una vida y otra, y una y otra doctrina!

¿Afirmó Jesús su divinidad?

Ibarreta dice: "*Jesús, jamás pretendió ser Dios ni Hijo de Dios, ni todos los desatinos que cuentan los que escribieron la historia de su vida*".

¿De veras? ¿Y cómo lo ha descubierto Ibarreta y sus compadres? ¿Es que poseen algún otro documento más antiguo que los Evangelios que lo declare de este modo? ¿O es que ha venido a explicárselo alguno de aquellos primeros mártires que se dejaron lapidar y cortar la cabeza por el gustazo de jugar una broma a la Humanidad?

Si Cristo era un mero hombre, las nueve décimas partes de los evangelios deberían ser consideradas como narraciones falsas o apócrifas.

¿Falsas desde el principio? Ya hemos demostrado que no puede ser, pues ningún mentecato se conforma en sufrir y morir por una broma.

¿Apócrifas? Es menos posible aún. Cualquiera que haya leído un poco la literatura cristiana del II y III siglo, sabe el gran aprecio en que tenían los cristianos las Sagradas Escrituras llamadas entonces: "Las memorias y cartas de los apóstoles". Justino Mártir, que murió en el año 167, y con él muchos otros escritores, nos informan que las "memorias de los apóstoles" eran leídas en todas las asambleas de cristianos, "tanto como el tiempo lo permitía", y sabemos que con motivo de la persecución de Diocleciano, muchos fueron los

cristianos que se dejaron martirizar antes que entregar las copias de las Sagradas Escrituras que les habían sido confiadas. ¿Es creíble que aquellos fieles cristianos se dejaran falsificar documentos tan preciosos, que los amaban como sus propias vidas? Y sobre todo: ¿de dónde habría venido este amor heroico a Cristo y a su Palabra, si no le hubiesen considerado desde el principio Hijo de Dios, y por ende capaz de cumplir sus promesas para la vida venidera?

¿Son comprensibles los evangelios?

Llegamos por fin a una afirmación de Ibarreta que no necesitamos testigos ni documentos históricos para refutarla, porque cae dentro del dominio de nuestra propia experiencia. Veamos:

"*La persona que lee por primera vez los evangelios se queda sin entender ni una sola palabra de las doctrinas de Jesucristo*; pero luego añade: "*En medio de los equívocos, en medio de las frases de doble sentido, en medio, en fin, de este fárrago con el que se quiere engañar y se engaña a seres racionales hay unos preceptos, que así como ante el sol quedan oscurecidas todas nuestras luces, así ellos oscurecen todos los dichos falsos, etc.*"

Luego ya no resultan tan incomprensibles los evangelios como al principio se nos dice. ¿Se quiere mayor contradicción?

Más adelante añade: "*Haremos observar que Jesucristo tiene especial cuidado en decirnos uno por uno sus mandamientos, omitiendo por completo el que asistamos a Templo alguno, ayunemos y practiquemos estos actos mecánicos que ningún bien hacen a nadie*".

¿En qué quedamos? Al principio nos dice Ibarreta que los evangelios son documentos incomprensibles. Un poco más adelante, ya habla de preceptos clarísimos, que brillan como el sol. Y al final nos hace observar que Jesús omite recomendar aquellas prácticas a las cuales hoy la Iglesia da un gran valor y considera imprescindibles.

Así resulta que los evangelios son una relación auténtica, y no falseada, de los preceptos de Jesucristo; pues si fueran falseados por la Iglesia, ésta no habría dejado de meter en ellos mandamientos sobre los ayunos, la confesión, el Purgatorio, la eficacia de las indulgencias. Si esto no se encuentra en los evangelios, como acertadamente declara Ibarreta, es la mejor prueba de que contamos con documentos auténticos y no amañados al gusto de la Iglesia Católica.

"*La persona que lee por primera vez los evangelios se queda sin entender una sola palabra de las doctrinas de Jesucristo.*"

¿Es verdad esto? Que lo declare sinceramente cualquier lector que haya leído con atención los evangelios. Estamos seguros que ningún hombre imparcial se atrevería a sostener tan absurda afirmación. Por nuestra parte, podemos decir que hemos puesto el Evangelio por primera vez en manos de muchísimas personas a las cuales, en lugar de serle incomprensible, lo han entendido tan bien, que su lectura y su práctica ha transformado sus vidas, haciéndoles mejores padres, mejores hijos, mejores esposos, etc.

¿A quién debemos orar?

Después de transcribir con elogios varios preceptos prácticos de las doctrinas de Jesucristo, que contradicen enteramente su primera afirmación de que el Evangelio sea un libro incomprensible, dice Ibarreta :

"*Abrid nuevamente las Escrituras, y en el Evangelio de San Mateo, capítulo VI, veréis que dice lo siguiente* : "*Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas que aman el orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las calles para ser vistos de los hombres. En verdad os digo que recibirán su recompensa. Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre que está en secreto te recompensará*". *Esta es toda la religión cristiana. Cumplir los mandamientos expresos de Jesús. Esta religión es la nuestra. Entre ella o la Iglesia de Roma, entre Cristo o el Papa, no titubeamos un momento. CRISTIANOS SOMOS.*"

¡ Magnífico ! Casi estaríamos para dar un abrazo al autor del libro : "La Religión al alcance de todos", pues cristianos de Cristo, no del Papa, somos los evangélicos también ; pero nos acordamos haber leído en las páginas precedentes : "*No hay más Dios que las leyes inmutables de la Naturaleza*", y nos preguntamos : ¿ Si Ibarreta consideraba como mandamiento expreso de Cristo el orar a solas en el propio aposento, y él practicaba esta religión, siendo cristiano, ¿ a quién dirigía su oración en secreto ? ¿ A las leyes inmutables de la Naturaleza ? ¿ Qué consuelo da el orar a leyes inmutables, que no pueden oír, ni entender, ni recompensar ?

¿Era Jesús comunista?

Así lo parece y es verdad. Toda su atención estaba cifrada en los pobres y menesterosos. Pero Ibarreta se olvida decirnos qué clase de comunista era ; pues sabido es que los hay de diversas clases, y que hay un comunismo tan opuesto al otro, como la noche y el día.

Jesús era el comunista ideal que venía, no a imponer un sistema social determinado por medio de la violencia, sino a persuadir a los hombres de que debían amarse de tal modo unos a otros, que el comunismo vendría a ser un sistema imprescindible, el resultado póstumo, inevitable, a que la humanidad debería llegar, cuando se cumpliese la voluntad de Dios en la tierra como en los Cielos.

Este comunismo no es la supresión autoritaria de la riqueza o la propiedad privada, por medio de decreto, sino la cesión voluntaria del fruto del trabajo en el servicio del prójimo. ¿ Para qué acaparar riquezas que han de quedar en la tierra ? "Haceos tesoros en los Cielos", dice Cristo, "donde la polilla y el orín no corrompen y donde ladrones no minan ni hurtan". Pero para hacerse tesoros en los Cielos, por la cesión generosa del fruto de nuestras actividades ha de haber la posibilidad de hacerlo. Jesús llama al dinero "las riquezas de maldad", "Mammón", "el dios de este siglo". Pero nos recomienda inmediatamente hacernos amigos en el Reino de los Cielos por medio de las riquezas de maldad. Esto significa, no servir nosotros a

Mammón, sino hacer a Mammón servir a nosotros, en nuestros esfuerzos para practicar el bien. Jesús era enemigo, no del dinero, sino de la acumulación insensata del dinero.

¿Que no ha sido practicado esta clase de comunismo por los que se han llamado cristianos? ¿Que lo han practicado totalmente al revés? También es cierto. Pero esto ha sucedido más bien en los hipócritas, en los falsos cristianos. La realidad preciosa experimentada al lado de toda esta falsedad, es que los cristianos de veras, cuanto más cerca han estado de Cristo, del Cristo invisible, del verdadero, han sido tanto más altruistas, hasta un punto superior al mismo comunismo. La Iglesia Católica tiene algunos ejemplares de estos hombres que han sido más cristianos que católicos, como un San Francisco de Asís, un San Vicente de Paúl, Raimundo Lulio, etc., y en otros sectores del Cristianismo, un Wilberforce, un Livingstone, un León Tolstoy, y una Florencia Nittingale, ¿no han sido verdaderos comunistas por amor?

CAPITULO XII

EL CIELO SEGÚN LA IGLESIA

LA ASTRONOMÍA DE LA BIBLIA. — ¿A QUIÉN ADORABA GALILEO?—IBARRETA CREYENDO E INCRÉDULO ALTERNATIVAMENTE.

Las objeciones de la primera sección de este capítulo quedan contestadas en las páginas de la 12 a la 35 de este mismo libro. Y como no somos amigos de repeticiones fatigosas, al estilo de Ibarreta, remitimos al lector a las mismas.

Llegando a la historia de Galileo, nos parece un tantico exagerada, pues es cosa notoria que este sabio no poseía telescopios que le permitiesen ver a Venus con sus nubes y montañas; se han necesitado siglos para construir instrumentos de tal potencia. Lo consideramos una hipérbole retórica, y seguimos adelante, advirtiendo sin embargo al lector que cual ésta son no pocas las exageraciones que se permite el autor que refutamos.

Y llegamos a otro párrafo magnífico, que sólo tiene el defecto de hallarse en flagrante contradicción con todo el resto del libro. Veamos:

"*Galileo era católico romano, pero Galileo se olvidó de todos los padrenuestros y avemarías, de todos los credos y todas las salves, de todos los rezos compuestos por los hombres, de todas las pa-*

labras humanas, porque a Dios no se le adora con palabras. Galileo adoró no al Dios humano, no al Dios raquítico de las Escrituras, sino al Dios Omnipotente, y sus oraciones fueron lágrimas de agradecimiento que rodaban por sus mejillas, porque el Dios Verdadero le había dejado penetrar en su único Templo, el Infinito Universo. Desde entonces, siempre que quería rezar, corría a su anteojo, y allí en medio del silencio y oscuridad de la noche, abismado todo su ser en la contemplación de la inmensidad, su alma sentía vibraciones divinas, bajo la influencia de Dios Todopoderoso."

Estamos enteramente de acuerdo con el sentido de este pasaje. Tampoco nosotros queremos adorar a un Dios humano, sino al Todopoderoso, que tiene como Templo el Universo. Pero repetimos: Si no hay otro Dios "*que las leyes inmutables de la Naturaleza*", ¿qué Dios era éste que *dejó* penetrar a Galileo en los misterios de su Templo Infinito? ¿A quién oraba el sabio italiano y ante quién derramaba lágrimas de agradecimiento?

"*La fábula de que Jesucristo fuese el Dios de esta Creación sin límites quedaba destruída*", dice más adelante Ibarreta. Sin embargo, millones de hombres, entre los cuales se cuentan no pocos profesores de Universidades, continuamos todavía creyéndola. No atribuyendo esta creación al Jesús Hombre, a Jesús hijo de María, sino al Espíritu Divino, alma y Vida del Universo, que se manifestó de un modo especial en la persona de Jesús de Nazaret.

¿Se equivocó Jesucristo?

"*Además, si Jesús hubiese sido Dios, habría sabido que las Sagradas Escrituras dicen mil desatinos al hablar del Universo, y no nos habría dicho que las estrellas se podían caer en la tierra, ni que se oscurecerían porque este pequeño planeta que habitamos fuese destruído.*"

No vamos a insistir otra vez sobre las afirmaciones científicas de la Biblia, porque ya hemos demostrado en otro capítulo, que si bien en la Biblia se emplean algunas expresiones figuradas, como las que nosotros mismos empleamos al hablar del sol, que sale, y que se pone, etc., hay en ella afirmaciones científicas que sobrepasan en mucho a la Ciencia de su tiempo, y nos revelan la realidad de su inspiración.

Porque Jesús era Dios, pudo saber, como sabía, que es muy posible el fenómeno que todos conocemos con el nombre de caída de estrellas, o sea que fragmentos de estrellas de gran tamaño han caído y caerán todavía en diversas partes del mundo. Y que en ocasiones estos fenómenos han revestido tal magnitud que han sido llamados lluvias de estrellas, llegando a producir graves daños y un terror general.

Un fenómeno de esta naturaleza puede ocurrir universalmente en el tiempo que Cristo predice, y si ello ocurriese de una manera general, este mismo fenómeno, además de los otros que se mencionan en el pasaje profético, produciría una general perturbación atmosférica que nos ocultaría los fulgores del sol y de las estrellas, quedando la tierra sumida, aún en pleno día, en una semi-oscuridad, como sucedió no hace muchos años en los Estados Unidos

y en el Canadá con motivo de una lluvia de estrellas.

En este sentido puede muy bien comprenderse la expresión: "El sol se oscurecerá y la luna no dará su lumbre", ¿es que se apaga el sol, por ventura, cuando se oscurece por motivo de un eclipse?

El día largo de Josué

También podía saber Jesucristo que Dios tenía más de dos y de cuatro maneras para producir un día largo en tiempos de Josué sin necesidad de desquiciar nuestro sistema planetario, pues según el texto bíblico, no se dice que el sol y la luna pararon en absoluto su movimiento, sino "que se retardaron y no se apresuraron a ponerse casi un día entero". Es el mismo hecho que ocurre varios días del año cerca del Polo Norte.

¿Cómo se realizó este hecho de modo que pudiese ser notado en la región de Palestina? Hay muchas maneras fáciles para Dios, aunque imposibles para nosotros. Según ciertos profesores, podía darse esta apariencia por medio de una ilusión óptica, como los fenómenos de espejismo tan frecuentes en el desierto; por una especie de Aurora Boreal; o de un modo más real y efectivo, por medio de un ligero bajamiento del Polo. Muchos son de esta última opinión, porque parece que el fenómeno no quedó limitado a Palestina. El historiador griego Herodoto nos dice que en su viaje a Egipto los sacerdotes le enseñaron el relato de un día prolongado, que según sus libros había ocurrido algunos centenares de años atrás. Los escritos chinos afirman también que hubo un día así, casi de doble duración, en el reinado del emperador Yeo, que se cree fué contemporáneo de Josué. Los aztecas mejicanos también conservaban en sus crónicas el recuerdo de un día muy largo, y ellos nos dan con más exactitud el mismo año en que ocurrió, que ha venido a corresponder, más o menos por el tiempo en que Josué debía estar empeñado en su guerra con los cananeos.

Por inexplicable que sea el caso, resulta pues este milagro, confirmado por todos estos testimonios, en lugar de un motivo de incredulidad o de burla, una confirmación valiosísima del valor e inspiración de las Escrituras Sagradas de los judíos, tan consideradas aún hoy día por todo el mundo cristiano.

¿Hay Dios o no lo hay?

Ya hemos visto cuán soberanamente ridículo es el modo en que el autor se contradice invocando a un Dios Infinito, consciente y creador, después de haberlo negado. Al final de este capítulo otra vez Ibarreta, el demoledor Ibarreta, el que viene de afirmar que "*no hay más Dios que las leyes inmutables de la Naturaleza*". "*Que Dios no piensa*" y otras necedades por el estilo, vuelve la medalla y empieza a soltar frases que parecen escritas por el más fervoroso creyente. Veamos dos pequeñas muestras:

"*Dios Omnipotente no se puso en discusiones ridículas con nosotros para convencernos de si era o no era Dios. Dios tomó dos pequeños cristales y los puso ante nuestros ojos y en aquel mismo instante cayeron desplomados para siempre los cielos*

y los dioses de todas las religiones humanas..."

En otro párrafo un poco más adelante, dice:

"*Allí como aquí el espacio sin fin se extiende en todas direcciones, lleno de este polvo cuyos átomos son soles y mundos en donde habitan otros seres de los que no podemos formarnos idea, pero que sin duda tienen como nosotros, alma para adorar a Dios, admirando sus obras.*"

¡Muy bien! Por fin tenemos a Ibarreta creyendo en Dios y en el alma. ¡Honor a la Ciencia, servidora de este Dios Omnipotente que ha venido a revelarnos tantos secretos de sus obras maravillosas, y por ende a confirmar nuestra fe. Pero, ¿es que puede adorarse a un ser que "*no tiene voluntad, no se determina ni piensa, ni quiere nada*?" ¿Cómo dice en otra parte Ibarreta, respecto a Dios? ¿Cómo podemos admirar las obras de quien no tiene una parte voluntaria en las mismas? ¿Hacia quién han de dirigirse nuestros sentimientos de agradecida admiración y adoración? ¿Es posible que estos pobladores de otros mundos de los cuales nos habla Ibarreta adoren a un Ser inconsciente?

Reflexionad lectores a quienes una superficial lectura de Ibarreta, há quizá desarraigado los últimos vestigios de fe que quedaba en nuestras almas, si no es hora ya de volver sobre nuestros pasos, y no dejarse ilusionar tan fácilmente por cuatro bravatas de un escritor que no sabía él mismo si creía o no en Dios.

CAPITULO XIII

EL DIOS VERDADERO Y EL FALSO

El concepto de Dios Omnipotente es el de la Biblia. — El Espíritu Infinito no está privado de manifestarse de un modo corporal en este y en diez mil mundos a la vez.—Lenguaje figurado de las Escrituras. — La torre de Babel.

O Ibarreta era muy ignorante de las Sagradas Escrituras, hasta el punto de no haber leído jamás sus más importantes pasajes, o era, como confiesa él mismo en el prólogo, un hombre sin escrúpulos, que no tenía ningún reparo en mentir, cuando por este medio le parecía que defendía mejor su punto de vista, pues hablando del Dios de la Biblia, dice:

"*Una de dos, señores doctores de la Iglesia, o reconocéis que no hay más Dios verdadero que el nuestro, o que lo es el de vuestras Escrituras. Si el vuestro es el verdadero, no engañéis a las gentes pintándoles a nuestro Dios como si fuese el suyo, y si reconocéis que el nuestro es el único, entonces vuestras Escrituras son falsas y vosotros unos embusteros y unos farsantes; y la prueba más evidente que lo sois, está en que jamás describís el Dios de vuestras Escrituras, porque sabéis que no hay tal Dios, porque en ellas veis que vuestro Dios*

no tiene nada de Omnipotente, ni de Infinito, sino que es un dios tan material y humano como los dioses de otras religiones, y por consiguiente, tan falso."

Para poder escribir así, necesitaba Ibarreta, no haber leído nunca la Biblia de un cabo a otro, pues de haberlo hecho habría encontrado muchos pasajes, en los que se describe a Dios con palabras tan adecuadas como éstas:

"*¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el abismo hiciere mi estrado he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en los extremos de la mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra. Si dijere: ciertamente, las tinieblas me encubrirán, aún la noche resplandecerá tocante a mí, aun las tinieblas no encubren de ti y la noche resplandece como el día. Lo mismo te son las tinieblas que la luz.*" Salmo 139; 7-12.

"*Aquel, pues, que vosotros honráis sin conocerle, a éste os anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay. Este, como sea Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de manos, ni es honrado con manos de hombres, necesitado de algo, pues El da a todos, vida y respiración y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habitasen sobre toda la faz de la tierra, y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de la habitación de ellos, para que buscasen a Dios, si en alguna manera palpando le hallen. Aunque, cierto no está lejos de cada uno de nosotros, porque en El vivimos, y nos movemos y somos, como también algunos de vuestros poetas dijeron.*" Hechos 17; 23-28.

¿Ante estos pasajes puede Ibarreta atreverse a decirnos que las Escrituras nos presentan un Dios humano? ¿Un Dios material, que no tiene nada de Omnipotente ni de Infinito?

Pero, dirá el lector: ¡Ah!, pero la Biblia nos habla también de "la mano de Dios", el "dedo de Dios", que Dios vió, que Dios descendió, etc. ¿No es esto humanizar a Dios? No; en ninguna manera. En el hermoso pasaje que hemos transcrito, habrá notado el lector la expresión: "Si habitare en los extremos de la mar, aun allí me guiará tu mano y me asistirá tu diestra". Sin embargo, está hablando de un Dios espiritual y Omnipotente, como puede verse leyendo el pasaje. ¿A qué es debido esto?

Es debido al sentido poético del pasaje que materializa lo abstracto, como aun hoy día hacen nuestros mejores poetas. Pero ninguna persona, con un poco de sentido común, después de la lectura de estos y otros textos de la Biblia podrá quedar con la idea de que el escritor hebreo que tan bellamente describió los atributos de Dios, estaba creyendo que el Omnipotente tiene pies o manos materiales para realizar las cosas.

También es cierto que en otros pasajes, Dios se revela por visiones a sus servidores los profetas, o le hallamos alternando como de hombre a hombre en los primeros libros de la Biblia.

Pero aun esto, no altera en manera alguna, el concepto de Dios Espíritu Infinito e Omnipotente que aparece y se mantiene desde el primer versícu-

lo hasta el último de la Biblia, cuando dice en la primera página del sagrado volumen : "Y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas". Génesis 1 ; 2, pues creemos que a este Espíritu creador y ordenador del Universo no ha de serle imposible revelarse en cualquier forma que él desee a los habitantes de este planeta, como a los de Júpiter, si ellos necesitaran una revelación, o a ambos, y en diez mil mundos a la vez.

La torre de Babel

El caso de Babel, no es diferente de los demás, y sólo sirve para probar la necedad de quien se atreve a hacer suposiciones y objeciones tan absurdas. Una vez más tenemos que repetir que la Biblia "*no dice*" que Dios tuviese miedo de un ataque de los hombres. Si Ibarreta hubiese sido un poco más lógico habría comprendido que no podía hacer semejante suposición. ¿Cómo podía caer en semejante tontería el autor hebreo que viene de describirnos la creación del mundo por la sola voluntad de este Ser Todopoderoso?

Lo único que se destaca en aquel relato es la testarudez de aquellos hombres que en su ignorancia pretendían hacer una cosa imposible, y para evitar a ellos mismos el perjuicio que aquella obra insensata les ocasionaría, hace que se vieran obligados a esparcirse antes de que el hambre les acosara, por medio de la confusión de lenguas. Fué una obra de misericordia, más que de juicio, lo que Dios hizo con ellos.

Lenguaje de la Biblia

Por otra parte, debemos hacer constar que no podemos ser muy exigentes con el lenguaje del Antiguo Testamento, si tenemos en cuenta lo primitivo de aquellos escritos. Cabe tener presente que mientras nosotros contamos con 11,000 palabras para expresar nuestras ideas, los escritores hebreos contaban con unas 400 y probablemente Moisés contaría con muchas menos. De ahí que muchas ideas abstractas tuviesen que ser expresadas por medio de figuras. Así la palabra "cuerno" significaba "fuerza", porque aquellos hombres primitivos habían notado que por ellos la ejercían ciertos animales. La palabra carne se emplea para significar "persona". Como cuando leemos en Génesis 6 ; "toda carne había corrompido su camino", para significar que todos los hombres se portaban mal. Teniendo esto en mente, el lector inteligente de la Biblia no se extraña de ciertas expresiones chocantes para nosotros, y en lugar de despreciar el libro por este motivo, da gracias a Dios de que poseamos un relato auténtico de los sucesos acaecidos en la infancia de la Humanidad, libre de las fantasías con que nos los presentan y explican otras fuentes dignas de menos crédito.

Por fortuna, los originales de las Sagradas Escrituras que más nos interesan, o sea el Nuevo Testamento, los tenemos en la riquísima lengua de Homero, y por ello podemos conocer con mucha mayor precisión el pensamiento exacto de los testigos que nos transmitieron la doctrina de nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO XIV

DIOS Y EL ALMA

NECEDAD DE JUZGAR LO QUE NO SE CONOCE. — EL CIEGO Y LOS COLORES. — POR QUÉ SE SUICIDÓ IBARRETA. — INMUTABILIDAD DE DIOS. — LAS DEFINICIONES DE LA METAFÍSICA SON MERAS HIPÓTESIS. — NO SE PUEDE COMBATIR EL HECHO ARGUYENDO SOBRE ESPECULACIONES METAFÍSICAS. — LAS GRANDES REGLAS MORALES DE LA "RELIGIÓN" DE IBARRETA HAN SIDO SACADAS TODAS DE LA BIBLIA.

Estamos de acuerdo con Ibarreta acerca de la ilustración de las flores de trapo que dan hedor en lugar de olor. Es solamente el Dios de la Naturaleza quien embalsama nuestro espíritu cuando a El elevamos nuestra alma.

Pero se necesita ser miope para n odarse cuenta de que Ibarreta está juzgando lo que no conoce, como el ciego que se empeñase en hacer consideraciones acerca de la luz y de los colores.

Ibarreta nunca fué un cristiano de veras, de ahí que nunca pudo él sentir una emoción espiritual en la religión cristiana. No sabía él nada del contacto del alma con Dios por medio de Jesucristo; nunca la lectura de la Biblia hecha con devoción le había llevado a las regiones del espíritu, donde el alma experimenta goces que no se pueden describir con

palabras, y esto aun en medio de circunstancias tan adversas a la felicidad como son una cruel enfermedad, la cárcel, la pobreza o el destierro.

Es seguro que si Ibarreta hubiese conocido este secreto espiritual, si hubiese estado en positivo contacto espiritual con el Dios de la Naturaleza, a quien pretendía adorar, nunca hubiese llegado a aquel momento de desespero que le hizo empuñar la pistola homicida para poner fin a sus días, pues nosotros tenemos experiencia de muchísimas personas que se han librado de un fin semejante, por un sencillo contacto, no con las flores de trapo, pero sí con el Dios Infinito por medio de la religión.

Si no fuera por no cansar al lector, podríamos llenar docenas de páginas refiriendo casos de personas enteramente desesperadas y al borde del suicidio, a quienes la verdadera conversión a Dios no solamente ha rescatado de la muerte, sino que les ha transformado en seres felices y dichosos, infinitamente más de lo que lo habían sido en sus mejores años, antes de pasar por la citada experiencia de desespero y conversión al Evangelio.

Sin embargo, la privilegiada inteligencia de Ibarreta no acertó a encontrar una salida en la negra noche del desespero.

Rehusó acudir a Dios como un pecador arrepentido, porque él tenía un concepto *más alto y más claro*, según él, del Dios de la Naturaleza que los infelices cristianos. Pero todo aquel abrir las ventanas de la inteligencia no pudo hacer penetrar en su alma el perfumado aroma de Dios. El Dios de la Naturaleza no le ayudó ni respondió. Sencillamente, porque el Dios de la Naturaleza es el de

la Biblia. Y aquel otro Dios a quien pretendía adorar Ibarreta, aquel Dios, *que no quiere ni piensa, ni tiene voluntad,* nunca ha calmado los espíritus de los hombres en los momentos de dolor.

Cuán diferente si en aquella fatal noche, desde los jardines de Montecarlo, Ibarreta hubiese elevado su corazón al Padre que está en los Cielos, y le hubiese pedido el perdón de sus pecados, de las solemnes blasfemias, insensateces y sobre todo de la flagrante mala fe, que aparece en la mayor parte de los argumentos del desgraciado libro que venimos combatiendo. Si con sinceridad lo hubiese hecho, es seguro que el infeliz Ibarreta hubiera sentido su alma invadida por los consuelos inefables del que nos ha hecho en su Palabra, seguras y preciosísimas promesas y nunca más hubiese pensado en poner fin a sus días, sino en hacer su vida útil en las manos de Dios para el bien de sus semejantes.

Inmutibilidad de Dios

Luego nos encontramos a Ibarreta haciendo de teólogo, metido a discutir las definiciones y aseveraciones de la metafísica, acerca de la inmutabilidad de Dios, y en esto sí que se muestra flojito. Veamos:

"*No existiendo el tiempo para Dios, si Dios tuviese algún deseo, no lo tendría hoy ni mañana, o, lo que es lo mismo, no empezaría a desear como sucede a los hombres, sino que lo que desease hoy lo habría deseado eternamente. Esto se explica diciendo que Dios es inmutable, es decir, que no puede cambiar*". Y más abajo, añade: "*Claro está,*

que siendo Dios inmutable no puede haber cambiado de opinión creando el Universo."

Este es precisamente el argumento capital de Faure en el librito "Las doce pruebas de la inexistencia de Dios". Y por cierto que no existe un argumento más débil. ¿Cómo demostrarán estos señores que Dios no puede empezar a desear, o que Dios no puede determinarse a hacer algo?

La respuesta de la Teología a las objeciones de Faure y de Ibarreta, en este capítulo, es que: "Dios ha querido desde el principio crear el Universo, en un tiempo determinado por El también desde toda la Eternidad".

Pero a nosotros nos parece muy pueril tanto la objeción como la respuesta.

A este propósito recordamos las palabras de la Sagrada Escritura:

"*Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.*" Isaías 55; 8 y 9.

Y al ver como los hombres desde acá abajo intentan entender y señalar maneras a las posibilidades del Ser Infinito, nos parece ver a un grupo de insectos razonando sobre los motivos y causas que determinan las grandes empresas del humano espíritu.

Para nosotros el hecho innegable es que Dios existe; que un Poder Inteligente ha obrado y obra en la Naturaleza. Lo demás de los atributos divinos no importa tanto saberlo, con tal que tengamos la

certeza de su existencia y podamos confiar en sus promesas. Por esto las equivocaciones en que hayan incurrido los teólogos al hablar de El o tratar de definirle, no nos inquietan ni interesan. ¿Por ventura no se equivocan también infinidad de veces los maestros de la Ciencia? y no por esto deja de ser la Ciencia una realidad que va abriéndose paso en la experiencia humana.

Comparaciones absurdas

Pero nunca a los teólogos se les ha ocurrido un absurdo como el de comparar a Dios con el movimiento de nuestro brazo y decir que: "Así como el movimiento no puede existir sin el brazo, Dios no puede existir sin el Universo". Porque un Dios así no sería nada. Sería menos que aquellas fuerzas inconscientes que conocemos con el nombre de calor, luz o electricidad, pues estas cosas son algo por sí mismas y este Dios imaginado por Ibarreta no podría ni siquiera llegar a decirse qué es.

Sin embargo, unas líneas más abajo Ibarreta, copiando sin darse cuenta a los teólogos religiosos, se le ocurre decir que "*Dios es una cosa inmaculada*". A nosotros nos parece que de un Dios "*que no tiene voluntad, ni quiere, ni piensa*", no puede decirse que es inmaculado, ni que no lo es, como no podría decir que mi mesa de escribir es santa o pecadora. No puede ser ni lo uno ni lo otro.

Creemos que a Ibarreta, como a no pocos autores materialistas, les sucede que no entienden ellos mismos sus propias opiniones, ¿cómo van a entenderlas los demás? Por esto sus obras sirven solamente para destruir, nunca para edificar. Y

siempre destruir es más fácil que edificar algo de sentido y de provecho.

También nosotros creemos que pretender ofender a Dios, es tan necio como tirar piedras al sol. Ningún mal podemos hacerle. Pero también sabemos que a las personas que nos aman con sinceridad y desinteresadamente, podemos herirles en su corazón sin ningún arma material; basta para ello el desamor y la ingratitud. Y así es también con el que tantas pruebas nos ha dado de su benevolencia al rodearnos de beneficios que no podemos atribuir a nosotros mismos. El Creador y conservador del Universo se merece algo más que desamor e indiferencia de parte de sus criaturas inteligentes.

Además, al no obedecer los mandamientos de la ley de Dios, hacemos casi siempre daño a nuestros semejantes, por esto es bien justo que así como tirando piedras al sol, lo más probable es que alguna caiga sobre nosotros haciéndonos sentir nuestra torpeza, el ofender a Dios ha de traernos, tarde o temprano, desastrosas consecuencias.

La moral de Ibarreta copiada de la Biblia

A continuación nos ofrece Ibarreta un código de moral diciéndonos que nos conviene cumplir aquellas reglas, porque es su estricto cumplimiento "*la única manera de adorar a Dios*", y esto no una vez a la semana, sino continuamente; y en ello sí que estamos conformes; así desea ser Dios adorado, y no con ceremonias vanas.

Pero nos hallamos ante un hecho muy curioso; y es que, a pesar de toda su gritería contra la Biblia, y la religión de la Biblia, Ibarreta no ha po-

dido encontrar nada mejor para adorar a ese Dios suyo "sin inteligencia, ni voluntad, ni deseos", que los preceptos morales de la Biblia, como a continuación vamos a probar. El pobre Ibarreta no nos da en este buen momento de su obra ni un sólo consejo, ni una sola regla nueva, que no se halle ya consignada en las Sagradas Escrituras. Veamos:

Dice Ibarreta:	Dice la Biblia:
Buena obra es en toda persona contribuir en lo que buenamente pueda a mantener al pobre... *Y negarse a sostener al vago de profesión.*	El que hurtaba, no hurte más, antes trabaje obrando con sus manos lo que es bueno para que tenga de qué dar al que padeciere necesidad. Efesios 4; 28. Y el que no quiera trabajar tampoco coma. 2.ª Tesalonicenses 3; 10.
Buena obra es no vender por diez reales lo que acabais de comprar por nueve, y dar el peso y medida verdaderas.	Peso y balanzas justas son de Jehová. Proverbios 16; 11. Peso falso es abominación a Jehová, más el peso cabal le agrada.
Buena obra es en el jornalero trabajar las horas que le corresponden y no vagar una parte de ellas.	No sirviendo ante el ojo como los que agradan a los hombres sino como siervos de Cristo, trabajando con buena voluntad, como para el Señor y no para los hombres. Efesios 6; 6-7.
Buena obra es tratar bien a todos los que están bajo vuestras órdenes haciéndoles ver la razón porque les reprendéis.	Y vosotros amos, haced a ellos lo mismo, dejadas las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que no hay acepción de personas con El. Ef. 6; 9.

Buena obra es no murmurar haciendo ver las faltas de los demás.	Sufriéndoos los unos a los otros y perdonándoos los unos a los otros, si alguno tuviere queja del otro. Colosenses 3; 13. No andarás chismeando en tus pueblos. Levítico 19; 16.
Buena obra es respetar las opiniones de los demás y desengañarles con razones cuando veis que está equivocado.	Y viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan le dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que venga fuego del cielo y los consuma? Entonces volviéndose El les reprendió diciendo: Vosotros no sabeis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres sino para salvarlas. (De haber tenido en cuenta estos preceptos de Cristo no hubiera existido la Inquisición). Lucas 9; 54. Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen. Mateo 5; 43.
Buena obra es en los padres no querer que un cerebro de 20 años piense como uno de 50.	Y vosotros padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos. Efesios 6; 4.
Buena obra es reconciliaros con aquel a quien ofendisteis.	No se ponga el sol sobre vuestro enojo. Efesios 4; 26 Si trajeres tu presente al altar y allí te acordares que tienes algo contra tu hermano, vuelve primero en amistad con tu hermano y entonces ven y ofrece tu presente. Mateo 5; 24.

Buena obra es no maltratar a vuestros semejantes, pero tampoco a los animales.

El justo atiende a la vida de su bestia; más las entrañas del impío son crueles. Proverbios 12; 10.

Buena obra es no decir juramentos bárbaros.

Ninguna palabra torpe salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación, que dé gracia a los oyentes. Efesios 4; 29.

Buena obra es reconocer en otros sus buenas cualidades y mostrarles agradecimiento.

Nada hagáis por contienda o por vanagloria, antes bien en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros. No mirando cada uno su propio bien, sino también a lo de los otros. Filipenses 3; 3-4.

Buena obra es no ser demasiado severo con las faltas de vuestros prójimos, porque vosotros no sabéis si colocados en igual situación habríais hecho lo mismo o peor.

Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta vosotros que sois espirituales restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre, considerándote a tí mismo, porque tú no seas también tentado. Galatas 6; 1.

Buena obra es, en la casada, no sólo ser fiel guardadora del honor que su esposo le confió, sino también ser madre cuidadosa de sus hijos y ordenada ama de casa.

Que enseñen a las mujeres jóvenes a ser prudentes, a que amen a sus maridos, a que amen a sus hijos, a ser templadas, castas, que tengan buen cuidado de la casa, buenas, sujetas a sus maridos, porque la Palabra de Dios no sea blasfemada. Tito 2; 4-5

Buena obra, y muy grande es el ser limpio.

Véase Levitico 13 y Deuteronomio 23; 9; 14.

Del mismo modo es buena obra el ser cortés, porque la falta de educación embrutece al hombre y toda embrutecimiento lo aleja de Dios. (Pero nosotros decimos: ¿Quién será este Dios de quien el embrutecimiento moral nos aleja, no será por cierto un Dios inconsciente, un Dios materia o fuerza, sino un Ser inteligente que pueda apreciar nuestras obras de bondad? A cada paso las mismas contradicciones).—N. D. A.

"...Servios por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en aquesta sola palabra se cumple: Amarás a tú prójimo como a tí mismo. No seamos codiciosos de vana gloria irritando los unos a los otros, envidiándose los unos a los otros. Galatas 5; 14 y 26.

Buena obra es no mentir contra nuestro prójimo causándole así un perjuicio.

No mintais los unos a los otros habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos. Colosenses 3; 9.

Buena obra es, en fin, todo, absolutamente todo aquello con lo que no hagamos daño alguno a nada ni a nadie.

Así que todas las cosas que quisiéreis que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos. Porque esta es la ley y los profetas. Mateo 7; 12.

Queda pues demostrado que toda la moral de Ibarreta ha sido sacada del Evangelio. Las filosofías más avanzadas de la humanidad no pueden darnos nada nuevo ; nada que no haya sido previsto y ordenado en este viejo libro que millares de hombres llaman con no poca razón : Palabra inspirada de Dios.

CAPITULO XV

DIOS Y EL ALMA

La existencia del alma en el Antiguo y Nuevo Testamento. — No era ignorada tampoco por los cristianos de los primeros siglos.—¿Puede la materia tener sentimientos morales? — Personalidad del alma. — El misterio de la conciencia. — El secreto de la memoria. — Pruebas lógicas de la inmortalidad del alma.

Ibarreta mismo nos facilita la discusión de este asunto, aunque es el problema más hondo que ha preocupado a la Humanidad, porque no lo trata con la seriedad con que un escritor que se estimara en algo lo trataría. Cualquier jovenzuelo imberbe, al hacer sus primeros ensayos literarios, si no puede hacer gala de una erudición profunda, procura por lo menos que sus afirmaciones se hallen fundadas sobre algo sólido. Para esto, cuando cita de otro, procurará tener a la vista el texto que transcribe, o si hace una afirmación acerca de un personaje, tratará de obtener del mismo toda la información fidedigna posible; a fin de evitar que alguien pueda salir a demostrarle que le falta sentarse un poco más en las aulas, antes de pretender ser maestro de los demás.

Pero Ibarreta, como si contase en que jamás su

libro iría a parar a manos de alguna persona que conociese las cosas, hace las más desatinadas afirmaciones sin molestarse en dar una sola prueba de lo que dice. Seguramente confiaba con que los lectores de las aldeas lo creerían por el sólo hecho de verlo escrito en un libro, sin preocuparse de hacer más preguntas.

No de otra manera se explica el que no consultase un poco más la Biblia antes de escribir una atrocidad como la siguiente:

"*Los escritores de la Biblia, tanto Moisés como los profetas, como los evangelistas, ignoraban por completo la existencia del alma como una cosa o un ser personal. Para ellos, así como para el mismo Jesucristo, el alma no era más que "la vida", y como la vida no puede conservar la conciencia de sí misma después de la muerte del individuo, de aquí que fuese del todo punto indispensable la resurrección del cuerpo para entrar en la vida eterna.*"

Pero nosotros podemos demostrar enteramente lo contrario y bastará para ello que el lector tome una Biblia cualquiera y vaya consultando los textos que citamos a continuación:

1.° En Deuteronomio 18, Moisés prohibe la práctica de preguntar a los muertos. ¿No es esto una prueba de que él creía en la existencia del alma después de la muerte?

2.° En 1.ª Samuel 26, hallamos que el rey Saúl consultó el espíritu del profeta Samuel por medio de una sonámbula y éste le respondió: "*Jehová entregará a Israel, también contigo, en manos de los Filisteos (con los cuales se hallaba en guerra), y mañana seréis conmigo tú y tus hijos*".

Juzgue ahora el lector si el escritor de este pasaje creía o no en la existencia del alma aparte del cuerpo.

3.° En el salmo 90 leemos: "*Los días de nuestra edad son setenta años, que si en los más robustos son ochenta años, con todo su fortaleza es molestia y trabajo, porque es cortado presto y volamos*". Y de la misma opinión es el rey Salomón, cuando dice, en Eclesiastes 12; 7: "... *Y el polvo se torne a la tierra, y el espíritu vuelva a Dios que lo dió*".

En cuanto a los evangelistas, casi no vale la pena poner citas, porque por cualquier página que se abran los evangelios se encuentran referencias al alma como un ser existente aparte del cuerpo, y responsable de los actos que por el cuerpo ejecuta.

Vamos solamente a citar las palabras de Cristo: "*No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed antes a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el Infierno*". Mateo 10; 28. Y aquellas otras no menos significativas: "Dios no es Dios de muertos, más de vivos, porque todos viven a El". Lucas 20; 38.

Que Ibarreta diga que no cree una palabra de todo lo que está escrito en la Biblia respecto al Cielo y el alma, es una cosa; pero que pretenda apoyarse en la Biblia para hacer afirmaciones tan gratuitas y estúpidas como que: "*ni los profetas, ni Jesucristo, ni los apóstoles creyeron en la existencia del alma aparte del cuerpo*", es abusar de la buena fe de los lectores, y de ello hay que protestar, no ya por ningún motivo religioso, sino en nombre de la verdad y del sentido común.

Tampoco es cierto que hasta el año 400 de la Era Cristiana los cristianos no creían en la existencia del alma, y que esta creencia provenga de las religiones paganas.

Tenemos abundantes documentos de aquellos siglos para poder desmentir absolutamente semejante afirmación.

El apóstol San Pablo en una carta que escribe en el año 60 de nuestra era, dice: "*Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia. Teniendo deseos de ser desatado y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor*". Filipenses 1; 21-23. En el Apocalipsis, escrito alrededor del año 100, leemos:

"*Y cuando él abrió el quinto sello vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por la Palabra de Dios y por el testimonio que ellos tenían y clamaban en alta voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?*" Apoc. 6; 10.

Y pasando del Nuevo Testamento a los escritos no canónicos de los cuatro primeros siglos, podemos citar las Actas del martirio de Justino en las que se nos cuenta que el Prefecto dijo a los cristianos que le eran presentados para ser juzgados: "¿Suponéis que si fuereis azotados y vuestras cabezas cortadas, subiríais al cielo para ser recompensados?"

Justino le contestó: *No lo supongo, lo sé; y estoy plenamente convencido de ello.*

Tertuliano, escritor del siglo II, dice en un sermón hablando de la sencillez del vestido: "Las esmeraldas y perlas que cubren el cuerpo podrían

ser reemplazadas por la cuchilla del verdugo... Se preparan ya los vestidos de los mártires y *los ángeles nos esperan para llevárselos*. Disponeos para ir a su encuentro llevando los adornos de los profetas y de los apóstoles. Que vuestro más delicado tinte sea la sencillez; que la rosa de vuestras mejillas sea la modestia y que la gracia de vuestros labios sea el silencio".

No multiplicaremos las citas por no hacer la obra interminable. Evidentemente Ibarreta ni había leído bien la Biblia ni conocía los más destacados documentos de la Iglesia Primitiva.

El hecho de que los primitivos cristianos enterrasen con tanto cuidado a sus muertos, no significa que ignorasen el hecho de que el alma puede vivir una vida consciente aparte del cuerpo, como claramente lo demuestran en sus escritos. Pero ellos estaban esperando de un día a otro la Venida de Jesucristo y el establecimiento del Reino de Dios "*en la tierra*". Ellos sabían, como sabemos nosotros, que los espíritus no son aptos para vivir en este mundo físico, sino en un medio espiritual, y por esto confiaban como nosotros en la promesa de la Resurrección, para que los espíritus de los "muertos en El Señor" pudiesen volver a habitar *en esta tierra*.

El alma no es el cerebro

De que el alma puede pensar y discurrir aparte de los sentidos, no deja de haber ciertos indicios sin necesidad de acudir al terreno de la fe. Para ello no acudiremos al testimonio de los múltiples experimentos de orden psíquico que están llevándose a

cabo en las altas esferas de la Ciencia, y de cuyos fenómenos sabemos hoy mucho más que cuando Ibarreta escribió su libro; sino que apelaremos a la experiencia personal del lector.

En efecto, cuando dormimos y soñamos, ¿no discurrimos con mucha claridad, a pesar de que en aquellos momentos el Yo-Pensante se halla incomunicado con la mayor parte de los centros cerebrales y enteramente aislado de todos los sentidos?

Dirá el lector, que en aquellos momentos el alma no se halla separada del cuerpo. Es verdad. Pero si fuera el cerebro la única causa del pensamiento, y éste se hallara incomunicado entre sus diversos centros, según las últimas enseñanzas de la Ciencia, ¿cómo se producirían los razonamientos a que a veces nos entregamos en nuestros sueños?

El sueño hipnótico, producido por fuerzas hasta el presente desconocidas, durante el cual el sujeto habla de un modo inteligente, y responde a preguntas, sin que después conserve recuerdo de lo que ha dicho, es aún más difícil de explicar, si nos empeñamos en descartar la hipótesis espiritualista para atribuirlo todo al pequeño bulbo medular llamado cerebelo.

Cuando leemos distraidamente, o bien nos hablan estando nosotros absortos en otro asunto, nuestros sentidos transmiten fielmente unas ciertas impresiones al cerebro, pero nuestro ser consciente, no se entera, ni guarda memoria de lo que hemos visto u oído. ¿No parece ser esto una prueba de que hay en nosotros algo más que una función mecánica de nervios y neuronas?

El animal parece estar mucho más atento a las impresiones exteriores. ¿No será porque carece de la facultad de entregarse a meditaciones internas?

La materia no tiene facultades morales

Está ya pasando de moda lo que hace un siglo parecía un axioma en los altos círculos científicos: que el cerebro sea la causa del pensamiento. Resultaba demasiado raro eso de que la materia gris del cerebro, o sea unos pocos gramos de fósforo, hidrógeno, calcio, hierro, etc., sean la causa de todos los fenómenos morales y espirituales que caracterizan a los seres vivos, y de un modo especial al hombre.

Decía un sabio doctor, en una voluminosa obra en la que detallaba los movimientos vibratorios del sistema nervioso, la vasta organización del cerebro, las facultades de las neuronas, etc.:

"Podemos seguir el curso de una palabra desde que aparece por el movimiento de las cuerdas vocales de un individuo. Sabemos cómo se transmite por la vibración del aire al tímpano de quien escucha, cómo llega al nervio auditivo y entra en el cerebro; pero allí la perdemos. Cómo aquel movimiento molecular se transforma en un sentimiento de amor, de odio, de placer, esto es lo que ignoramos, y quizá ignoraremos siempre."

Y tiene razón el sabio. Está al alcance del hombre lo que es material, pero no lo que pertenece al espíritu.

Cuando explicamos una historia conmovedora, el tímpano del oído de quien escucha produce una serie de vibraciones sensorias muy semejantes a

las que produciría una historia alegre. La corriente celulífuga que se produce en los nervios del cerebro no sería de otra naturaleza si la historia fuese alegre, y aun la misma historia o noticia puede producir en un individuo un sentimiento de alegría, y en otro de dolor. ¿Quién es el que se alegra, se irrita, o siente dolor? ¿Son las neuronas, las células, o la materia gris del individuo? No, éstos son meros agentes transmisivos de la noticia que ha venido de afuera y de la reacción que alguien superior ha ordenado desde adentro. Nunca hemos visto que el fósforo, la cal, el hierro o el hidrógeno se irriten o se alegren. La materia en sus múltiples combinaciones no podrá dar nunca lo que ella misma no posee, la voluntad, el pensamiento, la autodeterminación. Estas no son facultades de la materia.

Personalidad del alma

Ibarreta, como todos los materialistas, se da perfecta cuenta de esta dificultad y reconoce que el hombre debe tener un alma espiritual procedente de Dios mismo, pero tan confusa en su definición de Dios como la que da del alma humana. Escuchad:

"*Dios es el alma, o la vida universal que todo lo anima, o si lo preferís, las Leyes de la Naturaleza... nosotros, los seres llamados racionales de ese grano de polvo, así como todo el Universo, estamos animados por la vida Universal o sea Dios, ese destello divino es el que llamamos alma. El alma pues, es de la misma esencia, o para explicarlo mejor, una parte de Dios mismo. Su existencia*

separada del cuerpo es tan incomprensible como la existencia de Dios separado del Universo, porque el alma ni vé ni oye ni gusta, toca o huele, o lo que es lo mismo, no tiene ninguno de los cinco sentidos corporales..."

¿Habéis entendido lo qué es Dios? Igualmente entenderéis lo qué es el alma, según Ibarreta. No es nada. Porque un Dios que es leyes de la Naturaleza, pero no es legislador. No es Dios. Y un alma que es de la misma esencia que las leyes de la Naturaleza... ¡Vamos, que hay para volver loco al más cuerdo! Siempre habíamos entendido que la palabra ley era la designación de un acto, el acto de legislar, pero ahora nos sale Ibarreta con que las Leyes de la Naturaleza tienen esencia y "nuestra alma es de la misma esencia".

Nosotros también creemos que nuestra alma es un destello de la Divinidad, de ahí su inmenso valor; pero considerando a Dios un Espíritu Infinito, consciente y libre, no podemos confundirle con nuestra propia alma, que aunque limitada, es asimismo consciente de su libertad e independencia.

Además, si nuestra alma y Dios fuesen una misma cosa en el sentido panteísta que apunta Ibarreta, resultaría que el esposo que maltrata a su esposa, o el asesino que se levanta contra su víctima no son otra cosa que Dios levantándose contra Dios.

Si el lector protesta de este absurdo diciendo que Ibarreta ya nos dice que el alma no es un agente voluntario, que no le es permitido tener "*memoria, inteligencia ni voluntad aparte del cerebro*", respondemos: ¿Para qué no servirá, pues, esta alma insensible? Digamos que no hay en nos-

otros nada más que materia, y no habremos explicado el gran misterio de la voluntad, pero por lo menos, evitaremos decir más tonterías.

Por otra parte, si todos los hombres fuésemos de la misma "*esencia de Dios*", según afirma Ibarreta, todos deberíamos ser igualmente inteligentes, a menos que la cantidad de esencia divina viniese unida con la materia, con lo cual tendríamos que los hombres altos y fuertes, que pesan muchos kilos, serían los más inteligentes de la humanidad, y los pequeños y endebles tendrían que ser forzosamente los más tontos.

La misma dificultad resulta de creer que es la simple materia, la causa del pensamiento.

Por esto es mucho más razonable creer que el ser inteligente es una personalidad enteramente distinta de la materia, si bien se sirve de ella como de instrumento, y la inteligencia innata del individuo, lo que llamamos don o genio, tiene que ser ayudada por la educación de los instrumentos de que se sirve.

El secreto de la memoria

Siempre me ha parecido un gran misterio comprender cómo puede caber en la materia gris de un cerebro, quizá no de los más grandes, la prodigiosa memoria de ciertos hombres que pueden hablar hasta quince o veinte idiomas, sin que un conocimiento desplace a otro, de los muchos que han adquirido en largos años de paciente estudio. Si todo fuese cuestión material de la sustancia gris del cerebro, ¿no llegaría un momento de saturación com-

pleta en que el cerebro no admitiría más conocimientos?

Existe en Berlín un importante laboratorio en donde se analizan con gran cuidado cerebros humanos; al que según leimos, ha sido transportado para su estudio entre otros el cerebro del estadista Lenin; pero de tan laboriosos estudios no sale ninguna luz respecto a los grandes fenómenos psiquiátricos. El cerebro no se revela como otra cosa que un instrumento. Las pequeñísimas diferencias de peso o forma que se nota entre unos y otros no explica la gran diferencia de poderes intelectuales que se manifiesta entre unos hombres y otros, y pueden explicarse dichas diferencias más bien como resultado de un ejercicio constante, como sucede con todos los otros miembros del cuerpo, que se desarrollan con el uso, que no como la causa de superior inteligencia. Además, que, no son siempre los hombres con grandes cabezas las lumbreras de la Humanidad. Muchos gigantes de cuerpo son verdaderos pigmeos de inteligencia.*

La memoria no reside en el cerebro, aunque justo es reconocer que éste es, en su parte material, el que recibe y transmite las primeras impresiones, y hasta es posible que las conserve por un tiempo limitado.

A propósito de esto, decía el doctor Charles

(*) El eminente histólogo Ramón y Cajal, demostró que las neuronas no se multiplican como otras células del organismo, permaneciendo el mismo número a través de todos los cambios fisiológicos del individuo. Lo que llamamos desarrollo de la inteligencia no es, según el sabio, sino aumento de aptitud de nuestras células nerviosas por razón del entrenamiento a que les sometemos, pero nunca aumento de cantidad. N. del A.

Chevallier, en una conferencia dada en el "Conferencia Club, de Barcelona":

"Alma y cuerpo, "materia y memoria", son, como ya dijo Leibnitz, conceptos equivalentes. La materia no tiene memoria. La memoria es facultad del espíritu, del alma. Por ello al abordar el problema de la memoria, se aborda el problema vital, esencial de nuestro ser; la existencia del alma fuera de la materia, o la posibilidad del más allá.

"Recordamos el caso de un obrero de una fábrica que sufrió un accidente con magullamiento del cerebro y derrame de sustancia gris. De momento perdió toda memoria, hasta el punto de no acordarse del modo de ejecutar los actos más sencillos. Se le enseñó de nuevo a andar, a comer, a hablar, y entonces fué interrogado y demostró que en realidad "no había perdido la memoria de nada", lo que perdió en virtud del accidente fué la facultad de articular, de expresar su recuerdo. Si este recuerdo hubiese estado localizado en determinada zona del cerebro no hubiese quedado en éste sino el vacío... Lo cual demuestra que la memoria no reside en tal o cual zona del cerebro. ¿Dónde reside, pues?" (De *La Vanguardia*).

Por otra parte, nuestra materia, según las más acreditadas enseñanzas de la fisiología, se renueva en un período corto de meses o años, según sea la posición del órgano y su desgaste; pero todas, absolutamente todas nuestras células siguen el proceso de nacer, vivir y morir, dando lugar a nuevos tejidos. Todo viene a ser nuevo dentro de un período tan breve como de seis a ocho años, y esta es otra dificultad para entender cómo se conserva la memo-

ria de las cosas y la identidad del individuo a través de los cambios fisiológicos que se producen desde la infancia a la vejez, si no hay en nosotros otra cosa que materia.

Espiritualismo y psiquiatría

¿Si en el alma reside el secreto de la inteligencia, por qué no se manifiesta ésta de un modo perfecto en el recién nacido y se entorpece al llegar a la vejez? "*El alma no tiene ningún recuerdo del día de su creación*", dice Ibarreta. Y es muy natural. Pretender lo contrario, sería ir contra las leyes y principios del Creador, quien realiza todas las cosas por etapas y de un modo para nosotros muy lento, en el orden natural o físico; ¿no ha de ser lo mismo en el orden espiritual?

El espíritu del niño se desarrolla ciertamente con el cuerpo a causa de las lecciones que recibe. Esta primera parte de la objeción no significa ninguna dificultad para los que no creemos en la doctrina de la reencarnación. Para nosotros el espíritu está latente en el recién nacido y no hay ningún motivo para que manifieste conocimientos que no posee; pero ya hemos demostrado que el alma no se desarrolla en relación con el desarrollo del cuerpo; antes al contrario, hay colosos cuya inteligencia es tan pequeña como son grandes sus fuerzas y tamaño, y viceversa. Lo que no sucedería si formase parte del cuerpo.

También reconocemos que el espíritu está unido de tal manera al cuerpo, que puede entorpecerse o cesar sus funciones según la situación de los instrumentos materiales de que se sirve, en tanto se

halla unido a ellos. Desconocemos demasiado el modo de ser del espíritu y los secretos de unión con el cuerpo, para poder explicar cómo esto sucede, pero los fenómenos bastante bien conocidos hoy de hipnotismo, telepatía, transmisión del pensamiento, etc., puede que algún día revelen algún dato importante acerca del gran secreto, y en tanto nos muestran de un modo evidente que el hombre psíquico es mucho más que lo que se imaginaban los padres del materialismo del siglo XIX.

El espíritu no se envejece

Interrogando a ancianos debilitados y en el trato con anormales, nos hemos convencido de lo que es también una verdad afirmada por hombres de ciencia y es que: ni la fiebre ni la locura, ni la vejez, pueden amortiguar ni destruir el espíritu. Son los órganos de los cuales se sirve los que se entorpecen, y este entorpecimiento impide las funciones regulares del ser pensante. Este ya no puede recibir impresiones tan vivas y exactas cuando los sentidos están deteriorados. Y a veces es enteramente engañado por el desorden que se establece en la gran oficina del espíritu, lo que también podríamos llamar con mucha propiedad central telefónica del cerebro. El espíritu no se envejece, protestan los ancianos. Y es verdad. Tampoco la locura lo es del espíritu, sino del cuerpo. Lo prueban los pobres dementes que gozan de ciertos momentos de lucidez.

Cuando la rueda de un mecanismo se rompe, no decimos que la electricidad o el vapor que la movía han perdido su fuerza, sino que basta reparar la

avería para que la fuerza pueda volver a utilizar el órgano. Esto es exactamente lo que sucede con las funciones del espíritu en su relación con el cuerpo.

El misterio de la Conciencia

Si no existiese en nosotros un alma espiritual, ¿cómo podría explicarse esta voz que está en nuestro interior acusando y reprendiendo nuestros propios actos y pensamientos?

¿Qué es, en qué consiste este yo, que acusa tan severamente a nuestro otro yo, y a veces le hace desistir de lo mismo que se había propuesto con resolución, o nos hace condenar hoy lo que nos habíamos propuesto ayer?

La razón — dice el incrédulo — pero, ¿qué es la razón? ¿Es por ventura algo material? Si lo fuese, ¿cómo podría la materia condenar a la materia? ¿Cómo podría mi razón, material, detenerme y apartarme de aquello que da satisfacción a mi materia, y esto solo por un motivo moral? ¿Cómo podría hacerme sentir lo que es injusto en contra de mi propia voluntad cegada por el placer o la avaricia?

¿Por qué, un acto injusto, aun cuando sea cometido contra el prójimo, me hiere y subleva, si la materia de mi cuerpo no es dañada en lo más mínimo? ¿Por qué mi perro o mi caballo, que tiene también un cerebro muy semejante a mi cerebro, y una cierta medida de inteligencia no es afectado por estos motivos morales, y yo en cambio lo soy?

Hasta que la incredulidad no haya hallado manera satisfactoria de responder a estas y otras interesantes preguntas, no tiene derecho a negar por-

que si, la muy razonable hipótesis de que el hombre tiene, además del cuerpo físico, un ser espiritual.

Inmortalidad del alma

¿Quién nos asegura, empero, que este algo superior a la materia que se muestra en el hombre haya de ser inmortal, como la religión nos asegura?

La respuesta para mí sería que: si en el Universo material nada se pierde, tampoco es probable que se pierda este algo inmaterial, que el mismo Ibarreta reconoce que existe en los seres vivos, aunque es tan poco feliz en definirlo, por temor de dar en alguna explicación demasiado religiosa que cae en las contradicciones y absurdos que hemos hecho evidentes.

Si el cuerpo, por ser materia, tiene que descender a la tierra a formar nuevos organismos; lo que por sus cualidades superiores ha demostrado no ser materia, no va a perderse en la disgregación de aquellos átomos que le han servido de instrumento. La esencia espiritual, base y asiento de la ilimitada memoria que el hombre posee, debe ir a existir en algún lugar donde conserva la noción y la memoria de las cosas por ella efectuadas cuando se hallaba unida al cuerpo físico.

Tememos habernos extendido demasiado sobre este tema; pero lo consideramos de capital importancia. Solo sentimos que los límites de la obra no nos permitan estudiar los nuevos y modernísimos argumentos que nos ofrece el estudio de las cien-

cias psíquicas; sólo pedimos al lector se dirija a sí mismo una mirada introspectiva y se convencerá, excepto que se empeñe en cerrar los ojos para no tener que admitir la necesidad de prepararse para una vida más allá, que él mismo no es, no puede ser un simple puñado de materia; que posee, o mejor dicho, que él es, un ser espiritual.

CAPITULO XVI

LA RESURRECCIÓN Y EL JUICIO

COMENTARIO RIDÍCULO. — OBJECIÓN CONTESTADA HACE 1900 AÑOS. — LA SEMILLA Y EL CUERPO. — PODER DE UN ÁTOMO. — REGLAS QUE PRESIDIRÁN EL JUICIO FINAL, SEGÚN LA BIBLIA. — LOS IGNORANTES DE LA LEY REVELADA SERÁN JUZGADOS POR SU CONCIENCIA.

Amigo de crear dificultades para poder solucionarlas con regocijantes absurdos, Ibarreta coloca al principio de este capítulo, el párrafo que copiamos para diversión del lector que desconoce las inocentadas del famoso libro:

Por otra parte, la resurrección presenta sus dificultades, y si no, veamos: Lo que hoy es un campo, era un cementerio hace quinientos años, o se dió en él alguna batalla en la que perecieron miles de hombres. ¿Y qué punto hay en la tierra donde no se haya combatido? El número de personas que han existido es de incalculables millones de millones; desde luego puede afirmarse que no hay dos varas cuadradas en el mundo en que la tierra no haya absorbido un cuerpo humano.

Suena la trompeta del Juicio final, las almas abandonan el Cielo, el Purgatorio o el Infierno y salen en busca de sus cuerpos, o mejor dicho, de la materia que constituyó sus cuerpos, porque aquél-

llos hará miles de años que han desaparecido, pero entonces, millones de almas se encuentran con que la misma materia que sirvió para formar sus cuerpos ha servido para formar otros, de aquí que las almas empiecen a arrancarse unas a otras la carne y los huesos como perros hambrientos, y que el Padre Eterno se vea en la necesidad de crear una porción de brazos, piernas, etc., a fin de proveer de cuerpos completos a todas las almas."

Este comentario sería muy justo si algún libro inspirado declarase que nuestros cuerpos glorificados han de ser formados única y exclusivamente con la materia que constituyó el antiguo; ciertamente no dejaría de ser esta declaración un grave inconveniente para los mutilados, y para los que víctimas de una enfermedad larga fueron llevados al sepulcro con solo la piel y los huesos. Pero no disparatemos, que no es este el significado de la resurrección.

El árbol y la semilla

El apóstol Pablo hace 1900 años respondía a tan absurda objeción con un epíteto que no quisiéramos tener que aplicar a Rogelio Ibarreta, pero el lector juzgará si le es o no aplicable.

"*Mas dirá alguno. ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?* Necio, *lo que tú siembras, no se vivifica si no muriese antes, y lo que siembras,* no siembras el cuerpo que ha de salir, *sino el grano desnudo, acaso de trigo o de otro grano, mas Dios le da el cuerpo como quiso, y a cada simiente su propio cuerpo. Así también en la*

resurrección de los muertos... etc." 1.ª Corintios 15; 35-40.

El árbol que nace de la débil semilla no tiene que formarse exclusivamente con la mínima porción de materia que la semilla contiene, ni lo necesita. La mayor parte se pudre y queda en la tierra. Un átomo de vida, o en otras palabras más justas, un átomo de materia que encierra el gran misterio, el secreto de la vida, una célula madre, denominada germen, basta para dar origen al corpulento arbusto que se mece en las alturas, y lo maravilloso del caso es que la naturaleza de esta célula microscópica determinará el formato, tamaño y demás características del árbol que va a salir: "*A cada simiente su propio cuerpo*", según frase del apóstol. Lo mismo podemos decir del gran misterio de la generación animal y de nuestra propia vida.

Por este principio que experimentamos en todos los órdenes de la Naturaleza, queda perfectamente explicado, y claro, el secreto de la resurrección. Un solo átomo de nuestro antiguo cuerpo puede bastar al Creador para formar una nueva estructura gloriosa, el cuerpo glorificado, el cual conservará probablemente características de la antigua estructura, que servirán para reconocernos en medio de la gloria y superior belleza de esta nueva creación.

Cómo se hará el Juicio

Seguidamente pasa Ibarreta a pintar un cuadro tétrico del Juicio final, diciendo:

"*Llega el turno al incrédulo o al impío, como dicen los curas, y vuestro Dios, dirigiéndose a él,*

exclama: "*Tú a la verdad ningún mal hiciste a tus semejantes, antes al contrario, has hecho bastante bien; pero, porque usando de la razón y de la inteligencia que yo mismo te concedí no te fué posible creer que tres es uno y uno son tres, o que a mí se me adorase comiéndome y echándome al excusado serás arrojado al fuego eterno. Y tú, dice encarándose con el último (el pagano), porque a mí no me dió la gana de que nacieses en país católico y por lo tanto nunca supiste una jota del Papa ni de la Iglesia Romana, que te atormenten por toda la Eternidad.*

Ahí tenéis al Dios "infinitamente bueno, justo y misericordioso" de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana."

Ciertamente, si el juicio de la Humanidad tuviese que efectuarse como describe Ibarreta en el burlón parrafito, sin tener en cuenta otra circunstancia que el haber aceptado o no los dogmas forjados en la edad del oscurantismo, por "eminencias" más poseídas de fanatismo religioso que abiertas a los dones de Dios, que son la razón y la inteligencia, no existiría justicia alguna en el Universo.

Pero, siempre tenemos que volver a lo mismo; Ibarreta desconoce o prescinde de lo que Jesucristo enseñó respecto al particular. En cada caso en que Jesús menciona el gran acontecimiento que culminará la historia de esta Humanidad, lo especifica de manera bien diferente a lo que Ibarreta se imagina.

En Lucas 12; 47 y 48 ,Jesús usa como ilustra-

ción del juicio los castigos que entonces acostumbraban aplicarse a los delincuentes y dice:

"*Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor y no se apercibió ni hizo conforme a su voluntad será azotado poco; porque a cualquiera que fué dado mucho, mucho será vuelto a demandar de él; y al que encomendaron mucho, más le será pedido.*"

Por esto es muy probable, que el ladrón y asesino que describe Ibarreta, pueda alcanzar una suerte menos dura en la otra vida, que el hipócrita que expolia a sus semejantes en medio de actos de refinada cultura y aparente religiosidad, porque su mayor conocimiento y superiores posibilidades le habrán hecho mucho más responsable que el otro, ante el Tribunal de la Perfecta Justicia.

En cuanto a los paganos que murieron sin haber tenido ocasión de oír nada acerca del Dios verdadero y de su revelación al mundo, el apóstol San Pablo nos explica bien claramente su posición y el motivo de su responsabilidad. "*Es por tu dureza y por tu corazón no arrepentido que atesoras ira para ti mismo ira, para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios. El cual pagará a cada uno conforme a sus obras. A los que perseverando en bien hacer buscan gloria y honra e inmortalidad, la vida eterna. Mas a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, antes oberas para ti mismo ira, para el día de la ira y de gustia sobre toda persona humana que obra lo malo, el judía primeramente, y también el griego. Más gloria y honra y paz a cualquiera que obra el bien; al Judío primeramente y también al griego.*

Porque no hay acepción de personas para con Dios. Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán y todos los que en la ley pecaron por la ley serán juzgados. Porque no los oidores de la ley son justos para con Dios, mas los hacedores de la ley serán justificados, PORQUE LOS GENTILES QUE NO TIENEN LEY, LOS TALES, AUNQUE NO TENGAN LEY, ELLOS SON LEY A SÍ MISMOS, *mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias y acusándose y excusándose, sus pensamientos unos con otros. El día que juzgará el Señor lo encubierto de los hombres, conforme a mi Evangelio, por Jesucristo*". Romanos 2 ; 5-16.

Como vemos por este pasaje la norma de juicio para los paganos, no va a ser ninguna ley escrita que no conocieron, sino la ley de sus conciencias escrita en sus corazones.

Esto, no obstante, no debe ser motivo para enfriar nuestro entusiasmo de traerles al conocimiento del Evangelio, pues la experiencia nos ha enseñado que muchos paganos, condenados indudablemente, por haber resistido a las voces de su conciencia, según ellos manifestaron, han podido alcanzar una vida justa y noble, después de su conversión. El amor de Dios manifestado en las sublimes páginas del Evangelio les ha llevado a realizar por la gracia divina, lo que por sí solos eran incapaces, a pesar de las amonestaciones de sus conciencias.

Debemos tener en cuenta que el factor conciencia en un pagano es algo diferente que en un hombre civilizado. Porque la conciencia recibe mucha

influencia de la educación ; sin embargo, este sublime instinto del alma, como todos los instintos naturales, vuelve siempre por sus fueros, y hasta en la situación más abyecta se encara con el hombre y le reprende sus peores faltas. Si el hombre no ha escuchado esta voz divina, no podrá decir que su condena es injusta.

Estamos seguros de que el mismo Ibarreta oyó voces de éstas mientras escribía su libro. No son pocos los maestros de incredulidad que en sus últimos momentos hicieron confesión de sus propias dudas en cuanto a los argumentos que ellos daban al pueblo como verdad irrebatible.

Aun cuando en varios lugares de esta obrita hemos tenido que hacer constar que Ibarreta parece ignorar tales o cuáles pasajes del Evangelio", ojalá que hubiese sido así. Aunque no quisiéramos suponerlo, por ser poco caritativo, es mucho más probable pensar que no los desconocía del todo.

Sólo queda para excusarle, el suponer que faltó tan descaradamente a la verdad, como dice en el prólogo de su obra, con el buen deseo de hacer un bien a su patria, librándola del fanatismo religioso, que ha sido por siglos, causa de nuestro atraso y esclavitud. Dios quiera, en todo caso, que este buen deseo le haya sido tenido en cuenta, como atenuante de su terrible responsabilidad.

CAPITULO XVII

LA MORAL DE JESUCRISTO

¿Es practicable la moral del Evangelio? — ¿Haría a las personas más felices o más desgraciadas? — Ejemplos prácticos y sus resultados. — Los cuáqueros. — Jesús no aconseja la ociosidad, sino la tranquilidad de espíritu. — Dios no nos ha revelado los secretos de la ciencia, pero su desarrollo maravilloso de este último tiempo se halla predicho. — Llegamos a momentos culminantes en la historia de la humanidad. — Civilización y religión. — Cultura y fanatismo. — Conclusión.

Citando los más altos conceptos morales del Evangelio trata de demostrar el autor que no existe ningún cristiano, pues los hombres en apariencia más religiosos, incluyendo los mismos papas y prelados de la Iglesia, no venden sus posesiones para darlas a los pobres, ni poseen aquellas otras características de humildad, tolerancia, benignidad, etc. que son indispensables para formar un cristiano perfecto.

Convenimos en que es así, y aun más, que es muy difícil encontrar un cristiano que cumpla al pie de la letra las enseñanzas de Cristo, y que muchos de los que invocan su nombre con gran ostentación se encontrarán algún día en el tremendo fracaso que describe Jesucristo en Mateo 7 ; 21-23 :

"*No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los Cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos. Muchos me dirán en aquel día, Señor, Señor, no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les protestaré: Nunca os conocí, apartaos de Mí, obradores de maldad.*"

Pero el hecho de que nosotros seamos excesivamente malos para cumplir al pie de la letra todas las enseñanzas de Cristo no implica la imposibilidad de que algunos lleguen casi a la cima de estas alturas morales, ni dice nada en contra de la bondad de la doctrina como ideal. Jesús mismo declara que "no hay ninguno bueno sino solo Dios", ni siquiera lo eran los mismos discípulos que le rodeaban, a pesar de lo cual, Jesús los considera hijos de Dios y herederos de su gloria. Juan 17. Por eso el ideal del verdadero cristiano es siempre "más arriba", porque nunca llegará al ideal cumplido.

Las circunstancias que nos rodean hacen que nos sintamos por desgracia mucho más alejados de este ideal de lo que deberíamos estar, pues todos comprendemos que si un hombre solo, dentro de la sociedad actual se dispusiera a cumplir al pie de la letra el mandato de volver la mejilla y dar la cara, sus conciudadanos no poseídos de los mismos sentimientos, le harían la vida imposible, como dice el refrán : "Haceos de miel y comeros han moscas".

Pero supongamos que no fuera uno, sino todos los miembros de una comunidad los que estuviesen dispuestos a volver bien por mal y a procurar el bienestar del prójimo como el de uno mismo. Serían aquellas gentes, ¿ más felices o más desgraciadas por seguir los consejos de Cristo? La respuesta no da lugar a dudas. Su felicidad sería tan grande y duradera como durase la práctica estricta de tan saludables preceptos.

La secta de los cuáqueros

Cualquier lector que haya saboreado las páginas de la célebre novela "La Cabaña del Tío Tom" se habrá podido formar una idea del sentir y costumbres de un grupo de cristianos llamados cuáqueros. Beecher pinta con mano maestra un cuadro sacado de la realidad misma.

La característica principal de esta secta ha sido el haber tomado muy al pie de la letra el sermón de la montaña.

Uno de estos grupos fundó hace muchos años una colonia agrícola en el Oeste de los E. U. a la que denominaron : "Colonia de los hijos de paz". Una escritora que los conoció personalmente, dice de ellos :

En aquel tiempo no existía ninguna sociedad que abogara en contra de la esclavitud, mas guiados por su conciencia y las Sagradas Escrituras, descubrieron cuán culpable es esclavizar al prójimo y abolieron esta práctica en sus dominios.

Todo prosperó entre sus manos laboriosas y sobrias ; mas pronto los lobos en forma de aventureros, sin conciencia ni principios, se acercaron al

redil, quitándoles terrenos labrados por ellos y haciéndoles objeto de otras viles expoliaciones. La colonia cristiana se contentó con hacerles dulces reprensiones y aun les dijeron "podéis hacernos todo el mal que queráis, nosotros no os haremos más que bien".

Los abogados vinieron a ofrecerles sus servicios, pero los rehusaban cortésmente diciéndoles que era para ellos ley divina no pelear ni pleitear contra persona alguna. Los hombres de leyes les hacían ver la necesidad de acudir a los tribunales para poner coto a los desmanes de sus molestos vecinos. Pero ellos respondían : No pelearemos de ninguna manera contra nuestros semejantes, porque Dios nos ha mandado vencer el mal con el bien." Romanos 12.

Al conocer estas opiniones, sus vecinos insistieron en reirse de ellos provocándoles de palabra y hecho. Rompían de noche las cercas y metían sus vacas en sus trigos. Los piadosos colonos recomponían los daños y encerraban las vacas hasta el crepúsculo. Entonces las devolvían a sus dueños dándoles alguna explicación como esta : "Vecino, vuestras vacas han entrado en mi campo ; las he alimentado todo el día, mas no he querido detenerlas más, calculando que vuestros niños necesitarían la leche".

Al oír esto, los que habían obrado tan malamente no tenían valor para burlarse más, y gradualmente una transformación manifiesta se notó en aquellos vecinos.

Llegó ocasión en que se oyó a un mozalbete reprender a su hermanito diciéndole : "No tires esta

piedra, Guillermo. Cuando la semana pasada maté un pollo lo trajeron a madre diciéndola que el caldo de pollo haría bien a María. Y hoy me daría mucha vergüenza si tuviesen que traer por el mismo motivo alguna de sus gallinas".

Dichos cristianos continuaron devolviendo bien por mal hasta que nadie pensó en dañarles. Al cabo de diez años la comarca donde estaban fué dividida en lotes y puesta a la venta por el Gobierno en pública subasta. La costumbre otorgaba a los que se hallaban establecidos sobre el terreno el guardar sus tierras al precio de tasa, que era unas seis pesetas la fanega.

Pero en aquel momento el afán de especulaciones territoriales se hizo extremo. Los aventureros acudieron de todas partes para dicha puja y capitalistas de las grandes ciudades mandaron sus agentes a especular. Desde el primer día, los compradores ofrecían precios altísimos y compraban terrenos hasta a 60 y 70 pesetas la fanega. Los piadosos colonos tenían pocas esperanzas de conservar sus fincas. Como fueron los primeros en venir, habían escogido lo mejor, además por sus actividades habían mejorado las tierras, y por lo tanto, su valor excedía al de los terrenos que se estaban adquiriendo a precios, para ellos tan subidos.

Pero el día de la subasta, cuál no fué su sorpresa, ver a los que en otros tiempos les habían dado tanta guerra, recorrer los grupos de especuladores explicándoles que aquellas tierras no debían ser puestas en puja, que sería una iniquidad y una vergüenza hacerlo, llegando incluso a la amenaza a favor de sus vecinos, que no podían defenderse con amenazas de ninguna clase a causa de sus convicciones religiosas, por ellos consideradas como "piadosa manía".

La puja empezó. Los cuáqueros ofrecieron el precio de tasa y se preparaban a poner más si era necesario. Pero entre todos aquellos especuladores ávidos de ganancia no se halló uno que pujase, de manera que el terreno quedó para sus primitivos dueños.

No conozco, dice la mentada escritora, ejemplo más notable del poder del bien para vencer el mal —y añade—la mejor economía política está encerrada en los preceptos de Jesús.

Cuenta que en cierta ocasión preguntó a un anciano quákero:

—¿Qué haríais si un vagabundo, perezoso y ladrón, viniera a establecerse entre vosotros?

—Le daríamos de comer cuando tuviera hambre, le daríamos abrigo contra el frío, y le trataríamos siempre como a un hermano.

—Pero tal conducta—dije—atrae hombres de tal clase, y ¿no os veríais invadidos por tales sujetos?

—Estas personas cambiarían, o no se quedarían con nosotros — fué la respuesta—. Jamás les diríamos una palabra dura ni rehusaríamos darles lo necesario; les miraríamos siempre con la mayor tristeza como se mira a un hijo culpable, pero bien amado.

Para el alma del hombre esta conducta es más difícil de soportar que el látigo o la prisión. Estoy seguro que en nueve casos de diez una tal conducta

ablandaría y atraería al bien al hombre más empedernido."

Y el anciano cuáquero tenía razón.

Es cierto que a causa de la gran abundancia de mal que existe en el mundo y siendo tan pocos los hombres que se hallan dispuestos a la práctica de tales principios, es todavía una utopía impracticable tratar de establecerlos en el orden social (en el particular, hemos visto y vivido muchos ejemplos que han dado magníficos resultados). Pero las más modernas teorías penales, que tratan al delincuente como a un enfermo y no como a un ser esencialmente malo, ¿no están dando la razón al anciano quákero y al mismo Jesucristo ?

"Aborrece el delito, pero ama al delincuente", es un principio bien conocido de la moderna sociología ; pues este es precisamente el sentido en que Cristo quiere orientar nuestros corazones.

El que me aborrece y abusa de mí es un desgraciado o un errado. Si le aborrezco y le arrojo de mi lado, me odiará más. Si aumento para con él mi benevolencia, es mucho más fácil que reconozca su error y se enmiende.

Jesús había adelantado a las más avanzadas teorías penales y sociológicas. Pero lo característico de la doctrina de Jesús, es que El nos enseña y exhorta a que los principios que queremos ver practicados por los altos poderes de la sociedad debemos empezar a practicarlos nosotros en nuestras pequeñas relaciones y asuntos personales ; pues sólo a base de esta regeneración personal podrá algún día constituirse la sociedad perfecta.

Actividad o congoja

Es cierto que Jesús dijo : "No os congojéis por el día de mañana", pero no es verdad que ordenara : "No penséis en el día de mañana, ni aréis, ni sembréis, haced como los pájaros que no se ocupan de esto y ya veis que viven". ¡Siempre el mismo espíritu de exageración ! Abultar la cosa, para poder clavar con más facilidad en ella las garras de la crítica. Pero, ¿qué dice el Evangelio ?

No os acongojéis por vuestra vida... diciendo ¿qué comeremos ? o ¿qué bebermos o con qué nos cubriremos ?...

Mirad las aves del cielo, que ni siembran ni siegan, ni allegan en alfolies, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mucho más valor que ellas ?

Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su "justicia" (el cumplir las reglas morales y de generosidad que Jesús mismo acaba de establecer) *y todas las demás cosas os serán añadidas.*

Así que no os acongojéis por el día de mañana ; que el día de mañana traerá su fatiga ; basta al día su afán." Evangelio de San Mateo 6 ; 25-26, 31, 33-34.

Una cosa es acongojarse ; esto es, sentirse inquieto y temeroso por las posibles necesidades del mañana, y otra bien diferente, ocuparse del trabajo con el que honradamente debemos ganar nuestro pan.

Fijémonos en que Jesús no dice "*haced*" como los pájaros, sino "*mirad*" a los pájaros. Esto es, considerad la tranquilidad y contento que muestran en sus gorjeos, a pesar de su porvenir incier-

to, y esta felicidad que ellos sienten a causa de su ignorancia, mejor podéis sentirla vosotros poniendo vuestra fe en vuestro Padre Celestial, lo que ellos son incapaces de hacer. La expresión que sigue: "No os afanéis por el día de mañana, que el día de mañana traerá su fatiga, baste al día su afán", confirma plenamente que es nuestra interpretación la verdadera, y no la de Ibarreta. Jesús reconoce que hoy y mañana la vida del hombre ha de estar llena de afán y de fatiga, y porque es así, nos exhorta a no llevar hoy sobre el corazón las cargas del mañana. No a abandonar la fatiga que ennoblece y a tumbarnos de cara al sol.

Innecesario nos es repetir que estamos conformes con el resto del capítulo en lo que se refiere a los que hacen arar y sembrar a otros para comer sus frutos, y en todos los demás abusos de las religiones oficiales que una vez más detalla con buen acierto. Nobleza obliga a reconocer la razón del enemigo, pero solo en aquello que es justo.

La Biblia y la Ciencia

Otra vez vuelve Ibarreta a la carga sobre este asunto. Y aun cuando hemos ya demostrado que la Biblia, cuyo objeto no es enseñar Ciencia, ha adelantado no obstante en ciertas declaraciones de carácter científico a los últimos descubrimientos de la Ciencia. (Véase página 39). No queremos dejar pasar esta última oportunidad para hacer notar al lector una nueva maravilla de este antiguo y maltratado Libro de Dios. Y es que el mismo predice el portentoso adelanto que la Ciencia ha efectuado aceleradamente en estos últimos tiempos.

En el libro de Daniel, capítulo 12, ver. 4, se nos dice que una de las grandes señales del tiempo del fin será un notable adelanto de la ciencia, y una maravillosa facilidad de comunicaciones. "*Pasarán muchas de un lado a otro*", según el original.

El lector dirá ahora si esta maravillosa profecía no ha tenido exacto cumplimiento en nuestros días. Creemos que la ciencia ha aumentado más en estos dos últimos siglos, y sobre todo en el último, que en tres o cuatro mil años anteriores.

Realmente había poca diferencia entre el mundo de los faraones y el de Carlos III. Los hombres corrían en aquellos remotos tiempos arrastrados por fuerza animal, y no por otro medio ni fuerza se arrastraban por ese planeta nuestros bisabuelos. Por causas diversas que sería largo exponer, contando entre ellas la del fanatismo religioso (que por cierto es muy diferente del sentimiento religioso, o sea la verdadera religión), la ciencia se ha visto impedida de progresar y no ha progresado de un modo continuado, sino a épocas, a saltos, pero ninguna de estas épocas puede compararse a nuestro siglo.

Porque no fué la ciencia objeto de una revelación

Ibarreta arguye que si Dios se hubiese revelado realmente a la Humanidad, como decimos los cristianos, debía habernos hecho el favor, que nada le costaba, de revelarnos los secretos que con tanto afán han estado arrancando los científicos a la Naturaleza.

Pero nosotros creemos que los que hacen seme-

jante proposición no han estudiado bien la historia de nuestra raza. En ninguna manera convenía hacer preceder el progreso científico al adelanto moral de la Humanidad. Es lamentable considerar cuán indigna es todavía nuestra raza y civilización; cuán poco preparada para la hora en que vivimos. Nos asustamos de nosotros mismos, de nuestra civilización, y esto después de siglos de preparación moral.

Nos referimos a la aplicación de los procedimientos científicos a fines de matanza y destrucción. ¿Qué hubiese sido de la Europa medioeval de haber poseído radio, aeroplanos, gases y microbios? La Humanidad ha sido cruel, triste es confesarlo, pero la historia nos lo prueba. Apenas empezamos a darnos cuenta de ello, y nos falta mucho que rectificar. ¿Qué habrían hecho aquellos guerreros empedernidos y crueles de quienes nos habla la historia, de haber poseído tan eficientes y sencillos métodos de destrucción? Nos horrorizamos de pensarlo.

No diga el lector que Dios hubiera podido revelar ciertos secretos útiles y mantener ocultos los que podían ser aplicados a fines destructivos; que en el terreno de la ciencia un descubrimiento trae otro y una Humanidad envilecida por tiranos y dispuesta al odio por la ignorancia de las masas, no podía dejar de aplicar a fines perversos los descubrimientos más laudables. Vamos a citar un solo ejemplo. Nos congratulamos todos de que la medicina haya podido alcanzar el secreto de las enfermedades por el descubrimiento de la ciencia bacteriológica, y ahora nos vienen con la horrible nueva de que esta ciencia puede ser aplicada a la guerra. Algunas docenas de aeroplanos sembradores de peste podrían aniquilar en pocos días una nación entera; y no digamos nada de los gases y los rayos incendiarios...

Es tan horrible la perspectiva, que nos consolamos pensando que ningún pueblo será tan hondamente criminal. Confiamos en los sentimientos de humaidad; pensamos en el poder de la opinión pública; pero todavía tememos. ¿Qué no habrían debido temer nuestros antepasados cuando estos poderosos medios de destrucción se hubiesen hallado en manos de unos pocos tiranos ambiciosos, en medio de la general ignorancia?

Por otra parte, no hay que acusar al Creador por no haber revelado antes los secretos de la Ciencia, cuando el libro de la Naturaleza ha estado siempre abierto a los ojos de los hombres, cuyo deber es estudiarlo con interés para descifrarlo línea tras línea.

Solamente el secreto de la vida eterna por el amor insondable del Padre que está en los Cielos. Secreto fuera del alcance de humanas investigaciones; demasiado sublime para ser ni siquiera supuesto por la humana inteligencia, debía ser objeto de una revelación por parte de Dios. Como lo fué.

Cristianismo y paganismo

En su afán de destruir la fe de la Iglesia Católica, Ibarreta se revuelve contra el Cristianismo hasta el punto de ponerlo en un nivel inferior a las mismas religiones paganas. Escuchémosle:

"Autores famosos han escrito y escriben obras voluminosas asegurando que la religión cristiana es superior a las demás, porque hace progresar los países en que impera, y que la prueba la tenemos en que Europa está más adelantada que Asia..."

"Todas las religiones ordenan hacer bien al prójimo, no robar, no matar, etc., etc. Miles de años antes de nacer Jesucristo existían estos mandamientos, y nosotros al llamarnos cristianos lo hacemos en el sentido de esa moral universal, como no tendríamos inconveniente en llamarnos budistas, mahometanos o librepensadores. Los mandamientos de esa moral no son los que constituyen la superioridad del Cristianismo, puesto que las demás religiones también los tienen..."

Y más adelante añade:

"... ¿Por qué estos pueblos conservan todavía integras sus creencias? Porque siendo sus religiones menos disparatadas que la cristiana, es más difícil que puedan convencerse de que no son ciertas..."

¿Qué opina el lector de estos parrafitos? Parece que el autor siente nostalgia de no haber nacido en la India o en la China, y por cierto, no le envidiamos este privilegio.

Por nuestra parte, si bien reconocemos los grandes defectos de la cristiandad (que no es lo mismo que decir del Cristianismo, pues ya hemos demostrado que el Cristianismo de Cristo es muy superior al que la cristiandad nos presenta), no tenemos nada que envidiar a los pueblos que no recibieron ni poco ni mucho de la luz radiante del verdadero Cristianismo.

"... ¿Por qué siendo sus religiones menos disparatadas que la cristiana...?" ¿En dónde aprendió Ibarreta la historia y costumbres de los pueblos paganos para atreverse a poner en letras de molde semejante afirmación?

¿Es menos disparatado enterrar a las viudas con el cadáver de sus esposos, arrojar niños al Ganges para aplacar las divinidades del Río, echarse bajo las ruedas del carro de Gajernac y morir aplastado para agradar al horrible dios; orar dando vueltas a un manubrio; quemar papel con peticiones escritas a los dioses, casar a los niños recién nacidos y hacer responsable a la inocente consorte de cualquier desgracia que pueda ocurrir al marido niño; aborrecer a la mujer como un ser perjudicial y portador de desgracias; buscar la salvación muriendo agarrado a la cola de una vaca; criar serpientes con gran regalo bajo la pretensión de que encarnan espíritus de dioses? ¿Son menos disparatadas estas prácticas que las sencillas ordenanzas de la ley de Jesucristo? Y, sin embargo, todas estas cosas y muchas más que podríamos citar se practican hoy día como ritos sagrados de aquellas religiones a las cuales Ibarreta dice que no se avergonzaría de pertenecer.

Ibarreta presenta luego como modelo de país adelantado a Norteamérica *"donde nadie se ocupa del modo de pensar del vecino"*, y prodiga a aquella gran nación, donde por lo visto él había residido, dos páginas de alabanzas.

En el tiempo en que Ibarreta escribió su libro es muy cierto que ésta, y otras naciones de Europa nos llevaban dos siglos de ventaja.

Pero, ¿es que por ventura Norteamérica, Inglaterra, Suiza, Holanda y Dinamarca, son naciones sin religión? ¿Es la falta de religiosidad lo que ha hecho progresar a estos afortunados países? No; ha sido la ausencia de fanatismo, de superstición e intolerancia, con un marcado fervor religioso. Una religiosidad de verdad, de espíritu, no de forma.

Una religión con entera libertad de pensamiento y de práctica, que le permite manifestarse sobre un fondo común de doctrina, en diversas sectas que rivalizan únicamente en el afán de interpretar mejor la voluntad de Dios, y en el servicio del prójimo, andando unidas en lo más esencial.

Una religiosidad, en fin, que en vez de entregarse a inútiles prácticas de mortificación y ascetismo, cristaliza en mil empresas de carácter benéfico y regenerador de la Humanidad, como son las misiones a los paganos, el benemérito Ejército de Salvación, que busca a los perdidos en el hampa, y en los lupanares para levantarlos de su desgradación, y darles ocupación decente...

¿Para qué sirve la religión?

Quien dijo que "la religión es el opio del pueblo" construyó una bella frase, pero equivocó el sujeto de la misma. Si hubiese dicho, el fanatismo religioso, habría acertado mucho mejor.

La religiosidad verdadera, tal como se concibe en los países más adelantados del mundo, no es opio, es vitamina. Y el intento de combatirla o de suprimirla, es la mayor equivocación.

Según las enseñanzas del Nuevo Testamento,

en la epístola de Santiago, cap. 27. "*La religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es ésta*: "*Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha de este mundo*". Esto es: Verdadera caridad, sin hipocresía, por un lado; y por el otro, abstención de lo malo, de lo injusto, de lo que degrada, de lo que es en perjuicio de nuestros cuerpos y de los demás.

La religión cuando el ministro no se constituye vicario de Dios, y mandatario del pueblo, sino su maestro, su guía, el impulsor de todas las empresas nobles y caritativas, que abundan en los países donde el Cristianismo es más puro, en lugar de ser un estorbo, es un gran beneficio para la sociedad.

Cultura de la mente y de la conciencia

No basta que los hombres cultiven sus inteligencias, deben cultivar también sus corazones. Los sentimientos más altos del espíritu, de tanto o más valor que las dotes de la inteligencia, deben ser constantemente estimulados.

La niñez necesita algo más que conocer las reglas matemáticas y los nombres de la Geografía; hay que enseñarle también a sentir, a pensar, a tener corazón. La juventud debe ser advertida de sus peligros. El hombre maduro que tiende a volverse frío y egoísta por el materialismo que nos ahoga, necesita oír hablar de los principios superiores del Reino de los Cielos a fin de que sea llevado a practicarlos en la tierra.

Los pecadores, esclavos de sus vicios, de su

mal carácter, de su egoísmo, de su avaricia, necesitan ser guiados a la Fuente del Poder para vencerse a sí mismos, al yo interno, malo, que está en todos nosotros y que con frecuencia nos domina; necesita conocer que Dios es amor, y que no desea la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva en novedad de vida, para ingresar en el concierto armónico de los seres libres que adoran y sirven a Dios de buena voluntad.

Hay que enseñarle a vivir escuchando los mejores impulsos de su conciencia, no tanto por el temor, como por el amor que la augusta figura de Cristo, Dios Hombre, imagen del Ser Absoluto y perfecto ha despertado en nuestros corazones al verle sufrir por nuestras culpas encargándose como sustituto de nuestras debilidades, y constituyéndose nuestro Abogado, Consejero y divino Amigo.

El hombre necesita ser enseñado a ponerse en contacto con este Dios, no por medio de santos o dioses intermediarios, fuente y causa de supersticiones absurdas y fanatismo, sino mediante Jesucristo, quien nos declaró que "Dios es Espíritu y los que le adoran en espíritu y en verdad es necesario que adoren". Juan 4; 24.

El hombre y la mujer sensatos, deben aprender a examinar lo profundo de su conciencia, a notar sus propias faltas y defectos y en lugar de enorgullecerse de sí mismos mirando a los que son peores, humillarse ante el Ser Perfecto que se nos revela en la Conciencia y en los preceptos inmutables de su Revelación, pidiendo de El solamente el perdón a solas, en secreto, y nuevo poder para vencer el mal

en cualquier forma que se presente: ira, envidia, egoísmo, brutalidad, falta de honradez, etc.

El hombre necesita ser advertido del gran peligro que está corriendo si descuida este grande asunto de su alma, pues si la incultura de nuestra mente nos acarrea pérdidas y nos expone a mayores, la falta de cultura moral, o sea el descuido de nuestro yo interior, de nuestra alma, suele acarrearnos grandes males en esta vida, como son: La falta de confianza de nuestros prójimos, intranquilidad en nuestra familia, falta del amor y ternura de que deseamos ver rodeada nuestra vejez (pues nuestros allegados al tener que sufrir nuestros defectos, verán enfriado su cariño, y no es mucho que al fin deseen verse librados de nuestra pesadilla...).

Y sobre todo, el citado descuido de las leyes divinas ha de producir de día en día una separación moral más y más honda, entre nuestra alma y el Ser Perfecto, que no puede tolerar nuestros pecados. Lo más terrible del caso es que esta separación puede llegar a ser definitiva, hundiendo nuestra alma, no en un Purgatorio del que podemos ser librados mediante funerales y misas... (que ningún valor tendrían para el Juez Justo, aun cuando este lugar existiera), sino en una frialdad de relaciones con Dios, que al hacerse más y más real por el endurecimiento de nuestra conciencia nos incapacite plenamente para toda obra buena, aquí, o más allá de nuestra existencia terrena. Esto es el Infierno.

Esta incapacidad nuestra; este invencible sentimiento de crítica y de descontento; esta animosidad contra el Creador que nos ha colmado de

beneficios; esta indiferencia y desamor a sus preceptos, debe cesar, apreciado lector, inmediatamente, o ha de terminar muy mal para ti.

No vale echar la culpa de ese desamor o indiferencia religiosa a la Iglesia en que has estado educado. Estos ministros que te han escandalizado, responderán por ellos ante la Divina Justicia, y tú responderás de ti mismo.

Si vives sin Dios y contra Dios en esta vida, no pienses que te será fácil rectificar esta actitud (caso de que resultara cierto, como lo es, todo lo que en estas páginas hemos tratado de probarte). Si enemigo de Dios eres ahora, enemigo, pero convencido de su existencia continuarás siendo en la Eternidad.

¿Cuántas religiones hay?

Para librarse de la obligación ineludible que todo hombre tiene de reconocer y servir a Dios (sobre todo los que podemos hacerlo iluminados por "*la revelación más pura que de Dios existe*", como decía el gran Emilio Castelar refiriéndose a la Biblia); los ateos han inventado la excusa de que es imposible al hombre adoptar una fé religiosa existiendo tantas en el mundo que pretenden ser la verdadera.

Este es el gran argumento de Volney en "Las Ruinas de Palmira" y nuestro Ibarreta, plagiando todas las exageraciones que se han escrito contra la verdad religiosa, afirma que: "*Hay más de 400 religiones en el mundo, todas declarando ser la única verdadera y condenando al infierno a los que no pertenecen a la misma*".

Después de estudiar con bastante atención el

asunto, podemos asegurar que *religiones bien diferentes no llega a haber una docena*, y aun entre las más alejadas se observa un fondo común de tradición o de doctrina.

Lo que Ibarreta llama religiones no son sino sectas cristianas, tan parecidas unas a otras que en algunas apenas hay diferencias apreciables. Sobre todo entre el Cristianismo evangélico, donde ha existido desde muchos años la más completa libertad de pensar, se manifiestan diversos puntos de vista sobre pequeños detalles de cómo hay que servir, adorar y agradar al Creador y Padre de todos.

Pero — aquí está la gran falacia de los incrédulos — nadie pretende que serán perdidos los que no pertenezcan a determinada secta religiosa. Millones de cristianos de diversas sectas están saludándose continuamente con el común título de hermanos e hijos de Dios. Ya hemos visto también con qué amplitud de miras habla la Biblia acerca de los que desconociendo la grande revelación de Dios en Jesucristo, están procurando hacer lo mejor según sus conciencias buscando a Dios dentro de su misma ignorancia, (Romanos 2; 15), pues sobre todas las cosas "Dios mira el corazón".

No queremos decir con esto que todas las religiones sean igualmente buenas con tal que se practiquen con buena intención. En ninguna manera.

La verdad, es ciertamente una, como una es la voluntad de Dios. Nuestro deber ahora es buscar dentro de nuestras circunstancias y posibilidades la manifestación más pura de la voluntad de Dios que nos sea dable encontrar. Aceptarla lealmente y cumplirla con recta conciencia, ya que nuestra res-

ponsabilidad en el juicio dependerá de estas mismas posibilidades que hemos tenido.

Al buscar la Verdad Religiosa, no podemos fijarnos en personas, sino en doctrinas, aunque Jesucristo dijo con no poca razón que "Por los frutos se conoce el árbol". Mas ya hemos tenido ocasión de indicar que la perfección no existe en el mundo, y aun en la religión o secta más cercana a la Verdad Absoluta, habrá unas personas más sinceras, y por ende, más cercanas a Dios que otras y puede decirse que ninguna se halla libre de hipócritas, aunque en mayor o menor número, según sea ella.

Pero nada, en absoluto, puede justificar nuestra indiferencia y descuido de las verdades eternas. Este es el mayor pecado para el Dios y Padre a quien tanto debemos. Por eso la Biblia afirma que:

"Los malos serán trasladados al Infierno; Y TODAS LAS GENTES QUE SE OLVIDAN DE DIOS." Salmo 9; 17.

Si ahora no quieres depositar en El tu confianza, tampoco te será posible en otra forma de existencia, pues sus caminos son tan inescrutables, aquí como en cualquier otro mundo.

Conclusión

La dificultad de creer para ti, como para mí, y para todos los humanos, no reside tanto en la cabeza como en el corazón. Si tú quisieras creer en El con toda lealtad y someterte a sus designios, caso de que pudiera demostrársete su existencia, esta demostración que pides no sería ninguna dificultad. Cualquier obra buena de Teología Natural, o sea demostración de la existencia de Dios

sacada del estudio de las obras de la Naturaleza, ha de serte de gran ayuda, como lo ha sido para el autor de estas líneas. Si no *quieres* creer en Dios (tu corazón sólo puede saber por qué), ni la lectura de estas sencillas páginas ni de otras mil veces mejor escritas te convencencería contra tu voluntad.

Si quieres creer y te parece que no puedes, ruega como los atenienses al "Dios desconocido". Dirígele la oración del ateo: "¡Oh, Dios, si existes, revélate a mi alma!"

Dios ha escuchado millares de oraciones como éstas, y millares de corazones fríos, sin Dios y sin esperanza han vuelto al calor y al gozo de la fe.

No será la fe inconsciente de tu infancia, que se apoya en la ignorancia. Tu nueva fe será menos simple y aun te diré, más expuesta a vacilaciones aquella fe ingenua basada en las palabras de tus mayores o preceptores. Pero será una fe más consciente, más pura, y también más difícil de perder.

El Dios verdadero no te ordenará creer en torpes supersticiones. Tu fe estará basada de aquí en adelante en estos dos firmes apoyos: En tu corazón por una parte y por la otra en tu razón. La fe basada en mero sentimiento muere y desaparece fácilmente si la mente no puede responder a cada objeción o duda honrada:

"Divaga, e indaga, corazón mío... pero yo sé por éstas y éstas y tales razones, que por más que algún detalle no lo entienda (pues no podré alcanzarlo nunca todo desde esta tierra), lo fundamental, lo básico, lo que me dice el mundo, la Naturaleza y la Historia, es que Dios existe y que se ha revelado alguna vez a esta tierra."

No puedes imaginarte cuán dulce será para tu alma, como lo ha sido para el autor de estas líneas, el llegar a semejante conclusión. No hay tesoro comparable a la dicha de poseer una fe firme. Saber por qué vivimos y que el fin de esta breve existencia no ha de ser un fracaso, ni un salto en las tinieblas, sino el traspaso a la Casa del Padre, si debidamente hemos dispuesto nuestra alma, aceptando el magnífico plan de nuestra redención por Dios mismo dispuesto, y hemos vivido según su voluntad.

Con el ferviente deseo de brindarte tan glorioso privilegio hemos llevado a cabo este trabajo.

No queremos hacerte otra vez fanático, sino cristiano. Que rasgado el velo de tradiciones seculares que desfiguraron la religión y te hicieron incrédulo, puedas hoy empezar a creer lo que es esencial al Cristianismo. Todo aquello que enseñó en el sentido social, moral y religioso el gran Maestro de los siglos, Jesucristo. Ya que no necesitas abdicar para ello de la razón que Dios mismo te ha dado, antes al contrario, será este don supremo el mejor apoyo de tu fe.

M. Chaparro

APÉNDICE

Testimonios de hombres célebres acerca de la Religión

El principal error de Ibarreta es, sin duda alguna, el aplomo con que habla de la Religión, como algo incompatible y opuesto a la Ciencia moderna. Esta pretensión es seguramente la mejor demostración de su profunda ignorancia.

No desconocemos el hecho de que un gran número de jóvenes pierden su fé tradicional al enfrentarse en las aulas con las realidades de la Ciencia. Pero también es un hecho significativo, que otros hombres no menos inteligentes que ellos, hasta el punto de poder serles maestros en todos los aspectos de su saber, la conservan, quizá de un modo purificado, y la robustecen con el estudio de los fenómenos y secretos de la Naturaleza.

La Ciencia no es enemiga de la Religión, sino de la superstición religiosa. Es una verdad bien notable que ni en el pasado ni en el presente las grandes lumbreras de la Ciencia y del Pensamiento humano, no han sido declaradamente irreligiosos. Aun los mismos hombres que han conmovido al mundo con la osada declaración de sus dudas sobre ciertas materias de carácter religioso, han titubeado mucho al entrar en el fondo del asunto, o sea al

tratar de la existencia del Ser Infinito e inteligente que adoramos con el nombre de Dios.

Alguien ha dicho que poca ciencia aparta de Dios, pero mucha ciencia humilla al hombre demostrándole su ignorancia ante los grandes problemas de la Vida y del Universo, y acerca otra vez su espíritu a la Causa Suprema de las cosas, con un nuevo sentimiento de reverencia y adoración.

Mejor que nosotros lo expresa el gran astrónomo:

José Comas y Solá

Refiriendo su experiencia personal, dice este sabio contemporáneo:

"Recuerdo aquella edad en que se empiezan los estudios universitarios, en que se inician las enseñanzas superiores en ciencias físico-matemáticas. Creí entonces saber bastantes cosas, y aun creí que era posible llegar a ser sabio, entendiendo por tal al que ha alcanzado casi la cumbre de la Verdad. Las hermosas abstracciones matemáticas, los inmensos horizontes que se me abrían por la llamada física superior, los grandiosos descubrimientos astronómicos que definían nuestra situación en el Universo, me hacía suponer que pronto íbamos a alcanzar las fronteras del "todo lo sé". Yo creo que esta ilusión mía era una impresión general dominante en la segunda mitad del siglo XIX, y creo también que la filosofía materialista entonces en boga, no fué más que una exacerbación del "homni re scibili" del famoso fénix de los ingenios, Juan Picó de la Mirándola. Alardes de sabiduría que ya

venían sucediéndose desde varios siglos, y que en el fondo no eran más que una manifestación del atraso general de las ciencias.

"Se jactaba de saberlo todo. Con la misma facilidad se explicaba la formación de los mundos que los orígenes del pensamiento. Todos los problemas naturales se reducían a una combinación de choques materiales, de atraciones y de repulsiones. El Universo se transformaba en una inmensa mesa de billar en la que las bolas corrían sin ton ni son en todas direcciones. Entre un objeto inerte y un cerebro pensante no había más diferencia que la que hay entre un simple o vulgar choque y una elegante carambola. De ahí nació el pretencioso "racionalismo materialista" y como corolario indispensable, *el ateísmo*.

"Aquella quimera de encumbramiento mental subsiste todavía entre los que no se han tomado el trabajo de estudiar las modernas evoluciones del criterio científico, y entre aquellos que se precian de pensar libremente sin haber pensado nunca nada.

"Entre la Ciencia y la Realidad media un abismo infranqueable. La Ciencia humana no pasará nunca de ser una visión externa de la Naturaleza. Nuestros sentidos descubren empíricamente algunas leyes naturales, y nuestro razonamiento las enlaza y las formula lógicamente, pero todo ello no es más que un esquema parcial de la Realidad. Nunca comprendemos la esencia de las cosas, sus orígenes y sus destinos, arcanos que sólo pertenecen a un Ser Superior."

"*Ciencia y Realidad*", *en* "*La Vanguardia*", *Octubre de* 1933.

Este nuevo sentir de la Ciencia había sido casi profetizado por el más grande de los filósofos del pasado siglo,

Hebert Spéncer

con las siguientes palabras :

"El sentimiento religioso aumentará en vez de disminuir, por efecto del análisis del conocimiento, que si de una parte le lleva al agnosticismo, de otra le empuja a buscar sin descanso la clave del grande enigma, aunque sabe de antemano que no ha de tener solución.

"Los que creen que la ciencia disipa las creencias religiosas parecen ignorar que todo lo que pueden quitar de misterio a las concepciones antiguas lo transfieren a las nuevas. Fuera mucho más acertado decir que pasando *el misterio* de las antiguas a las nuevas viene a ser más profundo. En efecto, la ciencia sustituye *a una explicación que parecía probable* otra explicación que no hace más que colocarnos *un poco más lejos* y desde allí ponernos en presencia de un hecho inexplicable."

Y concluye su obra "Principios de Sociología" con esta grande afirmación :

"Solamente hay una verdad que vendrá a ser cada vez más luminosa : que existe un Ser inexcrutable, manifiesto en todas partes, del cual no podemos concebir el principio ni el fin. En medio de los misterios que se presentan más oscuros, a medida que se les investiga más profundamente, se levanta una *certidumbre absoluta* ; a saber, la de que estamos sin cesar en presencia de la Fuerza Infinita y Eterna de donde todas las cosas proceden."

Carlos Darwin

Este famoso naturalista, cuya "teoría de la evolución" ha dado a pensar a muchos que podía darse como descartada toda idea de Dios y de Creación divina, dice, contrariando tales exageraciones de sus admiradores :

"Yo opino que lo que sabemos de las leyes *impuestas a la materia por el Creador* se armoniza mejor con mi hipótesis que con ninguna otra. ¿ No hay una verdadera grandeza en esta manera de contemplar la vida con las energías diversas *concedidas primitivamente por el Creador* a un pequeño número de formas y aun a una sola ?

"Un eclesiástico célebre me escribió un día que "es preciso acabar por comprender que el creer en la creación de algunas especies, capaces de desenvolverse por sí mismas en otras formas necesarias, es tener un concepto tan elevado del Creador como el creer que hubo necesidad de nuevos actos de creación para llenar las lagunas que dejaban la acción de las leyes por El establecidas."

(*El origen de las especies*)

Alfredo Rusell Wallace

Este eminente científico, naturalista, amigo personal de Carlos Darwin, con el que cooperó en la formación de su teoría evolucionista, publicó hace algunos años, las siguientes declaraciones por medio de la prensa :

"No puedo comprender cómo una mente recta y sin prevenciones pueda inclinarse a creer que todo en el Universo es producto de un movimiento

ciego y sin inteligencia. En las más pequeñas células, como en el movimiento circulatorio de la sangre... y en todo el Universo estelar, hay una dirección consciente y sabia ; en una palabra : hay mente...

En otro párrafo el Dr. Wallace declara : "El materialismo está muerto para las mentes verdaderamente inteligentes y no dudo que los hombres reconocerán pronto que el concepto ateísta del Universo es la mayor de las necesidades. Creo que hay un propósito en la Creación. Ese propósito lo encuentra dondequiera que dirijo la vista. No puedo examinar el ser más insignificante sin sentir edificada mi razón, y sin extasiarme en la belleza, poder y sabiduría del Creador."

Aun más notables son las afirmaciones del doctor Wallace referentes a la teoría evolucionista del origen del hombre. "Nada hay en la evolución, escribe, que pueda explicar satisfactoriamente la existencia del alma humana. La diferencia entre el hombre y los animales tampoco puede puntualizarla."

Federico G. Herschell

El sabio que revolucionó la Ciencia de la Astronomía, declara :

"Los descubrimientos humanos parecen tener por misión confirmar cada vez más fuertemente las verdades contenidas en la Sagrada Escritura."

Opinión, como puede verse, muy diferente de la del desgraciado Ibarreta, pero por cierto, mucho más autorizada,

A. M. Ampere

El fundador de la teoría electrodinámica, de cuyo nombre se deriva el de "amperio" y "amperímetro", escribía, como recomendación para sí mismo, en su libro de memorias :

"Trabaja con el espíritu de oración. Estudia las cosas de este mundo, es tu deber ; pero míralas solamente con un ojo, y que el otro esté fijo en las realidades eternas. Ocúpate de las cosas de este mundo con una mano. Con la otra cógete a Dios como un niño se coge al vestido de su padre". *Y después de otras consideraciones tan piadosas como éstas, concluye su diario con las palabras* : "Que mi alma, de hoy en adelante, quede así unida a Dios por Jesucristo".

Podríamos continuar citando palabras de Newton, Faraday, Pasteur, Linneo, Klepero, *y muchos otros, demostrando cuán profundamente cristianos eran todos estos sabios, como lo han sido y lo son en la actualidad hombres tan eminentes como* W. M. Dawson, Hugo Miller, Guyot, Dana, Fred Wright *y tantos otros, que nos haríamos pesados al lector llenando la página de nombres conocidos en los círculos científicos.*

También podríamos transcribir un documento que tenemos a la vista firmado por 617 científicos eminentes, miembros de la "Asociación Británica para el adelanto de la Ciencia", *en la que estos sabios declaran su fé inconmovible en las doctrinas cristianas y su firme convicción de que no "hay incompatibilidad alguna entre los adelantos científi-*

cos y los principios esenciales del Cristianismo revelados en las Sagradas Escrituras."

Omitimos hacerlo a causa de su extensión, prefiriendo reservar nuestro espacio para *filósofos y pensadores,* más familiares al común de nuestros lectores, por motivo de sus escritos populares, y algunos de ellos por su oposición al concepto tradicional de la religión. Veamos cómo:

Schopenhauer

Llamado con no poca razón "el ilustre loco", declara en un momento lúcido *de sus enrevesadas especulaciones filosóficas*:

"Al negar Spinosa la teología, o sea *la finalidad* en las obras de la Naturaleza, formuló una aserción cuya monstruosidad salta a la vista de cualquiera que haya aprendido a conocer algo de cerca la naturaleza orgánica.

"Esta estrechez de miras de Spinosa, junta a su ignorancia de la naturaleza, manifiestan claramente su absoluta incompetencia en estas materias y la estupidez de aquellos que, por su sola autoridad, creen poder hablar con desprecio de las *causas finales.*"

"El mundo como voluntad", tomo III, pág. 132, *edición de* 1890.

Si hay finalidad en las obras de la Naturaleza es que alguien se propuso aquel fin. Este alguien, capaz de proponerse un fin o fines, debe ser un Ser Inteligente, y por lo tanto, Dios.

Draper

Muchas personas recuerdan todavía la polvareda que levantó en Europa y América el libro de M. Draper: "Conflictos entre la religión y la Ciencia", *sólo comparable con la que produjo algunos años antes la* "Vida de Jesús", *de M. Renán.*

Pues bien; este hombre que ha pasado entre nosotros por impío y contra quien se han desatado todas las iras clericales, habla del Cristianismo en los siguientes términos:

"¿Hemos llegado realmente a la conclusión que la Ciencia y el Cristianismo se reconocen mútuamente incompatibles, que no pueden coexistir, que uno debe ceder su puesto al otro y que ha llegado el momento de que la Humanidad elija entre las dos?

Mientras que ésta es al parecer la conclusión inevitable por lo que toca al Catolicismo, pudiera fácilmente tener lugar una reconciliación entre la Ciencia y el Protestantismo, tan sólo que las iglesias reformadas quisiesen permanecer fieles a la máxima enseñada por Lutero y establecida a costa de tantas revoluciones sangrientas. Esta máxima es, el derecho de interpretación privada de las Escrituras. Este derecho ha sido la piedra angular de la libertad intelectual.

Hay obstáculos inmensos, imposibilidades tal vez de llegar a la reconciliación del Catolicismo con la Ciencia; no hay ninguna para la reconciliación de la Ciencia con el Protestantismo. Para el primero, es cuestión desde luego de vencer un odio profundo, una vieja y mortal enemistad; para el segundo, no es más que de restablecer la antigua concordia, turbada por una mala inteligencia."

Luis de Zulueta

dice en su bien conocido libro "La oración del incrédulo":

Yo te busco, Señor, y no te encuentro. Te busco por todas partes, en el Templo y en lo íntimo de mi conciencia, en la Naturaleza y en la Historia, en el saber, en el arte, en la virtud. Y en todas partes creo escuchar las palabras que hoy repite la Iglesia; las palabras que oyeron los discípulos y las piadosas mujeres a la entrada del sepulcro: "No está aquí".

"Non est hic..." No está aquí. Pero veo en todas partes, en mi alma y en el orbe entero, huellas, destellos de la Divinidad, pliegues flotantes de las vestiduras del Eterno Espíritu.

Juan Jaurés

El prohombre del socialismo francés, dice refiriéndose a la religión:

"Creo por lo que a mí se refiere, que sería muy lamentable, sería mortal, comprimir las aspiraciones religiosas de la conciencia humana."

"No creo que la vida natural y social baste al hombre. Cuando en el orden social haya realizado la justicia, advertirá que aun le queda un gran vacío que llenar en el terreno espiritual."

"Ha sonado la hora de la democracia, no de burlarse o de ultrajar las antiguas creencias, sino DE INQUIRIR LO QUE TIENEN DE VIVO Y VERDADERO y puede subsistir en las conciencias, libre y depurado."

Este es el gran consejo que todos los hombres

pensadores deberían escuchar y poner en práctica.

En otro lugar, este gran amigo del pueblo, viene a referirse a la Biblia, y dice:

"La Biblia reanima las mentes y los corazones de los hombres, profetiza en grandes y trágicos similes la igualdad humana y anticipa la desaparición de la guerra, la pacificación de las naciones oprimidas y de la naturaleza misma, la reconciliación del lobo y el cordero."

Víctor Hugo

El gran novelista y observador de la humanidad exclama:

"Existe un libro que es, desde el principio al fin, una emanación de lo Alto, un Libro que contiene toda la sabiduría humana abrillantada por toda la sabiduría divina; un libro que la veneración de los pueblos llama "El Libro". ¡La Biblia!

Juan Jacobo Rousseau

Hablando de los evangelios, dice:

"El Evangelio tiene rasgos de verdad tan sublimes, tan notables, tan enteramente inimitables, que el inventor de él sería una maravilla todavía mayor que el héroe." "El Emilio"

Goethe

con toda la autoridad de su genio incomparable, declara:

"Cuando más grandes sean los progresos de la humanidad, tanto más claramente verán los que

son sabios que la Biblia es el verdadero fundamento de la sabiduría, y la maestra universal de la humanidad."

Del mismo parecer es

Emmanuel Kant

cuando dice:

"La existencia de la Biblia como un libro para el pueblo es el mayor beneficio que ha experimentado la raza humana."

León Tolstoy

El creyente modelo, el gran bienhechor del pueblo y maestro de la humanidad en el terreno moral, declara:

"El mal que aqueja a los hombres de nuestros tiempos, proviene de que la mayoría están desprovistos de lo único que sirve de guía razonable a la actividad humana; la religión... esa religión que establece las relaciones del hombre con todo, con Dios, y que por lo mismo da la dirección superior, general, de toda actividad humana, sin la cual los hombres se colocan al nivel de los animales y aun más bajos que ellos.

"Los hombres privados de religión, los que niegan ésta, los que reconocen por religión las exteriores formas grotescas que la han reemplazado, y zo exterior podrá sacarlos de estado tal, porque den cesar de ser brutos o esclavos, y ningún esfuerzo exterior podrá sacarlos del estado tal, porque sólo la religión hará al hombre libre."

(*Lo que yo pienso de la guerra*)

En esto coincide Tolstoy con la enseñanza de Jesucristo, cuando dice: "*Si vosotros permaneciéreis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará*".

(*Evangelio de San Juan* 8; 31)

Creemos que no hay necesidad de más testimonios para demostrar que las grandes lumbreras del pensamiento humano no han sido ni son enemigos de una religiosidad verdadera.

BIBLIOGRAFIA

Tenemos que expresar reconocimiento a los autores de las siguientes obras, de las cuales extractamos buena parte de los materiales usados en este libro, a la par que los recomendamos a los lectores que deseen hacer un estudio más acabado de los asuntos que se ventilan en estas páginas.

COMO SE HIZO EL MUNDO, F. Gausen.

MUCHAS PRUEBAS INFALIBLES, A. T. Pearson.

TEOLOGIA NATURAL, Paley.

EVIDENCIAS CRISTIANAS, Mullins.

LOS ORIGENES DE LA VIDA, D. L. Saint Ellier.

FILOSOFIA DEL PLAN DE LA SALVACION, un americano antiguo librepensador.

HAY UN DIOS, A DONDE VAMOS Y DE DONDE VENIMOS, R. Saillens.

DIOS Y EL UNIVERSO, Flammarion.

UN ALMA VISIBLE QUE VIVE DESPUES DE LA MUERTE, A. Cadot.

LA DUDA DISIPADA, Earle A. Rovell.

LA ORACION DEL INCREDULO, Luis de Zulueta.

LA CAUSA Y EL REMEDIO DE LA INCREDULIDAD, D. Nelson.

POR QUÉ CREO EN LA BIBLIA, P. Sala Vilaret (*antiguo director de "El Diluvio"*).

EL ATEISMO ANTE EL SENTIDO COMUN, P. Sala Vilaret.

LA RELIGION Y LAS CIENCIAS NATURALES, Bettex.

LA RELIGIÓ NATURAL. — EL FET DE LA REVELACIÓ, J. P. Casanovas.

VIE DE JESUCRIST, Pressensé.

QUELQUES DIFICULTÉS DE LA BIBLE, Saillens.

ERRORS OF EVOLUTION, Petterson.

HOW DID MAN COME TO BE, W. Bell Dawson.

THE STORY OF LIVING THINGS, Profesor americano, laureado por la Academia de Ciencias de París.

WHAT THE STARS PLANS AND ATOMS TELL US

THE WONDERS OF PRAYER, H. H. Williams.

* * *

Con el deseo de ayudar a toda persona que se halle sinceramente interesada en busca de la Verdad, el autor de este libro ofrece contestar con la extensión que sus ocupaciones le permitan, cualquier pregunta seria que le sea dirigida acerca de los asuntos que se discuten en el mismo.

Galvani, 113, *TARRASA* (*España*)

INDICE

Página

PROLOGO ... 5

Comentario a "Una advertencia"

Primera confesión de Ibarreta. — Mentir sabiendo que no es verdad lo que se dice ... 8

INTRODUCCION

Razón del éxito del Cristianismo

Cuando se unió el Estado a la Iglesia. — El Cristianismo se propagó no con el apoyo sino con la aversión de los poderes públicos. — Malos resultados de la citada unión entre ambos poderes ... 11

CAPITULO I

La Tierra

Formación de la tierra. — El fuego y el agua en la primera época geológica. — El espíritu de Dios entre o sobre las aguas. — Luz antes del sol. — ¿Afirma la Biblia que el firmamento sea sólido? — ¿Qué significa tarde y mañana en los días de la Creación? — La edad del sol y de las estrellas. — Períodos geológicos. — Exactitud científica de la Biblia. — Diez y ocho verdades científicas declaradas por la Biblia antes de ser descubiertas por la Ciencia ... 17

CAPITULO II

Los milagros

Teoría racional del milagro. No se trata de interrumpir una ley natural sino de detener su resultado aportando un nuevo poder. — Los inventos son milagros para quien desconoce su secreto. — La prueba histórica se impone. — Crítica histórica de los documentos evangélicos. — Los milagros de Cristo y los de otros taumaturgos. — El testimonio de los enemigos. — Por qué no creyeron los contemporáneos de Cristo. — Ventajas que les llevamos para obtener una fe razonable ... 42

CAPITULO III

Contradicciones de los Evangelios

Cómo se formaron las narraciones evangélicas. — Las discrepancias son prueba de sinceridad. Retamos a que se nos presente una contradicción efectiva. — Ignorancia de Ibarreta acerca de un importante personaje histórico ... 68

CAPITULO IV

La Santa Biblia

El Antiguo Testamento es una revelación preparatoria. — Jesucristo da la razón de algunas disposiciones transitorias: "A causa de la dureza de vuestro corazón — Sus narraciones ingénuas no son inmorales. — Un caso de moralidad digno de ser admirado en pleno siglo XX. — Contraste de bondad y severidad ... 74

CAPITULO V

La resurrección de Cristo

El hecho capital de Cristianismo. — Unanimidad y diversidad. — Naturalidad de la narración. — Detalles accidentales. — ¿Podían los apóstoles haber tramado un fraude? — ¿Pudieron ser centenares de personas víctimas de alucinación? — ¿Qué se hizo del cuerpo? 83

CAPITULO VI

La Ascensión

Nuevas contradicciones de Ibarreta. — Ignorancia del contenido de los evangelios. — Ningún evangelista pretende que Jesús quedó en la tierra. — ¿Es probable que el Autor del Universo se interese por este pequeño mundo? ... 96

CAPITULO VII

La Iglesia

Los cristianos de los tres primeros siglos creían en la divinidad de Jesús. — El dogma de la Trinidad. — Los evangelios apócrifos no han tenido nunca el mismo valor que los cuatro procedentes del siglo I. — El Concilio de Nicea confirmó, pero no escogió lo que ya estaba reconocido y escogido de siglos. — La Iglesia Católica Romana y otras Iglesias ... 99

CAPITULO VIII

El Infierno

Los libros de la Biblia que nos hablan más altamente del carácter de Dios son los que mencionan el Infierno. — El mensaje de Cristo un toque de alarma. — El valle de Himnon es una figura, pero Cristo habla también claramente de la realidad espiritual. — Las almas no pueden ser atormentadas con fuego material. — Ignoramos lo que es el Infierno, pero debe existir algún peligro para las almas rebeldes a Dios ... 110

CAPITULO IX

El problema del mal

Por qué existe el mal en el Universo. — El ser moral no puede ser coaccionado. El pecado fué en su origen un acto de desconfianza. — Por qué se prolonga el dominio del mal ... 120

CAPITULO X

El árbol de la ciencia

Ibarreta teólogo. — Las autoridades evangélicas reconocen a la Biblia como base de toda ciencia religiosa, y no la prohiben. — Los escritores de la Biblia listos y bobos, santos y demonios, según Ibarreta. — Otra vez contradicciones imaginarias. ... 125

CAPITULO XI

La verdadera Doctrina Cristiana

El Cristianismo comparado con otras religiones. — Diferencias entre Buda y Cristo. — ¿Declaró Jesús ser Hijo de Dios? — ¿Son incomprensibles los evange-

lios? — Si todo lo sobrenatural son interpolaciones ¿qué quedaría del documento original? — En veinte siglos de luchas y crítica religiosa no se habría descubierto el gran fraude? — ¿A qué Dios debemos orar? 131

CAPITULO XII

El Cielo según la Iglesia

La Astronomía de la Biblia. — ¿A quién adoraba Galileo? — Ibarreta creyente e incrédulo alternativamente 139

CAPITULO XIII

El Dios verdadero y el falso

El concepto de Dios Omnipotente es el de la Biblia. — El Espíritu Infinito no está privado de manifestarse de un modo corporal en éste y en diez mil mundos a la vez. — Lenguaje figurado de las Escrituras. — La Torre de Babel 145

CAPITULO XIV

Dios y el alma

Necedad de juzgar lo que no se conoce. — El ciego y los colores. — ¿Por qué se suicidó Ibarreta? — Inmutibilidad de Dios. — Las definiciones de la metafísica con meras hipótesis. — No se puede combatir el hecho arguyendo sobre especulaciones metafísicas. — Las grandes reglas morales de la "religión" de Ibarreta han sido sacadas todas de la Biblia. 150

CAPITULO XV

Dios y el alma (2.ª parte)

La existencia del alma en el Antiguo y Nuevo Testamento. — No era ignorada tampoco por los cristianos de los primeros siglos. — ¿Puede la materia tener sentimientos morales? — Personalidad del alma. — El misterio de la conciencia. — El secreto de la memoria. — Pruebas lógicas de la inmortalidad del alma. 160

CAPITULO XVI

La resurrección y el juicio

Comentario ridículo. — Objección contestada hace mil novecientos años. — La semilla y el cuerpo. — Poder de un átomo. — Reglas que presidirán el juicio final según la Biblia. — Los ignorantes de la Ley Revelada serán juzgados por su conciencia 177

CAPITULO XVII

La moral de Jesucristo

¿Es practicable la moral del Evangelio? ¿Haría a las personas más felices o más desgraciadas? — Ejemplos prácticos y sus resultados. — Los cuáqueros. — Jesús no aconseja la ociosidad, sino la tranquilidad de espíritu. — Dios no nos ha revelado los secretos de la Ciencia, pero su desarrollo maravilloso de este último tiempo se halla predicho. — Llegamos a momentos culminantes en la historia de la humanidad. — Civilización y religión. Cultura y fanatismo. — Conclusión 184

APENDICE

Testimonios de hombres célebres acerca de la religión ... 207

Bibliografía 220

OBRAS DEL MISMO AUTOR

A LAS FUENTES DEL CRISTIANISMO

Un estudio comparativo de los dogmas superpuestos a la Religión Cristiana por los concilios de la Iglesia Católica Romana.

Gran número de textos bíblicos a la vista y más de 40 citas de padres de la Iglesia de los primeros siglos.

Magníficas ilustraciones en papel couché y un gráfico de la Historia del Cristianismo, tamaño 35 × 25.

PRECIO 1'50 PTAS.

(Próximo a agotarse. Restan un centenar de ejemplares)

EN PREPARACIÓN

VEINTE PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Refutación a la obrita de Sebastián Faure: "Doce pruebas de la inexistencia de Dios".

Despues de responder a cada una de las doce objecciones de Faure, contendrá esta obra un interesante compendio de Teología Natural y otras materias de apologética cristiana que no ha sido posible incluir en el presente volúmen tales como: Anatomía comparada; - Designio y previsión en las obras de la Naturaleza. - Darwin y la evolución. Límites evidentes del evolucionismo. - Atributos naturales de la Divinidad. - El Dios de la Naturaleza y el de la Biblia. - La Profecia como prueba de inspiración biblica. Porque un hombre moderno se vé obligado a creer en Dios.

Puede considerarse como la segunda parte de: LA RELIGIÓN AL ALCANCE DEL PUEBLO, prometiendo ser por diversas razones, mucho mas intesante que la primera.

LA RELIGIÓN DEL MAESTRO

Nueva edición de a las fuentes del Cristianismo con una nueva modalidad adaptada al sentir del pueblo.

Sugestiva portada en colores: "Jesús arrojando a los mercaderes del Templo"